

AD
CIÓN



M. GORKI



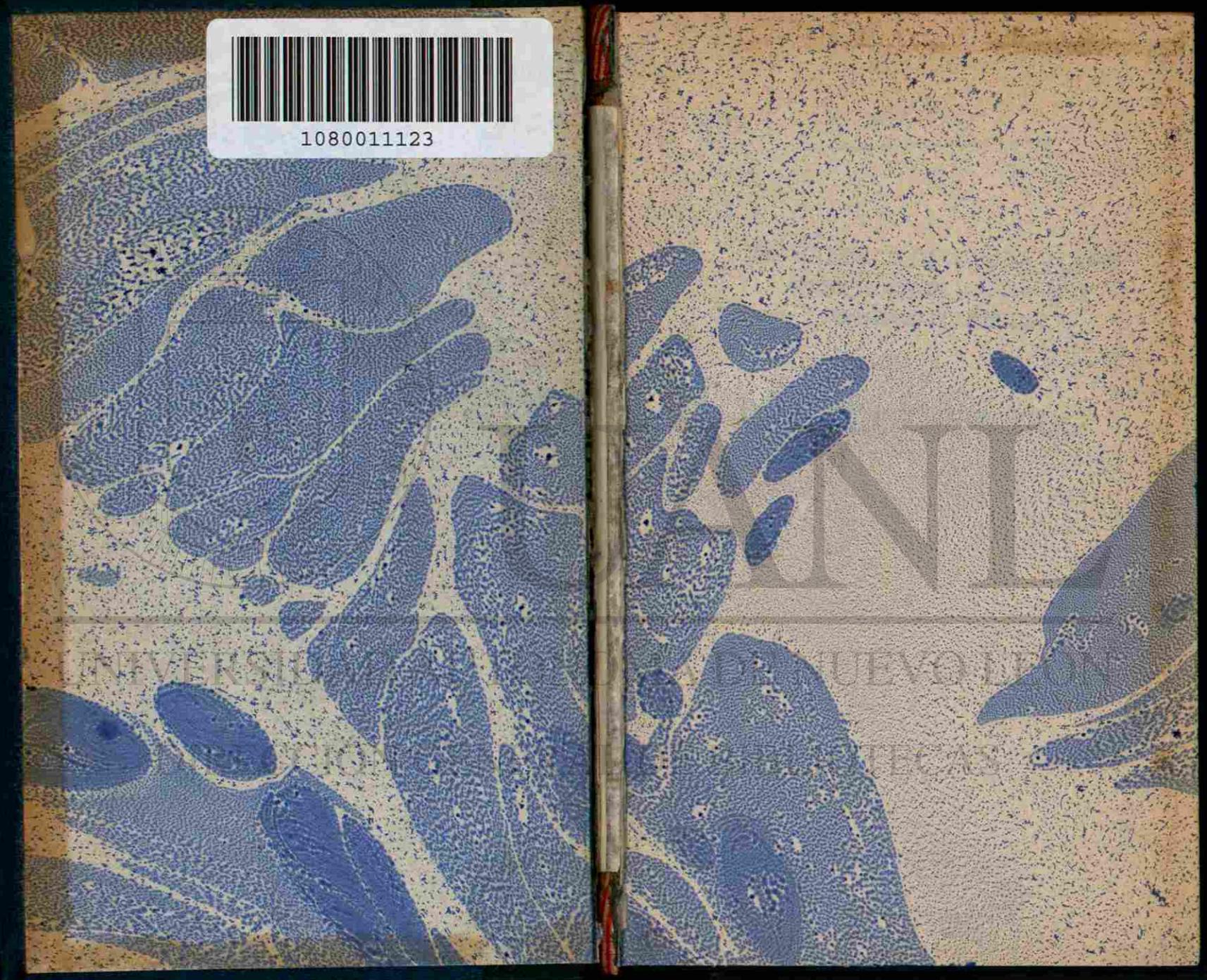
LOS
DEGEN

PG3464
.S5
D4





1080011123

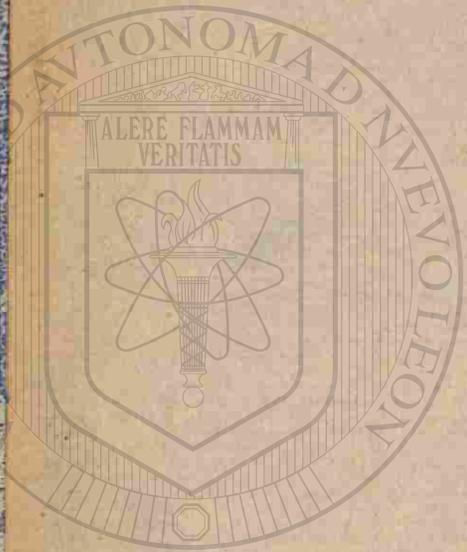


E-1049-LD

3304

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

LOS DEGENERADOS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

OBRAS DE MÁXIMO GORKI

de venta en esta Casa Editorial

LOS VAGABUNDOS
TOMÁS GORDEIEFF
EN LA ESTEPA
LOS DEGENERADOS
CAÍN Y ARTEMIO

MÁXIMO GORKI

LOS DEGENERADOS

EL MATRIMONIO ORLOF
LOS EXHOMBRES

TRADUCCIÓN

de

EUSEBIO HERAS



BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 226 y 228

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.º del Relox, 1

1902

PG 3464

-55

D4



EL MATRIMONIO ORLOF

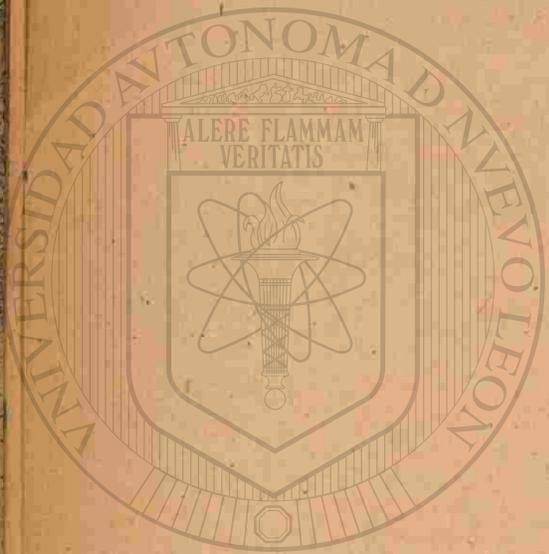
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RODRIGO DE LLANO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci



Casi todos los sábados antes de las vísperas, partiendo de las dos ventanas de un sotabanco, en una vieja y sucia casa propiedad del comerciante Petunikof, los iracundos gritos de una mujer llenaban el estrecho patio, atestado de toda clase de objetos, y donde estaban contruidos los retretes, que, hechos de madera viejísima, parecían prontos á caer.

—¡Detente! ¡detente, perdido!—gritaba una mujer, en voz baja de contralto. ®

—¡Suelta!—respondía el tenor de un hombre.

—¡No te soltaré, no te soltaré, verdugo!

—¡Pamema!... ¡Soltarás!

—¡Mátamel!... ¡No soltaré!

—¡Tú checheas, hereje!

—¡Oh, abuelos míos!... ¡Me ha matado! ¡Abuelos míos!

—¡Soltarás!

—¡Concluye, fiera, concluye!

—¡Pero no de un golpe!

A las primeras palabras de diálogo semejante, Senka Pinzón, el aprendiz del pintor de fachadas Sutchkof, que pasaba los días preparando colores bajo uno de los cobertizos del patio, salía de su escondite cual flecha disparada, y, brillantes sus ojos negros de ratón, gritaba con toda fuerza:

—¡Los zapateros Orlof se zurren! ¡Oh, la, la, la!

Apasionado *amateur* de toda clase de incidentes, el Pinzón corría á las ventanas de la habitación de los Orlof, echábase de bruces en el suelo, asomaba su cabeza de alborotados cabellos, toda cubierta de pinturas, y con avidez examinaba el agujero negro y húmedo de donde salía mohoso olor de cuero, de betunes, y de engrudos. Allí, en el centro, se revolcaban furiosamente dos formas, que exhalaban gritos roncacos, gemían y se insultaban.

—¡Me matarás!...—decía la mujer toda sofocada.

—¡Esto no será cosa!—afirmaba el hombre, seguro de sí mismo, con una cólera concentrada.

Oíanse golpes sordos y pesados sobre algo blando,

suspiros, gritos estridentes, el agitado resollar de un hombre que maneja un peso considerable.

—¡Oh, oh! ¡Qué golpe con la horma!

El Pinzón describía la marcha de los sucesos en el sotabanco, y el público, agolpado en torno de él, —los sastres, el ujier Leftchenko, Kisliakof el acordeonista y otros aficionados á los espectáculos gratuitos,—preguntaba á Senka á cada instante, y tirándole de los pies en su impaciencia:

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacen ahora?

—El está á caballo sobre ella y con la jeta le hace barrer el suelo,—refería Senka, que parecía voluptuosamente alegre con las impresiones sentidas.

El público terminaba por asomarse de igual modo á las ventanas del piso de los Orlof: á todos punzaba el deseo de contemplar con sus propios ojos la marcha del combate; y aun cuando de antiguo conocieran el método de Grichka Orlof en sus guerras con la esposa, no por ello dejaban de gozar ante el espectáculo.

—¡Ah, el diablo! ¿Concluyó con ella?

—Tiene la nariz bañada en sangre... ¡y aun sigue! —comunicaba Senka.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamaban las mujeres.

—¡El verdugo!

Los hombres discutían de manera menos objetiva.

—Es indudable que al fin la matará,—decían.

Y el acordeonista afirmaba en tono profético:

—Acordaos de mis palabras... La abrirá el vientre con un cuchillo. Llegará día en que se canse de obrar siempre lo mismo, en el que concluya de un golpe toda la música.

—¡Concluyó!—decía á media voz Senka, que dejaba su sitio de un salto, para ir como una bala hacia otro extremo del patio, también punto de observación, pues sabía que Grichka Orlof saldría sin tardanza.

Los demás se dispersaban en seguida, no queriendo ser vistos por el terrible zapatero, quien, concluída la batalla, perdía para ellos todo interés, y que, por otra parte, no era inofensivo.

Ordinariamente no había en el patio más alma viviente que el Pinzón, cuando el luchador salía de su sotabanco. Agitado, con la camisa desgarrada, los cabellos alborotados, la cara arañada y llena de sudor, los ojos inyectados en sangre, paseaba su mirada por todo el patio; luego, con las manos á la espalda, dirigiase lentamente hacia un viejo trineo, apoyado, con dos patines en alto, en la pared de madera del colgadizo. A veces silbaba con aire de valiente, y, á la vez, miraba á todas partes, cual si quisiera provocar á todos los habitantes de la casa Petunnikof. Hecho lo cual tomaba asiento sobre los patines del trineo, enjugábase el sudor y la sangre con la manga de su camisa, y se petrificaba en una

posición lánguida, mirando de modo lúgubre la sucia pared de la casa, toda llena de rayas multicolores. Los oficiales del pintor Sutchkof tenían la costumbre de limpiar allí sus pinceles.

Orlof tenía unos treinta años. Rostro nervioso, de color bronceado, de rasgos finos, adornado con un pequeño bigote obscuro que hacia resaltar el rojo de sus labios, regularmente carnosos. Por encima de una gran nariz, bajo espesísimas cejas que casi se unían, miraban unos ojos negros y constantemente brillantes con fulgor inquieto. Crespos cabellos alborotados delante, caían detrás sobre un cuello moreno y muy nervioso. De mediana estatura, algo encorvado por el trabajo, musculoso y acalorado, permanecía mucho tiempo sobre el trineo, contemplando, como dijimos, la pared pintada, mientras su pecho respiraba profundamente.

Hase ocultado el sol, pero en el patio no hay aire: aquello siempre huele á la pintura, al aceite, á la brea, á los demás componentes de los colores. De todas las ventanas de los dos pisos de la casa salen gritos y canciones: á veces se asoma un rostro, mira

un instante á Orlof, y desaparece al momento sonriendo.

Aparecen los pintores, que vuelven del trabajo: pasan por delante del zapatero, le miran á hurtadillas, se guñan el ojo, y después de llenar el patio con su vivo dialecto de Kostroma, dispónense á ir, los unos hacia el baño, los demás á la taberna.

Del segundo piso bajan los sastres, todas personas semivestidas, de sangre anémica y piernas tuertas, y pónense á censurar á los de Kostroma, por su modo de expresarse.

Todo el patio está lleno de ruidos, de risas vivas y alegres, de bromas. Orlof sigue sentado en su rincón, y calla, sin mirar á nadie. Tampoco se acerca nadie, ni se atreve ninguno á bromear á costa de él, porque se sabe que después de sus reyertas es una fiera.

Queda todo invadido por sorda é inmensa cólera, que pesa sobre su pecho, que dificulta su respiración. Algo informe y obscuro se desarrolla en él, vagas manchas negras agitanse ante sus ojos, angustia y sed de aguardiente roen sus entrañas. Sabe que cuando haya bebido quedará mejor, mas aun es de día y le avergüenza ir á la taberna en aquel estado, cruzar las calles de tal modo, él, Grigory Orlof, de todo el mundo conocido.

Sabe lo que vale y no quiere salir para que su presencia cause risa, pero tampoco puede volver á

entrar en casa para lavarse y arreglarse. Allí, su mujer, toda magullada, está tendida en tierra, y sin embargo sigue disgustándole de todos modos. Gime, y mientras gime comprende que es una mártir, y que con razón hace lo que hace. Él también sabe que ella tiene razón, que él es culpable, y esto aumenta su odio, porque, consciente de ello, un sentimiento furioso y obscuro hormiguea en su corazón, aun más fuerte que su conciencia. Todo es turbado y penoso en él, y se entrega á sus sensaciones interiores, no hallando otro remedio que una botellita de aguardiente para tranquilizarse.

Aquí está Kisliakof, el acordeonista. Viste una *poddevka* (1) de terciopelo de algodón sin mangas, camisa roja de seda, anchos pantalones y elegantes botas. Bajo el brazo lleva un acordeón, cubierto con funda verde; sus bigotes negros están perfectamente retorcidos, su gorra descuidadamente caída sobre la oreja, y su fisonomía irradia alegría y audacia. Orlof le aprecia por su atrevimiento, su alegría y su buen humor, y envidia su existencia fácil y descuidada.

Te felicito por tu victoria,
que en tu mejilla posó la gloria.

Orlof no se enfada al oír aquella broma, oída ya infinitas veces; y es que el acordeonista no lo dice

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

con malicia, sino sencillamente porque le agrada bromear...

—Hola, viejo mio. ¿Se repitió la batalla de Plewna? —pregunta Kisliakof, parándose un momento ante el zapatero.

—¡Ah, pobre Grinia! Debiste ir adonde lleva el camino de ambos. Hubiéramos bebido una copita.

—Pronto estaré allí,—dice Orlof sin levantar la cabeza.

—Espero, y sufro lejos de ti...

Orlof se va detrás de él.

Entonces, del sotabanco, apoyándose en las paredes, sale una mujer regordeta; su cabeza está envuelta en un pañuelo, y por la abertura que debía dejar ver el rostro, sólo se distingue un ojo, un trozo de mejilla y otro de frente. Atraviesa el patio con andar inseguro, sentándose en el sitio donde, momentos antes, estuvo su marido. La aparición de esta mujer no admira á nadie; se está acostumbrado á ella, y todo el mundo sabe que allí permanecerá hasta que Grichka, ebrio, contrito, regrese de la taberna. Sale al patio porque en el sotabanco no se respira, y para ayudar á Grichka cuando se haya de bajar la escalera. Esta escalera está medio podrida, y es muy peligrosa; Grichka se cayó en cierta ocasión, se dislocó el brazo, durante un par de semanas

(1) Traje nacional ruso.

no pudo trabajar, y el matrimonio se las vió negras para comer.

Matrena, la mujer, le espera desde entonces.

En ocasiones alguien va á instalarse junto á ella, con más frecuencia Leftchenko, un sargento retirado, bigotudo, natural de la Pequeña Rusia, razonable, con la cabeza siempre echada hacia atrás y la nariz violeta. Se sienta, pregunta, y, bostezando ligeramente, dice:

—¿De nuevo os habéis pegado?

—¿Qué te importa eso?—responde la Matrena, con acento provocativo y hostil.

—No, nada de eso...—explica el exmilitar.

Ambos guardan silencio.

Matrena respira penosamente y algo silba en su pecho.

—¿Qué demonios sacáis de batallar á todas horas? ¿Qué os mueve á obrar como lo hacéis?—empieza él á razonar.

—Asunto nuestro es ese,—dice con laconismo Matrena Orlova.

—Vuestro, verdad,—asiente Leftchenko.

Y hasta inclina la cabeza en confirmación de lo que acaba de decir.

—Entonces ¿á qué molestarme?—observa justamente la mujer.

—¡Gracioso es esto! ¡Ni aun decirle palabra puede uno! ¡Cuando pienso!... Grichka y vos sois un par... A diario, por mañana y noche, se os debería

dar una ración de palo... De ese modo no seriais unos erizos.

Y, enfadado, se aparta de ella. En el patio circulan rumores de que no sin motivo el exmilitar habla á la zapatera y la zapatera se encoleriza con él... como con los demás que tratan de meterse donde no deben.

El hombre se dirige á un rincón del patio, caminando derechamente como soldado, vigoroso y fuerte á pesar de sus cuarenta años.

Y he aquí que el Pinzón, cayendo no se sabe de dónde, aparece entre sus piernas.

—La cosa no es muy facilita, porque la madre Orlava es un verdadero gato negro,—comunica en voz baja á Leftchenko, guiñando un ojo y mirando con malicia hacia donde está la zapatera.

—¡Me parece que te daré lo que necesitas!—amenaza el exmilitar, que sin embargo sonríe. Aprecia al diablillo Pinzón, le escucha con interés, pues sabe que todos los misterios de aquel patio no lo son para él.

—No es posible entenderse con ella,—sigue el Pinzón sin hacer caso de la amenaza.—Maximka, el pintor, trató... pero ella le soltó una... ¡La oil! ¡En la mejilla, y que sonó como sobre un tambor! Medio niño, medio hombre, á pesar de tener doce años, vivo é impresionable, de igual modo que una esponja se llena de agua, glotonamente absorbe el cieno de la vida que le rodea, y en su frente ya se ve una

finá arruga, prueba de que Semka Pinzón... piensa.

...La obscuridad reina en el patio. Arriba, el resplandor de los astros ilumina un trozo cuadrado de cielo azul; rodeado de elevadas paredes, el patio se asemeja á una honda fosa cuando se lo mira desde lo alto. En un rincón de esta fosa está sentada una pequeña forma femenina: descansa de los golpes y espera al marido ebrio.

Cuatro años hace que los Orlof están casados. Tuvieron un hijo, quien murió al año y medio de nacer; no le lloraron mucho, les consolaba la esperanza de que en breve tendrían otro.

El sotabanco en que vivieron era una gran casa obscura, oblonga, de techo ojival. Al lado de la puerta había una gran estufa rusa, cuyo cañón estaba vuelto hacia las ventanas; entre la estufa y la pared, un pasillo corría hasta el antiguo aposento, alumbrado por dos ventanas que miraban al patio. La luz entraba en el sotabanco en rayos oblicuos, nebulosos, y allí todo era húmedo, callado, muerto. Mientras la vida se manifestaba encima, allí solo

penetraban rumores sordos, vagos, que con el polvo caían en la fosa de los Orlof.

Frente á la estufa y á lo largo de la pared había una cama de madera, que ocultaba una cortina de algodón color marrón con flores rosa; en la pared de enfrente, una mesa, sobre la que se tomaba el té ó se comía, y entre la cama y la pared, bajo dos rayos de luz, trabajaban los esposos.

Las cucarachas viajaban perezosamente por las paredes, royendo la miga de pan que había servido para que sobre el yeso pertenecieran adheridos muchos grabados de periódicos viejos. Melancólicas moscas volaban aquí y allá, con su zumbido fastidioso, y los grabados por ellas emporcados parecían manchas sombrías en el fondo gris sucio de las paredes.

He aquí como empezaba el día de los Orlof:

Como á las seis de la mañana despertábase Matrena, se lavaba y preparaba el samovar, más de una vez estropeado en el ardor de las peleas, y todo cubierto de piecitas estañadas. Mientras el té se preparaba, arreglaba el aposento, iba á comprar y despertaba al marido; éste se levantaba, se lavaba, y, cuando el samovar estaba ya sobre la mesa, silbaba ó tarareaba. Se tomaba el té con pan blanco del que se consumía una libra ó dos.

Grigory trabajaba bien y tenía siempre faena; la distribuía á la hora del té. Él hacía el trabajo delica-

do que precisa la mano de un oficial maestro, la mujer torcía los clavos, pegaba las plantillas, arreglaba los talones y otras bagatelas. A la hora del té se discutía también el «menú» de la comida. En invierno, cuando el estómago pide más alimento, aquello era cuestión interesantísima; en verano, por economía, no se encendía fuego sino los días de fiesta, y no todos: el alimento ordinario eran toda clase de *accrochkas al kvas*, (1) á los que se agregaba cebolla, bacalao, á veces carne, preparada en la cocina de un vecino cualesquiera. Comenzaban á trabajar en cuanto el té estaba tomado: Grigory sobre una caja cubierta de cuero, con adornos de metal, y su mujer no lejos de él, en un taburete bajo.

Se empezaba á trabajar silenciosamente.—¿De qué podían hablar?—Algunas palabras respecto al trabajo, y luego permanecían callados por espacio de media hora, y aun de más. Golpeaba el martillo, la lesna chirriaba al penetrar en la suela. Grigory bostezaba muchas veces, y sus bostezos siempre terminaban en rugidos ó chillidos. En ocasiones comenzaba una canción. La voz de Orlof era dura, de timbre metálico, pero sabía cantar. Las frases de la canción, tan pronto se agolpaban en un recitado, saliendo volublemente, gemidoras, y, cual si temie-

(1) Potaje frío, especie de ensalada de toda clase de residuos y cerveza agria.

ran no poder acabar lo que querían decir, impetuosamente salían del pecho del zapatero, como se alargaban súbitamente en tristes suspiros, ó bien, con un grito de angustia, volaban, ansiosas y vibrantes, por las ventanas. Matrena acompañaba á su marido con una voz baja de contralto. Los rostros de ambos se tornaban pensativos y tristes; los ojos sombríos de Grichka parecían como cubiertos por la niebla. La mujer, absorta por los sonidos, permanecía medio dormida: balanceábase de un lado á otro, y á veces, como estrangulada por la canción, cortaba la nota por medio, y después de una pausa levantaba la voz, poniéndola al nivel de la de su marido. Mientras el canto, ni uno ni otro mostraban la presencia mutua, tratando de expresar, con las palabras de la estrofa, el vacío y el fastidio de su sombría existencia, quizá intentando formular con aquellas frases las ideas, las sensaciones semiconscientes que nacían en sus almas.

El zapatero solía improvisar:

— ¡E-e-ch! ¡tú, mi vida! ¡Ah! ¡mi vida tres veces maldita!... ¡Y tú mi angu-u-uustia! ¡Ah! ¡Y tú, mi angustia maldita!... ¡Maldita angustia mía!...

Estas improvisaciones no agradaban á Matrena, que solía preguntar:

— ¿Cómo diablos aúllas, que te asemejas á un perro que vé cercana la muerte?

Ignórase por qué causa se enfadaba tan pronto el zapatero.

— ¡Puerca de gruesa jeta! ¿Qué puedes tú comprender? ¡Véte á hablar con tu madre!

— ¡He ahí que aulló, que aullaba... que ladra!...

— ¡Tú debes guardar silencio! ¿Qué soy yo aquí? ¡Tu aprendiz, sin duda, cuando te pones á sermonearme! ¡Espera, espérate un poco!

Matrena, viendo que las venas del cuello del zapatero vándose inflamando, que sus ojos brillan de cólera, permanece silenciosa, no respondiendo á las palabras del marido, cuya furia se extingue con igual prontitud que empezara.

Evitaba sus miradas, que buscaban la reconciliación, disimulando una sonrisa, llena del sentimiento tembloroso que inspirábala el temor de que su marido se enfadara nuevamente, al notar que era objeto de una burla, y se alegraba cuando veía que la reconciliación era posible, porque aquello era vivir, pensar, sentir la emoción...

Ambos, seres jóvenes y sanos, se apreciaban, y estaban orgullosos uno de otro. Grichka era fuerte, apasionado, bueno, y Matrena blanca, regordeta, con brillo sorprendente en sus ojos grises, mozueta, en fin, como en el patio se decía. Se amaban, pero la vida les fastidiaba: carecían casi por completo de impresiones, de intereses que les procuraran de cuando en la posibilidad de descansar satisfaciendo á la vez las necesidades del espíritu humano: atormentarse, pensar, arder, vivir en una palabra. Por-

que en aquellas condiciones de falta de impresiones exteriores y de interés, que comunica vida á la existencia, el marido y la mujer, aun cuando fueren de elevada cultura espiritual, por ley fatal han de disgustarse uno de otro. Es una ley tan inevitable como justa. Si los Orlof hubieran vivido con un objeto cualesquiera, por insignificante que hubiese sido, su existencia habría transcurrido menos agitada.

Pero ni aun esto había.

Siempre uno frente al otro, conocían las palabras, los gestos mutuos. Los días se sucedían sin que su existencia variara. Cuando llegaba alguna fiesta, para distraerse, visitaban á otros pobres de espíritu semejantes á ellos mismos. A veces eran ellos visitados, y se reía, se comía con frecuencia, hasta se jugaba. Luego recomenzaban los días incoloros, que transcurrían lentamente uno detrás de otro, como los anillos de una cadena invisible, aumentando la pesadez de la existencia de aquellos seres con el trabajo, el fastidio, y una sorda irritación del uno contra el otro.

Grichka decía:

—¡Vaya una existencia! ¡Su abuela es una hechicera! ¿Y para qué se me dió? El trabajo continuo y después el fastidio sin límites, el fastidio, y en seguida el trabajo...

Y después de unos momentos, con los ojos eleva-

dos hacia el techo y sonriendo vagamente, continuaba:

—Mi madre me dió á luz según la voluntad de Dios... ¡Nada puede decirse contra esto! Aprendí un oficio... mas ¿para qué? ¿Acaso no hay bastantes zapateros sin contarme? Vaya, admitámoslo todo; soy zapatero. ¿Y qué? ¿Qué placer hay en esto para mí? Estoy en una fosa y coso... Luego moriré... Vivió un Grigory Orlof que remendaba calzado... Le mató el cólera. ¿Qué sentido hay en esto? ¿Y para qué es menester que viva, cosa y muera?

Matrena nada decía, viendo algo horrible en las palabras de su esposo; mas á veces le rogaba no pronunciase aquellas sílabas, que era contra Dios, quien, á su entender, sabía cómo se arregla la existencia de un hombre. Y á veces, cuando se hallaba de mal humor, le declaraba escéptico.

—Y tú obrarías bien no bebiendo ese sucio aguardiente; habrías vivido más feliz; ideas semejantes no habrían penetrado en tu cerebro. Otros viven y no se quejan, pero ahorran, abren establecimientos propios, llegan á vivir como burgueses.

—¡Y tú con tus palabras, dignas de ser pensadas por una cabeza de madera, eres una muñeca del demonio! Remúeve un poco tu seso. ¿No debo yo beber estando en la bebida mi alegría? ¡Los otros! ¿Y conoces tú á esos *otros* tan afortunados? Yo mismo ¿era como ahora soy antes de casarme? ¡Tú, hablan-

do con verdad, tú chupas y me oprimes la existencia! ¡Tú... sapo!

Matrena se ofendió, pero sabiendo que su marido tenía toda la razón: antes de casarse, Orlof era divertido y bueno; entonces era una fiera.

—¿Por qué esto?— pensaba la infeliz.—¿Realmente soy un fardo para él?

Su corazón sufría con tan amargo pensamiento, y se compadecía y le compadecía; aproximándose á él con una mirada acariciadora y enamorada, buscaba los destellos de sus ojos y le oprimía contra su pecho.

Grichka hacía ademán de rechazarla, mas ella sabía muy bien que no lo llevaría á efecto, y le estrechaba más cada vez...

Entonces se encendían los ojos de él, dejaba el trabajo, y tomando á su mujer por las rodillas, abrazábala mucho tiempo, suspirando con toda la fuerza de sus pulmones y hablando á media voz, como si temiera que alguien oyese sus palabras:

—¡Ah, Matria! Juntos vivimos mal, tan mal... que nos mordemos como fieras. ¿Y por qué? Tal es mi estrella... El hombre nace bajo una estrella, que es su destino.

Pero la explicación no le contentaba, y estrechando más á su esposa sumiase en el ensueño.

Largos instantes permanecían de aquel modo entre la claridad turbia y el aire casi irrespirable de su

sotabanco. Ella callaba, suspiraba, pero recordando súbitamente las ofensas poco merecidas y los golpes, con dulces lágrimas le compadecía y se compadecía.

Entonces él, turbado por sus tiernos reproches, la acariciaba cada vez con más calor, dando lugar á que ella se extendiera en lamentaciones, con lo que al fin volvía á irritarle.

—¡Basta de gemidos! ¡Quizá sufra yo más, mil veces más, cuando te pegol! ¿Comprendes? Pues intenta no hablar más. Cuando se os concede alguna libertad, las barbas de uno os sirven de juguete. ¡Basta de hablar! ¿Qué puedes decir á un hombre para quien la vida es una carga de las más pesadas?

En ocasiones le dulcificaba aquel torrente de lágrimas y lamentaciones, y la explicaba, soñador, medio rendido:

—¿Qué puedo yo hacer con mi carácter? Te maltrato... es verdad; nadie más que tú me ayuda en este mundo, y en ocasiones no lo recuerdo. Momentos hay en que no te miraría. Diríase entonces que tú te me has indigestado. Y tal malicia se posa en mi corazón durante aquellos momentos, que te desgarraría y me desgarraría. Y cuanto mayor es mi culpa, más grande es mi deseo de pegarte.

Poco probable es que ella lo comprendiera, mas aquel tono dulce y arrepentido la tranquilizaba.

—Dios permitirá que varíemos de algún modo, que

nos acostumbremos...—decía ella, sin pensar que hacía mucho tiempo estaban acostumbrados y anquilados.

—Si nos naciera un niño estaríamos mejor,—solía agregar ella suspirando.—Tendríamos distracción y algo en qué pensar.

—¿Qué es lo que haces, entonces? ¡Pare!...

—Sí... pero con los golpes que me das no puedo llevar... Das demasiado fuerte en los riñones y en los costados... ¡Si, ya que cosa mejor es imposible, no me dieras patadas!...

Y Grigory, confuso, se disculpaba en brusco tono:

—¿Puedese calcular en tales momentos dónde, cómo y con qué se ha de pegar? Además, yo no soy una especie de verdugo, ni pego por placer, sino por angustia...

—¿Y de dónde proviene esa angustia?—preguntaba tristemente Matrena.

—¡Tal es la suerte, Motria!—filosofaba Grichka.

—¡La suerte y el carácter del alma! ¿Soy yo peor que cualquiera otro, que el exsargento, por ejemplo? No obstante, él vive sin angustia. Vive solo, sin mujer, sin nadie... Yo habría muerto sin tú... Mientras que él, ¡nada! Fuma su pipa y sonríe, está satisfecho... Yo... ¡Necesario es creer que nací con la inquietud en el corazón! Mi carácter es así. El exmilitar le tiene como un trozo de madera; el mío es

un resorte; si se le toca vibra... Sí, por ejemplo, salgo á la calle, veo esto y aquello, de que carezco, me extraña. ¿El exsargento? ¡No necesita nada! Y cosa que de igual modo me exalta es ver que él, aquel diablo bigotudo, no necesita nada, mientras que yo ni sé lo que deseo. Estoy aquí, trabajo en este agujero, donde nada tengo de nada. Y tú... Tú eres mi esposa. ¿Qué hay en tí de interesante? Eres una mujer como las demás... Conozco todo lo tuyo: cómo estornudarás mañana. Sé hasta esto, porque en cien mil ocasiones te he visto estornudar. ¿Qué vida es esta? te pregunto. ¿Y qué interés puede tener para mí?... Voy á la taberna... porque allí se divierte uno.

—¿A qué te casastes, entonces?—preguntóle Matrena.

—¿Por qué?—Grichka sonreía.—¡El diablo sabe por qué! No debí hacerlo, hablando conscientemente... Solo, aunque se tenga hambre, se es libre y se va donde se quiere.

—Vete, pues; vuélveme la libertad, —decíale Matrena, pronta á deshacerse en lágrimas.

—¿A dónde irías tú?—le preguntaba el zapatero con aire imponente.

—Asunto mío es.

—¿A dónde?—repetía.

Y se inflamaban siniestramente sus ojos.

—No gesticules... que no se te tiene miedo.

—¿Le has echado el ojo á un buen mozo?... ¡Habla!

—¡Suelta!

—¿Suelta? ¿De dónde?—aullaba Grichka.

La tenía cogida por los cabellos, habiéndola despojado del pañuelo de la cabeza. Los golpes despertaban en ella la cólera, y la cólera le procuraba enorme placer; excitaba toda su alma, y en lugar de extinguir sus celos con una sola palabra, provocábale más aún, sonriendo con extraña y significativa sonrisa. Él se enfurecía y le pegaba, le pegaba sin compasión.

Y por la noche, cuando, moribunda, estaba echada en la cama, cerca de él, la miraba á hurtadillas y suspiraba penosamente. Sentíase incómodo, su conciencia reprochábale algo, comprendía que sus celos no tenían razón de ser y que le había pegado sin motivo.

—Bien, basta de eso,—decía él confuso.—¿Es culpa mía si tengo este carácter? Y tú también... ¡eres buena! En lugar de hacerme comprender lo razonable, me provocas. ¿Qué necesidad tienes de provocarme?

Ella guardaba silencio, pero sabía por qué; sabía que entonces, medio muerta y ofendida, la esperaban las caricias, las tiernas y apasionadas caricias de la reconciliación, pensando en la cual sufría durante el día con resignación, hasta con placer.

Las ventanas del aposento estaban abiertas; pero una pared de la vecina casa ocultaba el cielo, y en la alcoba, á más de carecer de aire y de sitio, se accionaba en la obscuridad.

—¡Ah, vaya una vida! ¡Oh, los espléndidos trabajos forzados!—murmuraba Grichka, impotente para expresar el dolor que experimentaba.—Quizá todo sea á causa de esta fosa. ¿Qué somos? ¡Cual si nos hallásemos enterrados antes de la muerte!

—Cambiemos de domicilio,—proponía Matrena llorando.

—¡Oh!... no, si no es ese el caso. Aun viviendo en en el granero, nos hallaríamos en la misma fosa... porque la fosa, no es el aposento, sino la vida.

Matrena sollozaba y añadía:

—Quizá nos ayude Dios; esto irá mejor, nos acostumbremos.

—¡Esto irá mejor!... Lo dices muy á menudo... y nuestras cosas mejoran... ¡por la otra punta! Cada vez son más y no menos notables los escándalos.

Decía verdad Orlof: los intervalos entre aquellas escenas eran cada vez más cortos, y de tal modo se estaba que los sábados, desde por la mañana, Grichka comenzaba ya á amoscarse contra su mujer.

—Esta noche, concluido el trabajo, iré á la taberna, á casa del Calvo... Me hartaré,—declaraba.

Matrena, que al escuchar le guiñaba extrañamente los párpados, solía oírle en silencio.

— ¿Callas? ¡Mejor, así sufrirás menos!— prevenía él.

Durante el día, con una irritación que iba en aumento conforme la noche se acercaba, él la recordaba muchas veces su intención de hartarse, y al ver que le escuchaba con disgusto, al verla ir á la alcoba, silenciosamente concentrada, con brillo en sus ojos duros, pronta para la lucha, su furia aumentaba por instantes.

Al acercarse la noche, el mensajero de su dicha, Senka Pinzón, anunciaba la «batalla».

Después de golpear á su mujer, Grichka desaparecía muchas veces por toda la noche, y en ocasiones, hasta el domingo pasaba fuera de casa. Ella, toda cubierta de señales, le recibía con aire severo, silenciosa, pero llena de piedad secreta por él. Orlof volvía enlodado, con la ropa desgarrada y los ojos inyectados en sangre: hasta le habían pegado muchas veces.

Ella sabía que tenía necesidad de repetir una vez en casa, y siempre le tenía preparada una media botella de aguardiente. El lo sabía.

— Dame una copita, — suplicaba con voz zalamera.

Tomaba dos ó tres y se ponía á trabajar.

Entre remordimientos pasaba el día para él; á veces no podía soportar aquella acogida: rechazaba el trabajo, y entre juramentos formidables se pasea-

ba por los aposentos ó se revolcaba sobre la cama. La mujer esperaba á que se calmara, y entonces tenía lugar la reconciliación.

Esta era al principio una viva y dulce escena, pero con el tiempo todo se había ido evaporando, y se reconciliaban casi únicamente porque se sentían cansados, callando los cinco días que faltaban para el sábado siguiente.

— Concluirás siendo un borracho, — decía suspirando la zapatera.

— Concluiré de ese modo, sí, — confirmaba Grichka. Y escupía indiferente, como hombre á quien importa poco que ocurra ó nó lo que dice.

— Concluiré de ese modo... y tú te marcharás, — agregaba, completando en esta forma el cuadro del porvenir.

La miraba luego á los ojos...

Ella hacía algún tiempo que en tales casos la bajaba, cosa que no ocurría en otra época.

Y Grigory fruncía el ceño y rechinaba los dientes de modo lúgubre al verlo.

A escondidas, ella solía ir á casa de hechiceros y nigrománticos, de donde traía raíces encantadas y carbones. Y como aquello no sirviese para nada, mandó decir una misa al gran mártir San Bonifacio, que libra de la embriaguez, y mientras la misa, estuvo de rodillas rezando y lloriqueando á la vez.

Y sin embargo, cada vez era más frío y más sal-

vaje el odio que su marido la inspiraba; sombríos pensamientos despertaban en ella, y cada vez com- padecía menos á aquel hombre, cuya alegre sonrisa, cuyas caricias y palabras amorosas enriquecieran antiguamente su existencia.

De este modo vivían aquellos seres, no malos en el fondo, en la fatal espera de algo que concluyese definitivamente con su vida dolorosamente absurda...

Un lunes por la mañana, en el momento en que los Orlof acababan de tomar el té, en el umbral de la puerta de su alegre habitación apareció la im- ponente silueta de un agente de policía. Orlof dió un salto en su silla, y bajo la mirada reprobadora y es- pantada de su mujer, trató de construir en su cabe- za de día después de juerga, los acontecimientos de los últimos instantes transcurridos; sin pronunciar una palabra, pero en la más ansiosa espera, fijó sus ojos tiernos en el visitante.

—Por aquí, por aquí.

El agente mostró el camino á alguien.

—¡Está negro como un horno! ¡El diablo cargue

con el comerciante Petunnikof,—pronunció una voz joven y alegre.

El agente se echó á un lado, y en el aposento de los Orlof entró vivamente un estudiante vestido de blanco, descubierta la cabeza, con los cabellos cor- tados al rape, de frente ancha, de alegres ojos color marrón, cuya risueña mirada brillaba bajo los len- tes.

—¡Buen día!—exclamó el joven con voz baja y poco firme.—Tengo el honor de presentarme... ins- pector sanitario. Vengo á saber cómo estáis, á aspi- rar un poco vuestro aire... ¡que es completamente abominable!

Orlof respiró libremente y sonrió con alegría cor- dial.

El estudiante le agradó al primer golpe de vista: su rostro era tan sano, tan rosado, respiraba tal bon- dad... su sonrisa era típica, fresca y serena hasta tal punto, que el sotabanco de los Orlof pareció más claro y más alegre en cuanto entrara.

—Por lo tanto, señores patrones,—prosiguió el estudiante sin detenerse,—limpiad con la mayor frecuencia posible todo esto, porque el ambiente no es saludable ni mucho menos. Os aconsejo, tiita, que esparzáis un poco de cal viva para purificar este aire... La cal es también muy buena contra la

humedad. Y vos, tiito, ¿por qué tenéis un aire tan de fastidio?

Dirigióse á Orlof, de cuya mano se apoderó para tomarle el pulso.

La vivacidad del estudiante había asustado algo á los Orlof. Matrena sonreía con aire desconcertado mirándole en silencio; Grigory sonreía también, pero admirando aquel rostro tan fresco.

—Y vuestros vientrecillos ¿cómo están? — preguntó éste.—Contad sin vacilaciones, que el asunto es naturalísimo, y si tenéis en ellos algo delicado, nosotros os daremos toda clase de medicamentos, con los cuales lo que tengáis de malo huirá como por encanto.

—Estamos bien... de salud,—informó Grigory sonriendo,—y si yo tengo aire de... sólo es en apariencia, porque, para deciros la verdad, tenía seco el gáznate, y...

—Sí, sí, ya lo he olido, patrón. Ayer bebisteis una copita, sólo una copita de más, y...

Pronunció esto de un modo tan cómico, dando tal expresión de gracia á su cara, que el zapatero estalló en una carcajada ruidosísima y confiada. Matrena cubrió su boca con el delantal. No quiso reír. Pero quien lo hacía más fuertemente y con mayor alegría era el estudiante, que, sin embargo, no tardó en tornarse serio.

—Beber un poco,—dijo,—es bueno para un hom-

bre que trabaja, pero mejor todavía es abstenerse de la gota en estos tiempos que atravesamos. ¿Sabéis que enfermedad circula entre los habitantes?

Y con expresión la más seria empezó á hablar á los Orlof, en términos á su alcance, del cólera, enumerando los medios para combatirlo. Hablaba y se paseaba por el aposento, tentaba con la mano la pared, miraba tras de la puerta, en el rincón donde estaba la fuente, donde se hallaba el cubo de las aguas sucias, inclinándose hasta sobre la estufa. Su voz se detenía á cada instante, saltaba del bajo al tenor, pero las sencillas palabras de su discurso quedaban por sí mismas, sin esfuerzo y sólidamente, en la memoria del auditorio. Sus claros ojos brillaban, y toda su persona estaba inflamada en joven ardor por la misión que cumplía con tanta sencillez como valentía.

Grigory le observaba curiosamente, Matrena respiraba con la nariz á cada instante, y el de policía había desaparecido.

—Tomad, pues, vuestras medidas para tener hoy mismo la cal, señor patrón. Cerca de aquí se construye; los albañiles os darán cuanto queráis por un par de sueldos. En cuanto á la gota, si no es proporción razonable, preciso es abstenerse de ella... Vaya, hasta la vista, mientras tanto... Volveré á pasar por aquí.

Y desapareció tan bruscamente como entrara, sonriendo buenamente á los Orlof, cual si quisiera dejarles aquel recuerdo de sus ojos reidores.

Permanecieron callados un instante, luego se miraron, sin saber cómo formular la impresión causada por aquella invasión súbita de una energía consciente en su vida tenebrosa y automática.

—¡Ja, ja!—dijo lentamente Orlof, moviendo al propio tiempo la cabeza.—¡Hé ahí un... qué mico! ¡Y se dice que envenenan al pueblo! ¿Acaso un hombre con rostro semejante va á ocuparse en nada por el estilo? ¡Y aquella voz! ¡Y todo lo demás!... ¡No, sus modales no eran fingidos! «¡Miradme, heme aquí!» ¿Es mal sana la cal? El ácido de limón... ¿qué es...? Acido simplemente... no otra cosa Y sobre todo la limpieza... ¿Se puede envenenar por estos medios? ¡Ah, los diablos! ¡Envenenador un mozo tan guapo!.. Y al hombre que trabaja le conviene beber con moderación. ¿Oíste, Motria? Pues entonces... échame una copita... ¿Queda?

Ella le virtió, con buena voluntad, media tacita de aguardiente de una botella que sacó de no se sabe dónde.

— Éste es verdaderamente bueno... dispone en su favor,—dijo, sonriendo al acordarse del estudiante.—Pero, los demás ¿quién sabe? Quizá estén realmente comprometidos para...

—¿Comprometidos? ¿Por quién y para qué?—exclamó Grigory.

—¡Para la destrucción de los hombres! Se dice que, viendo que hay muchos pobres, se ha dado la orden de envenenar á los que sobran.

—¿Quién ha dicho eso?

—Todo el mundo lo dice.

—¡Los que lo declaran son unos necios! ¿A quién aprovecharía tal hazaña? ¿Cómo comprender eso? ¡Se entierra!... lo cual no es otra cosa que una pérdida. Se necesita un ataúd, fosa y lo demás... todo á costa del Estado... ¡Absurdo es lo que dicen! Si se quisiera hacer una limpieza de hombres, con deportarles sencillamente á Siberia... ¡Allí hay sitio bastante para todo el mundo! También tenemos las islas inhabitadas. Y después de deportar, se ordenaría á los desterrados que trabajasen. «Trabaja y paga los impuestos». ¿Has comprendido? Esto sería una depuración, acaso provechosa, porque una isla no produce sin hombres que allí trabajen. Y para el Estado, el provecho... ¿consiste en matar al mundo y enterrarle á costa suya? No, no es ese su juego. ¿Has comprendido? Y luego, el estudiante... ¿acaso no se ve inmediatamente que no sería capaz de acciones tales?

Pasaron el día hablando del estudiante y de cuanto dijera, recordando su sonrisa, su rostro: habían visto que en su abrigo faltaba un botón, y á poco

más hay batalla, discutiendo si era á la izquierda ó al contrario lado del pecho. Matrena aseguraba que era á la derecha, su marido sostenía que á la izquierda, y dos veces la gratificó con un terrible juramento, pero recordando que la botella no estaba completamente vacía, se tranquilizó. Ducidieron ocuparse al día siguiente de la limpieza de su morada, y en seguida tornaron á hablar del estudiante.

En la cama siguieron conversando del acontecimiento de aquel día, y lo verificaban con la excitación sencilla de los niños al comunicarse una impresión por vez primera recibida, y escuchada con sorpresa. Se durmieron á la mitad de la conversación.

Al amanecer del día siguiente, alguien les despertó.

Cerca de su cama estaba la cocinera de los pintores de fachadas, y su rostro, siempre rojo y lleno, estaba, contra costumbre, gris y algo arrugado.

—¿Qué hacéis ahí, durmiendo como marmotas?—dijo súbitamente, moviendo de manera particular sus gruesos labios.—El cólera está en el patio. ¡El buen Dios nos castiga!

Y de repente se echó á llorar.

—¿Qué cuentas?—exclamó Grigory.

—¡Y yo que no vacié el barreño ayer por la noche!—dijo Matrena en tono de culpable.

—Por mi parte, pequeños míos, me marchó. ¡Voy al campo!

—Pero ¿quién ha sido atrapado?—preguntó Grigory, levantándose de la cama.

—¡El acordeonista! Bebió,—dijo,—agua de la fuente ayer por la tarde, y anoche ya estaba enfermo. Y se le fijó, señores míos, en el vientre, como sucede con el arsénico...

—¡El acordeonista!—murmuraba Grigory, quien no podía creer que una enfermedad cualquiera pudiese apoderarse de aquel músico.—Un mozo tan alegre, tan animoso, tan lleno de salud... ayer atravesó el patio semejante á un verdadero pavo real, como de costumbre. Voy á ver por mi mismo...—decidió, sonriendo desconfiado.

Las mujeres gritaron espantadas:

—¡Grichka, que es contagioso!

—¿Qué piensas, padrecito?

Grigory dejó escapar un juramento, metió los pies en sus chinelas, y, todo despeinado, con el cuello de la camisa por abrochar, se dirigió hacia la puerta. Su mujer le asió por los hombros, él sintió que su mano estaba temblorosa, y se enfadó, no se sabe por qué.

—¡Te daré un puñetazo en la jeta!—dijo.

Y, rechazando á su mujer, salió del aposento.

El patio estaba vacío y silencioso. Al dirigirse hacia la puerta de las habitaciones del acordeonista,

Grigory experimentaba al tiempo que la impresión propia del miedo, cierto placer agudo al recordar que, de todos los habitantes de la casa, él era el único que se acercaba al músico enfermo. Este placer aumentó al ver á los sastres, que desde las ventanas del segundo piso le miraban. Hasta se puso á silbar, moviendo la cabeza como en señal de desafío. Mas, á la puerta del cuarto del acordeonista, una pequeña desilusión le esperaba en la persona de Senka Pinzón.

Esta había entreabierto la puerta, y por la abertura metía su nariz puntiaguda; según su costumbre, tan apasionadamente observaba el espectáculo, que no volvió la cabeza sino cuando Orlof le tiró de la oreja.

—¡Lo que le ha cambiado eso, tío Grigory!—comenzó á decir, mirando al zapatero.

Orlof, presa del aire nauseabundo, había quedado clavado, y escuchaba en silencio al Pinzón, tratando de mirar por la abertura de la puerta.

—¿Si se le diera un poco de agua, tiito Grigory?—propuso el Pinzón.

Orlof contempló el rostro del muchachuelo, excitado casi hasta el temblor nervioso, y de súbito, experimentó una especie de energía.

—¡Ve, trae el agua!—ordenó al Pinzón.

Y abriendo atrevidamente la puerta, presentóse en el umbral.

Retrocedió...

A través de la niebla, Grigory vió á Kisliakof. El acordeonista, que vestía su traje de gala, hallábase recostado, con el pecho sobre la mesa, á la que se agarraba fuertemente, y con los pies, perfectamente colgados, rasaba dulcemente el húmedo suelo.

—¿Qué es eso?—preguntó, con voz indolente, falta de expresión.

Grigory se reanimó, y, adelantando con precaución, hizo un esfuerzo para decir con voz segura y hasta bromista:

—Soy yo, hermano Mitry Pavlof. ¿Y tú? Parece ser que anoche te excediste.

Examinaba atentamente á Kisliakof, que le era desconocido, sintiendo á la vez temor y curiosidad.

Todo el rostro del músico, habíase alargado, las mejillas salían en dos puntas agudas; los ojos, profundamente escondidos y rodeados de círculos verduzcos miraban con fijeza espantosa. La piel de las mejillas era del color que suelen tener las de los muertos en tiempo caluroso. Era aquella una cara horrible, completamente muerta, y sólo por el movimiento lento de las mandíbulas podía verse que aun vivía.

Los fijos ojos de Kisliakof miraban á Grigory, y aquella mirada muerta le aterró.

Orlof, á tres ó cuatro pasos del enfermo, se palpaba, no se sabe por qué, ambos lados, sintiendo co-

mo la opresión de una mano húmeda y fría que le estrangulaba lentamente. Y tuvo ganas de huir de aquella habitación, tan clara en otro tiempo, donde antes se hallaba tan bien, y en la que entonces se notaba una especie de olor mohoso, que le subía á la garganta, un extraño frío.

— Bueno, — trató de comenzar, — pensando en retirarse.

Pero la faz gris del enfermo se agitó extrañamente; sus labios, cubiertos de negra espuma, se estrecharon, y dijo con voz débil:

— ¡Es que... yo muero!

La indiferencia profunda, la apatía inexplicable de aquellas cuatro palabras repercutieron en la cabeza y en el pecho del zapatero como cuatro fuertes golpes. Con un gesto estúpido volvióse hacia la puerta; pero de pronto entró el Pinzón, con un cubo lleno de agua en la mano y cubierto de sudor.

— Aquí la tenéis... Del pozo de los Spiridonof... Las fieras no querían dármela...

Depositó el cubo en tierra, se precipitó hacia un extremo, volvió, alargó un vaso al zapatero y continuó su charla.

— Tenéis el cólera, — decían. Yo les respondí: ¿Y qué? Vosotros también le tendréis. Y al escucharme, ¡paf! me dió un golpe en la cabeza.

Grichka tomó el vaso, sacó agua del cubo y bebió

un trago. En sus oídos resonaban las atroces palabras:

— ¡Es que... yo muero!

El Pinzón daba vueltas en torno de él: se hallaba en su elemento.

— Dadme de beber, — dijo el enfermo, avanzando con ayuda de la mesa.

Pinzón se precipitó hacia él con un vaso de agua en la mano.

Grigory, con la espalda apoyada en la pared, cerca de la puerta, escuchaba, como entre sueños, al enfermo, que ruidosamente traga el claro líquido, y oyó la proposición del muchachuelo, que opinaba se debía desnudar y conducir á la cama al acordeonista, cuando la voz de la cocinera de los pintores resonó. Su ancho rostro miraba desde el patio, y por la ventana, con expresión de miedo y lástima, y decía, en tono de llorona:

— ¿Si se le diera sebo de Holanda con ron?

Y alguien, invisible, propuso aceite virgen con jugo de pepinos salados y aguardiente imperial.

Orlof sintió bruscamente en que las tinieblas pesadas, deprimientes, se aclaraban dentro de él con cierto recuerdo. Se frotó la frente, cual si deseara aumentar aquel estado de lucidez, y de repente se echó fuera, atravesó corriendo el patio y desapareció hacia la calle.

— ¡Ah, padrecito! Me parece que eso también le

ha cogido al zapatero! ¡Héle allí que corre hacia el hospital!

La cocinera comentó su huída con voz llorona.

Matrena, que se hallaba junto á ella, miró, con los ojos muy abiertos, y palideciendo y temblando:

—¡Chocheas!—dijo con voz ronca, moviendo sus blancos labios.—Grigory no será cogido por tan sucia enfermedad!... ¡no caerá!

Mas la cocinera había ya desaparecido, y pocos minutos después se oyó el rumor de las voces de un grupo de vecinos estacionado ante la casa del comerciante Petunnikof.

En todos los rostros se pintaban los mismos sentimientos; una excitación, á la que seguía un abatimiento sin esperanza, y algo malicioso, que á veces daba lugar á una ficticia bravata.

A cada momento, el Pinzón volaba del patio hacia los vecinos, y *viceversa*, haciendo brillar sus pies desnudos al correr, y comunicando á los de fuera la marcha de los sucesos en el aposento del músico.

Del público, que se agitaba ante la casa, salió una voz:

—¡El zapatero!

Este se aproximaba sobre el pescante de un fur-

gón cubierto de blanco, cuyos caballos guiaba un hombre lúgubre, también vestido de blanco.

—¡Sitio!—gritó aquel hombre con fuerte voz de bajo.

Y caminó hacia la vieja casa, haciendo huir á los reunidos, que se apartaron en cuanto le vieron.

Tras del furgón apareció, saliendo no se sabe de dónde, el estudiante que habia visitado á los Orlof.

Entre los comentarios del público, todo él asustado por la enfermedad que le amenazaba, el acordeonista fué sacado de su casa y encerrado en el furgón. Orlof y Senka Pinzón hicieron de ayudantes.

—Lo principal en todas las enfermedades—dijo el estudiante, en pie ante el carruaje, y dirigiéndose al público—es la limpieza del cuerpo y la del aire que respiráis.

Orlof estaba al lado de su mujer; miraba al estudiante y meditaba; alguien le tiró de la camisa.

—¡Tío Grigory!—murmuró Senka Pinzón, sobre la punta de los pies, brillantes como ascuas sus ojuelos.—Ahora que nuestro amigo Mitry Pavlovitch va á morir... como no tiene parientes... ¿de quién va á ser el acordeón?

—¡Déjame en paz, diablillo!—dijo Orlof con gesto de impaciencia.

Senka se alejó y se puso á mirar por la ventana del aposento del músico, buscando allí alguna cosa con ojos ávidos.

—La cal, la breá... —enumeraba el estudiante en alta voz.

Por la noche de aquel día turbulento, cuando los Orlof estuvieron ante la mesa en que se hallaba servido el té, Matrena preguntó curiosamente á su marido:

—¿Dónde hallaste tan pronto al estudiante?

Grigory la miró con ojos vagos, velados, como por niebla, por alguna idea; sin responder se virtió té.

Hacia medio día, una vez lavado el aposento del acordeonista, Grigory había acompañado al inspector de sanidad, volviendo, pensativo y silencioso, á las pocas horas, habiase acostado hasta la del té, sin pronunciar una palabra en aquel tiempo, no obstante las muchas tentativas de su mujer para hacerle hablar.

Matrena, extrañando que su marido no se enfadara siendo tan preguntado, comprendió que el zapatero hallábase invadido por un nuevo sentimiento, y ese algo desconocido la infundía miedo, razón por la cual trataba de saber qué era.

—¿Estás fatigado, Grichka?

Grigory concluyó el té, se pasó una mano por el

bigote, alargó el vaso á su Matrena, y arqueando las cejas, dijo:

—He estado en las barracas, donde hablé con el estudiante.

—¿En las barracas del cólera?—exclamó Matrena.

Y con inquietud, bajando la voz:

—¿Hay muchos?—preguntó.

—Cincuenta y tres con el nuestro.

—¡Oh!

—Diez que se reaniman... empiezan á caminar... Amarillos... flacos.

—¿Que también tienen el cólera? Menester es creer que no... Les habrán puesto allí para decir: «Ved cómo curamos».

—¡Qué bestia eres! ¡Qué bestias sois! Se muere uno de fastidio con vosotros, con vuestra ignorancia... Nada comprendéis.

Diciendo esto, el zapatero volvió á llenar su vaso de té caliente, y luego tornó á pensar.

—¿Dónde te civilizaste de tal modo?—preguntó maliciosamente Matrena.

Orlof, que ni aun había oído sus palabras, continuaba silencioso, pensativo, severo, inabordable.

Duró mucho el silencio.

Grichka le interrumpió súbitamente, dando un golpe en la mesa y exclamando:

—¡Hay allí una limpieza nunca vista! Todos los empleados van de blanco. Los enfermos son baña-

dos á cada instante. ¡Seles da vino de seis rublos y medio la botella! El olor de lo que se come, harta... Cuidados, atenciones... ¡Oh, sí! Tratas de comprenderlo: vives sobre la tierra sin que le preocupe á nadie lo que te ocurre. Y cuando estás á punto de morir, no sólo no se te permite, sino que se gasta para impedirlo. ¿No se podría emplear el dinero que cuesta esto en mejorar poco á poco la vida del infeliz?

Matrena no trataba de comprender aquellas palabras: bastábale saber que eran desusadas y que en el alma de su esposo verificábase algo nuevo. Segura de esto, deseaba saber si aquello se relacionaba en algo con ella. En su deseo había temor, esperanza, hostilidad hacia su marido.

—Preciso es creer que allí se sabe más que tú,— dijo cuando su esposo hubo terminado, moviendo luego los labios de una manera escéptica.

Grigory se encogió de hombros, la miró de reojo, y tras corta pausa prosiguió, en diapasón aun más elevado:

—Si saben ó no saben, asunto suyo es. Pero me parece que puedo pensar si yo, que nada vi de la vida, debo morir ó no. He aquí lo que te digo: no quiero continuar en esta situación, es decir, esperando á que el cólera venga á echarme la uña como al acordeonista. ¡No quiero, no quiero! Pedro Ivanovitch dijo: «¡Adelante! ¡La suerte contra tí, tú con-

tra la suerte! ¿Quién dirá la última palabra? ¡Guerra, pues! Quiero hacerme empleado de las barracas. ¿Has comprendido? Me meteré en la boca del león. Allí no ganaré menos de veinte rublos mensuales, y muy posible es que tenga alguna gratificación. ¿Se puede morir? Aquí se moriría mucho antes. Además, el cambio de existencia...

Y Orlof, muy excitado, dió tal puñetazo sobre la mesa, que toda la vajilla retemblo.

Matrena contemplaba á su marido con inquietud y curiosidad, y al concluirse el discurso de un modo hostil.

—¿Debes esos consejos al estudiante?—le preguntó.

—Mía es mi cabeza... Puedo decidir por mi mismo. No se sabe por qué, Grigory evitaba una respuesta más directa.

—Bien. ¿Y cómo te aconsejó respecto á mí?—continuó Matrena.

—¿Respecto á tí?

Grigory, que todavía no había pensado en esto, al pronto no contestó. Cierto que podía dejarla en casa, como ordinariamente se hace, pero hay hembras y hembras. Y con mujer como Matrena, aquello era peligroso. Tratándose de la zapatera, menester era ir más despacio. Pensando de este modo, Grichka continuó de modo esquivo:

—El estudiante... Pero ¿qué es lo que hay que arreglar respecto a tí? Continuarás viviendo donde vives.

—Bien,—dijo ella severamente.

Y sonrió como si quisiera despertar aquellos celos de su esposo.

Orlof, sensible y nerviosísimo, se sintió herido en su amor propio; mas para disimular, le dijo á su mujer:

—Todas tus palabras son necedades.

Y quedó en guardia, esperando lo que dijera.

Ella sonrió como antes, y continuó tan silenciosa.

—Bueno... ¿Qué?—preguntó Grigory, elevando algo la voz.

—¿Qué?—profirió Matrena, que enjugaba las tazas con indiferencia.—¿Qué?

—¡No trates de escaparte, vibora... si no quieres que te aplaste!

Orlof, que ardía, agregó:

—¡Quizá vaya hacia la muertel!

—¡Yo no soy quien te manda! ¡No vayas!

—¡Con gusto me enviarías, lo sé!—exclamó Orlof con ironía.

Ella callaba. Le enfureció aquel mutismo, pero se abstuvo de expresarse como acostumbraba. Y se contuvo bajo la influencia de una idea, extremadamente pérfida, según él. Hasta sonrió con sonrisa de alegría maliciosa.

—Lo sé. Tu gusto hubiera sido que desapareciese hacia el infierno. Mas aguarda, que se verá quien entra antes. Sí, yo también puedo hacerte dar el salto... ¡Verás!

Se levantó bruscamente de la mesa, cogió un bonete y salió, dejando allí á su mujer, en quien la sensación de miedo al porvenir iba en aumento. Mirando por la ventana, la infeliz murmuró en voz baja:

—¡Dios míol! ¡Reina de los cielos! ¡Virgen santísima!

Asaltada por una multitud de inquietas preguntas, mucho tiempo estuvo esforzándose para suponer adónde había ido su esposo. Se acostó.

Grichka volvió cuando era ya de noche. Por su manera de bajar la escalera, Motria reconoció que no llegaba de mal humor. Orlof dejó escapar un juramento contra la obscuridad del aposento, llamó á su esposa, se acercó á la cama y se sentó sobre ella. La mujer se incorporó.

—¿Sabes una cosa?—dijo el zapatero.

—¿Qué?

—¡Tú también irás á colocarte!

—¿Dónde?—preguntó ella con voz algo insegura.

—En la barraca en que esté yo,—declaró solemnemente el hombre.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos, oprimió su cabeza contra el pecho y le besó.

El esperaba otra cosa y la rechazó, pensando:
«Representa una comedia. La muy vibora no quiere acompañarme. Finge, la víbora; toma á su marido por un necio...»

—¿Por qué estás tan contenta?—le preguntó con grosería y desconfianza, sintiendo inmensos deseos de arrojarla contra el suelo.

—Estoy contenta por esto...—dijo ella alegremente.

—¡Te conozco! No te valdrá fingir...

—¡Oh, mi bravo Jerusalán! (1).

—Déjate de pamemas, te repito. ¡De lo contra-

riol...

—¡Oh, mi buen Grichania!

—Pero... sepamos qué es lo que te coge.

Cuando sus caricias disminuyeron, él le preguntó con aire preocupado.

—¿No tienes miedo?

—Creo que estaremos siempre juntos,—respondió ella del modo más natural.

Le agradaba oírla. Exclamó:

—¡He aquí una gran moza!

Y al decir esto la pellizcó de tal manera, que Matrena exhaló un grito penetrante.

(1) Héroe legendario.

El primer día de servicio de los Orlof coincidió con la llegada de muchos enfermos, y el par de novicios, acostumbrados á su existencia de lentos movimientos, sintiéronse incómodos y desorientados entre aquella actividad que les invadía. Torpes, no comprendían las órdenes; aniquilados por las varias impresiones, en seguida perdieron la cabeza, y aunque á cada instante corrieran á algún sitio, haciendo esfuerzos para trabajar, no hacían otra cosa que estorbar á los demás, que nunca se enfadaban. En ocasiones comprendió Grigory que merecía una severa reprensión por su carencia de habilidad, pero, con gran sorpresa suya, no se le censuraba.

Cuando uno de los médicos, hombre de elevada estatura, de grandes bigotes negros, de nariz encorvada, ordenó á Grigory que ayudase á llevar á uno de sus enfermos hasta el baño, el zapatero cogió al paciente con tal celo, que le arrancó un sordo gemido de dolor.

—No hay necesidad de romperle; entrará entero en el baño,—dijo seriamente el doctor.

En cuanto al enfermo, sonriendo con esfuerzo:

—Eso es nuevo para él,—dijo con voz ronca.—No está acostumbrado

Otro doctor, un viejo con barba gris puntiaguda y grandes ojos brillantes, cuando los Orlof entraron en la barraca les indicó la manera de tratar á los enfermos, lo que se debía hacer en tal ó cual caso. Aquel doctor tenía la voz dulce, hablaba de prisa; gustó mucho al matrimonio; pero media hora después, turbados por la agitada actividad de las barracas, olvidaron todas aquellas recomendaciones.

A su alrededor pasaban y volvían á pasar personas vestidas de blanco; partían órdenes, que recogían al vuelo los encargados de ejecutarlas, los enfermos gemían, lanzaban ayes dolorosos, el agua corría; y todos aquellos ruidos nadaban en el aire, de tal modo impregnados de agrios olores, que parecía que cada palabra del médico, cada suspiro del enfermo oían de igual modo, subían á la nariz...

Al principio creyó Grichka que allí reinaba el desorden más insensato, en el que le sería imposible hallar su sitio, donde sólo ahogarse podría, por lo menos quedar sordo, caer enfermo...; pero pasaron algunas horas, y Grigory, arrastrado por el soplo de energía allí esparcido, se desmintió, sintiendo fuerte deseo de introducirse en aquella actividad, seguro de que estaría más tranquilo y menos incómodo si trabajaba como los otros.

Y lo hizo, multiplicándose en la faena, yendo de acá para allá cubierto de sudor, con una pesada niebla en la cabeza.

Instantes había en que la sensación de su vida personal desaparecía completamente bajo la masa de impresiones experimentadas á cada momento.

Las manchas verdes bajo los lúgubres ojos de aquellas caras terrosas, los huesos, que hubiérase dicho afilados por la enfermedad, la piel viscosa, pestilente, las crispaturas horribles de los cuerpos vivos, todo aquello llenaba de angustia su corazón, y provocaba en él una náusea que con trabajo contenía.

Muchas veces vió á su mujer en los corredores de la barracas.

Matrena estaba delgada y desfiguradísima.

En cierta ocasión pudo preguntarle:

—¿Qué hay?

Ella sonrió débilmente y en silencio, y desapareció.

Un pensamiento completamente nuevo le pinchó en el corazón.

Quizá fuera culpable habiendo procurado á su mujer aquel trabajo tan repugnante.

Si cayera enferma por el contagio...

Y habiéndola encontrado en otra ocasión, gritóle con voz severa:

—Lávate las manos con más frecuencia... ¡Cuidado!

—Si no, ¿qué va á suceder?—preguntóle ella en

tono provocativo, descubriendo sus blancos dientes. Aquello le enfadó.

¡Lindo lugar para bromas encontró la necia! ¡Y qué bestias son las mujeres!

Pero no tuvo tiempo para hablarla; habiendo cogido al vuelo su mirada colérica, Matrena se internó en la sala de las mujeres.

Orlof se repetía que aquello no estaba bien.

¿A qué haber venido al mundo, si puédesse uno morir de tan villana enfermedad?

Se apiadaba de los muertos. Y hasta experimentaba interiormente cierto dolor, que provenía de aquella misma piedad, mientras ayudaba á conducir hacia la sala de los difuntos el cadáver de un guardia municipal á quien conocía y con el que hablara el día antes.

De pronto, el encogido brazo del muerto se movió lentamente y se estiró. A la vez, la parte izquierda de la boca, entreabierta un segundo antes, se cerró.

—¡Alto!—exclamó parándose Orlof.—Está vivo, —declaró al que le ayudaba á conducirlo.

El otro se volvió, miró atentamente al difunto, y, encolerizado, dijo á Grichka:

—¿Qué es lo que hablas? ¡Qué ignorancia! no olvides esto, puede hacerte hacerte pecar... ¡Vivo! ¿Es posible decir cosas semejantes respecto á un cadáver? Ni una palabra por el estilo. De lo contrario, como por el hilo se saca el ovillo, pronto se diría

que enterramos á los moribundos, á los vivos. El pueblo vendría aquí y nos destrozaría. Y tú tendrías tu parte. ¿Has comprendido? ¡Hacia la izquierda!... No te dejes abatir, hermano, ya te acostumbrarás. Aquí se está bien. Los víveres, el tratamiento y lo demás... parécenme cosa buena. Todos seremos cadáveres; esta es la cosa más ordinaria de la vida. Mientras tanto, vive alegremente, sin miedo, es lo principal. ¿Bebes aguardiente?

—Sí,—dijo Orlof.

—Está bien. Allí abajo, en aquel agujero, hay una botella. Vamos á echar un trago.

Se aproximaron al agujero, detrás de la barraca, bebieron, y Pronin, el compañero de Grichka, habiendo vertido algunas gotas de menta sobre un terrón de azúcar, lo alargó á Orlof diciendo:

—Come, si no olerás á aguardiente. Porque es insano beber, según se dice.

—Y tú, ¿te has acostumbrado á estar aquí?—le preguntó Grigory.

—¡Pardiez! Estoy aquí desde el principio. ¡Ya se ha muerto gente desde que estoy! Centenares, puedo decirlo. Pero una buena vida, hablando con verdad. Obra de Dios. Como quien dice *ambulantes* de la guerra... ¿Oíste tú hablar de los *ambulantes* y de las hermanas de la caridad? En cuanto á mí, ¡he visto tanto y tanto en la campaña de Turquía! Yo me hallé en la toma de Ardagan y en la de

Kars. Y aquellas gentes, viejo mío, eran muy distintas de nosotros, los soldados. Nosotros nos batimos, tenemos un fusil, balas, bayoneta, y ellos se pasean desarmados bajo las balas y como si estuvieran en un lindo jardín. Tan pronto es uno de los nuestros como un turco; y se le coge y se le conduce a la ambulancia. Y en torno de ellos: ¡zis, zas! A veces ocurre que un pobre *ambulante* recibe una bala en la nuca, ¡chik! y todo concluyó.

Después de estas palabras y de un regular trago de aguardiente, Orlof se reanimó.

—Si te dejaste enganchar, no digas que no eres fuerte,—decíase a sí mismo.

Y trabajaba, escuchando atentamente lo que ocurría a su alrededor, y hallaba que todo aquello no era tan disgustable y espantoso como al principio le pareciera, que allí no había caos, sino la obra de una gran fuerza razonable.

Luego, al acordarse del sargento, no dejó de estremecerse.

Creía que estaba muerto, pero aun lo ponía en duda.

¿Y si de repente comenzaba a gritar?

Y le pareció recordar que alguien habíale contado que cierto día, los fallecidos del cólera se precipitaron fuera de sus ataúdes y huyeron por todas partes.

Mientras trabajaba, Orlof sentía como el zumbido de una mosca en la cabeza.

Pensaba en su mujer.

¿Cómo está allí?

En ocasiones sentía un deseo fugitivo de escaparse é ir á ver á Matrena.

Pero al momento se notaba como avergonzado de aquel deseo, y exclamaba para sí:

—¡Muévete un poco y come, fierecilla! ¡Con ello enflaquecerás!... Y perderás tus intenciones...

Siempre sospechaba que su mujer abrigaba en el fondo del alma ciertas intenciones ultrajantes para él, como marido, y á veces, elevándose en sus sospechas hasta cierta objetividad, llegaba á convenir en que las intenciones de su esposa tenían razón de ser.

—La vida de ella es también mala, y con semejante existencia las ideas más perversas pueden apoderarse del cerebro.

Aquel modo de ver duraba cierto tiempo.

Luego se preguntaba:

—¿Y qué necesidad había de salir de aquel sota-banco para meterse en esta marmita bullidora?

Pero todas aquellas ideas se agitaban en un rincón oculto de su ser, estaban como separadas de toda influencia en su trabajo por la atención excesiva que prestaba á las acciones del personal médico.

Nunca había visto hombres tan esclavos de su trabajo, y más de una vez pensó, mirando los fatigados rostros de médicos y estudiantes, que todos aquellos hombres no eran pagados con dinero.

Habiendo concluido su servicio, Orlof salió hacia el patio de la barraca, recostándose un momento en la pared, bajo la ventana de la farmacia.

Zumbaba su cabeza, atormentábale el estómago, las piernas le dolían con el dolor sordo y enervante de las grandes fatigas.

No pensaba en nada ni deseaba nada; tendióse sobre el césped, clavó su mirada en el cielo, donde nadaban suntuosas nubes, magníficamente adornadas por los rayos del sol ya medio oculto, y se durmió con sueño de muerte.

Sonó que estaba de visita, con su mujer, en casa del doctor Vastchenko, en una habitación rodeada de sillas, sobre las que estaban sentados todos los enfermos de la barraca.

El doctor, acompañado de Matrena, ejecutaba la danza rusa en medio de la sala, él tocaba el acordeón, riendo porque las largas piernas del médico no podían doblarse, mientras el doctor, grave y sereno, imitaba a su mujer.

Y todos los enfermos se animaban, balanceándose en las sillas.

De pronto se presenta aquel guardia de quien dijimos se movió en el ataúd.

—¡Hola!—grita con voz sombría y amenazadora.
—¡Tú, Grichka, me creías muerto! ¡Estás ahí tocando el acordeón, después de haberme dejado en la sala de los difuntos! Pues bien, ven conmigo ahora. ¡Levántate!

Presas de temblor, sudando copiosamente, Orlof se incorpora y siéntase en el suelo.

Frente a él está el doctor Vastchenko, quien le dice:

—¡Cómo, amigo mío! ¿Qué empleado sanitario eres tú, si duermes en el suelo, echado sobre él de vientre? En la barraca hallarás un sitio para dormir. Mas ¿qué es eso? ¡Sudas y estás tiritando! Ven, te daré un medicamento...

—Es la fatiga,—respondió Orlof tartamudeando,

—Tanto peor. Es preciso cuidarse, el momento es peligroso, y tú eres un empleado necesario.

Grichka siguió al doctor, bebió silenciosamente dos medicinas, cuyo mal sabor le hizo escupir.

—Ahora puedes dormir,—dijole el doctor.

Orlof le miró alejarse, y sonriendo súbitamente, echó a correr detrás de él para decirle:

—Muchas gracias, doctor.

—¿Por qué?

El otro se detuvo.

—Por la molestia. En lo sucesivo haré cuanto pueda para agradaros. Porque vuestra atención me

gusta... y... porque soy un hombre necesario... ¡y en general, porque os estoy agradecidísimo!

El médico miraba atentamente y con sorpresa el rostro del empleado, transformadísimo por la alegría, y sonrió.

— ¡Qué original eres! Y, sin embargo, todo eso es sincero, sale de tí. Vé, pórtate bien, mas no lo hagas por mí, sino por los enfermos. Debemos disputar el hombre á la enfermedad, sacarle de entre sus garras. ¿Comprendes? Tratemos, pues, de hacer cuanto podamos para vencer á la enfermedad. En tanto vé á dormir, anda.

Orlof estuvo pronto sobre su cama, durmiendo con agradable sensación de calor en el vientre. Sentíase alegrísimo y orgulloso de su sencilla conversación con el doctor.

Y se durmió con el sentimiento de que su mujer no oyera aquella conversación.

«Necesario será que se la cuente toda mañana... Aunque posible es que no me crea, la hechicera».

— Grichka, ven á tomar el té,—díjole Matrena, despertándole por la mañana.

El alzó la cabeza y la miró. Ella sonreía. Cuidadosamente peinada y con su larga blusa blanca, estaba tan limpia, tan fresca...

Erale agradable verla de aquel modo, pero á la vez pensó que otros hombres de las barracas la velan.

— ¿De qué te hablas ahí? Yo ya tengo el mío... ¿A dónde quieres que vaya?—respondió en tono gruñón.

— Ven á tomarle conmigo,—propuso ella.

Y le miraba de modo acariciador.

Grigory apartó los ojos de ella y respondió sencillamente que la seguiría.

Ella se marchó; él se volvió á echar sobre la cama, y meditó.

— ¡He aquí como es! ¡Invita á tomar el té de modo tan cariñoso!... Y, sin embargo, adelgaza.

La compadeció y tuvo deseos de agradarla.

— ¿Si comprara algunos dulces para el té?

Pero al lavarse había rechazado ya aquella idea.

— ¿Con qué objeto mimar á una mujer? ¡Bien vive sin eso!

Se tomó el té en un pequeño aposento bien alumbrado por dos ventanas. La mesa se hallaba entre ellas, y tres personas se sentaron ante el samovar: el matrimonio y una compañera, mujer de cierta edad, de rostro pecoso y ojos negros. Se llamaba Felitzata Jegorovna, era señorita, hija de un funcionario; no podía tomar el té hecho con agua de la gran marmita del hospital, y preparaba siempre su samovar.

Habiendo declarado todo esto al zapatero, le ofreció un asiento cerca de la ventana, donde se respiraba el aire puro, y desapareció.

—¿Te fatigaste ayer?—preguntó Orlof á su esposa.

—¡Terriblemente!—respondió con viveza Matrena.

—¿Y tienes miedo?

—¿De qué? ¿De los enfermos?

—No, no de los enfermos.

—De los muertos tengo miedo. ¿Sabes,—agregó inclinándose hacia él y cuchicheándole con espanto, —sabes que todos se mueven después de muertos?... ¡Te lo juro!

—Lo he visto,—sonrió Grigory con aire escéptico. —Poco faltó para que Nazarov, el guardia, me abofeteara estando en el ataúd. Le conducíamos á la sala de los muertos, y he aquí que se levanta el brazo como para pegar... Apenas tuve tiempo para escaparme.

Amplificaba algo, mas aquello había venido solo, á su pesar.

Es que aquella manera de tomar el té le agradaba. Y le agradaba otra cosa más; no hubiera podido declarar á su mujer sus pensamientos. Lo cierto es que deseaba hacerse admirar, que su deseo era ser el héroe del día que empezaba.

—¡Trabajaré de tal modo que todos me admirarán! Tengo una razón para esto. En primer lugar, porque personas como estas quedan en la tierra.

Refirió su conversación con el doctor, y como de nuevo dió gusto á su lengua, todavía se sintió animado.

Ella le sonreía con aire soñador; estaba hermoso, se parecía mucho á aquel Grichka de antes del matrimonio.

—¿Y tú? ¿estás contenta?

—¿Yo? ¡Dios mío! Juzga. Si yo recibo doce rublos y tú veinte, en junto son treinta y dos rublos mensuales. ¡Y mantenidos y demás! Así es que si el mundo estuviera enfermo hasta el invierno, ¿cuánto habríamos ahorrado?... Con ayuda de Dios, podíamos escapar del sotabanco.

—¡Ah, sí! que esa es una cuestión importantísima,—dijo Orlof pensativo.

Y después de una corta pausa exclamó entusiasmado y dando un golpe en el hombro á su mujer:

—¿No había de sonreírnos nunca el sol? ¡No pierdas la esperanza, y adelante!

Ella estaba inflamada.

—¡Con tal que tú resistas!...

—¡Silencio respecto á eso!

—¡Dios mío, si eso pudiera ser!—suspiró profundamente la mujer.

—¡Silencio!

—¡Grichenka!

Se separaron con nuevos sentimientos uno para el otro, llenos de esperanza, prontos á trabajar hasta perder completamente las fuerzas, valientes y alegres.

Tres ó cuatro días transcurrieron, y Orlof había ya recibido muchas notas halagüeñas como muchacho despabilado y de buen juicio, notándose al propio tiempo que los demás empleados le envidiaban. El experimentaba cierta amargura viendo que sus compañeros deseaban causarle algún perjuicio. Y á pesar suyo pensaba en su mujer.

—Con ella puedo hablar de todo, no envidiaré mis triunfos ni quemará, como ellos, mis botas con ácido fénico.

Estimulado por su ambición, por su deseo de ejecutar proezas generosas, Orlof llevaba á cabo peligrosos actos de fuerza; él solo, por ejemplo, conducía de su cama al baño á los más corpulentos enfermos: cuidaba á los más sucios, trataba con audacia provocadora á la posibilidad de contagio, y á los muertos con una sencillez que se acercaba al cinismo. Mas aquello no le bastaba; deseaba algo más grandioso; y el deseo cada vez se inflamaba más en él, atormentándole, impeliéndole á la angustia. Entonces se reanimaba hablando con su mujer, pues nadie más tenía para hacerlo.

Una tarde, relevados en el servicio, y habiendo tomado el té, Orlof y su mujer salieron á pasearse por el campo. Las barracas estaban construídas lejos de la ciudad, en una llanura verde, limitada en un extremo por la línea sombría de un bosque, y en el otro por los primeros edificios de la ciudad.

Era á la caída de la tarde, el tiempo estaba bueno, silencioso y melancólico.

Los Orlof caminaban silenciosos sobre las hierbas, aspirando con placer el aire puro, en vez de los olores de la barraca.

Grichka iba pensativo; su mujer, á quien gustaba poco verle de aquel modo, le distrajo para decirle algo de música.

—¿Música?—preguntó Orlof como saliendo de una pesadilla.—¡Para música la que yo tengo en el corazón!

—¿Qué hablas?—interrogóle ella, después de examinar sus ojos entornados.

—No sé .. no puedo contarte esto... Si pudieras... ¿Crees tú que podrías llegar á comprenderlo? Arde mi alma... ¡Quisiera espacio... para que todo mi vigor pudiera desarrollarse! ¡Oh, siento en mí una fuerza indomable! ¡Si el cólera tomase la figura de un hombre, de un héroe, á él me agarraría! «Ven á luchar á muerte! Tú eres una fuerza, y yo, Grichka Orlof, soy otra. ¡Veamos quién vence á quién!» Y le ex-trangularía y caería yo también. Pero sobre mi cuerpo se vería pronto una cruz con una inscripción: «Grigory Andreef Orlof... libró á Rusia del cólera.» No haría falta más.

Al hablar ardía su rostro, brillaban sus pupilas. —¡Oh, valiente mío!—dijo ella con voz acariciadora, recostándose contra él.

—¿Comprendes? Me arrojaría sobre cien cuchillos... pero cuando supiera que mi acción sería muy útil, que resultaría para la humanidad un bien.

Quisiera ser algo así como el doctor Vastchenko ó como el estudiante Khokriakof, quienes trabajan que es una maravilla... Tiempo hace que debían estar muertos de... fatiga. ¿Piensas que por dinero? ¡No se trabaja así por dinero! El doctor, á Dios gracias, posee algo... Y cuando el viejo cayó enfermo el otro día, Vastchenko lo relevó durante cuatro. No es el dinero, sino la piedad. Tienen piedad de los hombres... pero no de sí mismos. ¿Por qué? Pregúntaselo. Y se apiadan de todo el mundo... ¡hasta de Michka Ussof!... Este debía estar en los trabajos forzados, pues todo el mundo sabe que es un ladrón, quizá cosa peor... Y se cuida á Michka... Están satisfechos cuando se levanta bien, al verle bueno... Y yo no puedo experimentar su misma alegría, para mí es un dolor verle reír, y languidezco y ardo y me consumo, porque quisiera reír como ellos... y no sé como arreglármelas. ¡Por vidal... ¡Diablo!...

El zapatero hizo un gesto desesperado, tornándose nuevamente pensativo.

La mujer guardaba silencio, pero su corazón latía con inquietud. Aquella excitación de su marido le asustaba, y en sus palabras veía claramente la gran pasión de su deseo, incomprensible para ella, por-

que no trataba de explicársela. Necesitaba á su marido, le quería como esposo, no como héroe.

Le sentaron y permanecieron silenciosos.

De repente, rodeando su cuello con ambos brazos y apoyando la cabeza sobre el pecho de Grigory, Matrena murmuró:

—¡Grichenka, querido mío, amado mío! ¡qué bueno te has vuelto para mí. ¡Cómo si por segunda vez hubiéramos contraído matrimonio, como si nos halláramos en el siguiente día de la boda... estamos juntos... no me dices una palabra que me ofenda, hablas conmigo, me abres tu alma, no me pegas!...

—¿Acaso te falta eso? Si quieres te lo daré,—dijo Grigory, bromeando con voz acariciadora, pues en su alma sentía un flujo de piedad y de ternura por su mujer.

Dulcemente le pasó una mano por la cabeza. Matrena, semejante á un verdadero niño, trepó sobre sus rodillas y se estrechó contra su pecho.

—¡Amado mío!—murmuró.

El suspiró hondamente, y frases del todo nuevas para él y para su mujer vinieron por sí mismas á á su lengua.

—¡Pobre gatita mial... Ya ves, de un modo ó de otro, no haya migo más bueno que el marido. Si á veces te hago sufrir créeme Matrena, culpa es de la angustia. Estábamos en un agujero... De día no veíamos, casi no conocíamos á nadie. Salimos del agujero

ro, abriéronse mis ojos, estaba como quien dice ciego para formar juicio de la vida... Y ahora comprendo que la mujer, de un modo ó de otro, es el mejor amigo en la existencia. Porque las gentes son víboras y crápula, expresándose con verdad. ¡Siempre pensando en hacer una suciedad al prójimo!... Pronin y Vassukof, por ejemplo... Mas ¡qué se vayan á!.. Matrena, lograremos ser buenos, viviremos de modo razonable... Pero ¿qué tienes, bestia mía?

Ella lloraba lágrimas de dicha, y él le respondía con tiernos besos.

—Querida mía!—murmuraba, abrazándola también.

Ambos enjugaban las mutuas lágrimas con besos. Orlof habló mucho tiempo en aquel lenguaje nuevo para él.

La noche había cerrado. El cielo, espléndidamente iluminado por innumerables estrellas, contemplaba á la tierra con tristeza solemne, y en la llanura todo estaba tranquilo como en el cielo.

Lo de tomar el té juntos hizose una costumbre. Al siguiente día de su conversación en el campo, Orlof se presentó en el aposento de su mujer con-

fuso y algo sombrío. Felitzata estaba fatigada. Matrena se hallaba sola en la habitación, y recibió á su marido con rostro radiante; pero se transformó súbitamente y le preguntó con ansiedad:

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—No es nada,—respondió él secamente.

Y se sentó sobre una silla, disponiéndose á tomar el té, ya echado en las tazas.

—¿Por qué ese gesto, entonces?

—No he podido dormir. Siempre pensando... Ayer nos deslizamos... nos ablandamos, y en la actualidad estoy avergonzado de mí mismo... Para nada sirve aquello. En tales ocasiones, las mujeres tratáis de apoderaros del hombre... Pero... no pienses en eso... que no lo conseguirás... Sabe que no cederé.—Dijo todo esto con aire de grandísima autoridad, pero sin mirar á su mujer. Matrena, que mientras tanto no había cesado de mirarle, frunció extrañamente los labios.

—¿Te arrepientes de haberte aproximado ayer á mí?—le preguntó dulcemente.—¿Te arrepientes de haberme amado y acariciado? Mucho me hiere oírlo, porque es duro, tus palabras desgarran mi corazón. ¿Qué necesitas? ¿Es que te fastidias conmigo? ¿No te agrado?

Le miraba con desconfianza, y en su acento se notaba la amargura y la provocación.

—¡No!—dijo Grigory confundido.—Digo en gene-

ral... Juntos vivíamos en un agujero... Perfectamente sabes lo que era aquella existencia. El corazón me duele sólo al pensarlo. Nos levantamos, y he aquí que se teme algo. ¡Todo cambió tan pronto!... Soy como un extraño para mí mismo, y tú me pareces otra, ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Y qué vendrá después?

—Lo que Dios quiera, Grichka,—dijo Matrena con seriedad.—Mas no te arrepientas de haber sido bueno ayer.

—Bien, deja...—le interrumpió Grigory, todo él también confuso y suspirando.—Me parece que nada alcanzaremos. Nuestra vida pasada no fué senda de flores, la de hoy no es cual la quisiera. Y aun cuando no beba, aun cuando no te pegue, aun cuando no jure...

Matrena se rió convulsivamente.

—Ahora no tienes tiempo para ocuparte en todo eso.

—Siempre le habría hablado para embriagarme,—sonrió Grigory.—Esto no me dice nada... hé ahí lo admirable. Además, en general... no sé... cómo si me avergonzara... ó temiese algo...

Meneó la cabeza y tornóse pensativo.

—Dios sabe lo que tienes,—dijo Matrena con penoso suspiro.—La vida es aquí buena, no obstante el mucho trabajo; todos los médicos te aman, tú te

portas bien... Yo no comprendo nada, mas te veo inquieto.

—Eso es, inquieto... He aquí en qué pensaba esta noche: Pedro Ivanovitch dijo: «Todos los hombres son iguales». ¿Y yo? ¿No soy un hombre como los demás? Sin embargo, el doctor Vastchenko es algo mejor que otros muchos... Luego no son mis iguales... y yo noy como ellos, lo comprendo. Ellos curan á Michka Ussof, y lo celebran... yo no comprendo esto. Y, en general ¿por qué regocijarse cuando un hombre está curado? Su vida es peor que él cólera, diciendo la verdad. Lo saben, y se alegran... Y yo también hubiera querido estar alegre como ellos; pero no puedo... Porque... ¿de qué alegrarse?

—Ellos se apiadan de los hombres,—dijo Matrena.—¡Ya lo dices que tienen piedad! Entre nosotras también... cuando un enfermo mejora... lo que allí pasa! Y á la infeliz que al fin va á escapar, todos le dan consejos, medicinas, dinero... ¡Son unas piadosas y buenas gentes!

—Tú dices... que lloras al recordarlo; por mi parte sólo siéntome admirado... Nada más.

Y Orlof, se rascó la cabeza y miró á su esposa con extravío.

Ella encontró elocuencia no se sabe dónde, y se esforzó para probar á su marido que los hombres merecen plenamente aquella piedad. Inclinada so-

bre él, mirándole con ojos acariciadores, hablóle largo tiempo de los hombres y del fondo que es la existencia.

Contemplándolas, el zapatero pensaba:

— ¡Ved como habla! ¿Dónde encontró esas frases?

— Y tú también eres piadoso, pues que dices:

« ¡Hubiese extrangulado al cólera si me sintiera con fuerza para ello! » ¿Y para qué? ¿A quién perjudica la enfermedad? A los demás, no á tí; tú vida es mucho mejor desde que el cólera apareció.

Orlof quedó atontado.

— ¡Justamente! ¡Mi existencia es mucho mejor! Ved esto. Mueren las personas, y yo me encuentro más cómodo... ¡Vaya una vida!

Se levantó y marchó riendo á su servicio. Al atravesar el corredor lamentó que nadie, excepto él, hubiera oído las palabras de Matrena.

— ¡Es que habló lindamente! ¡Una simple mujer, verdad, y sin embargo comprende algo!

Invadido por una sensación agradable, se internó en la sala sin oír las quejas y los gemidos de los enfermos.

De día en día se prolongaba el mundo de sus sentimientos, y hasta aumentaba su necesidad de hablar. Contar extensamente lo que en él pasaba no le era posible, porque la mayoría de sus sensaciones y de sus ideas le eran incomprensibles. En

él aumentaba cierto sentimiento que le hacía daño, ¿Por qué no podía alegrarse como los demás?

Luego se encendía en él el deseo de llevar á cabo una acción que maravillase á todo el mundo. Sentía que su papel en la barraca le colocaba, por así decirlo, en una situación intermediaria; los médicos y los estudiantes estaban por encima de él, los otros empleados por bajo. — ¿Qué era él, entonces? — Invadiale al preguntárselo una especie de soledad. Y le parecía que la suerte se burlaba de él, quitándole de un soplo de su sitio, llevándole en el aire como una pluma. Se compadecía é iba en busca de su mujer. A veces vacilaba antes de hacerlo, figurándose que aquello le rebajaba á sus propios ojos, pero iba. Acercábase á ella lúgubre y en una disposición de espíritu tan pronto escéptica como malévola; casi siempre se retiraba de ella tras una caricia, y ya tranquilo. Pensaba que Matrena tenía á su disposición palabras suyas; poco numerosas, sencillas, pero encerrando siempre mucho sentimiento; y con sorpresa notaba que su mujer ocupaba un lugar cada vez mayor en su vida, que pensaba con más frecuencia en ella, y que le hablaba con el corazón en la mano.

Ella lo comprendía y se esforzaba por extender su creciente influencia. La vida animada y todo trabajo del hospital multiplicó el sentimiento de su valor, sin que Matrena se percatara de ello. No

pensaba, no razonaba, pero se acordaba de su pasada existencia dentro del estrecho círculo de las atenciones á su marido y á su casa, involuntariamente comparaba aquella existencia con la presente, y los sombríos cuadros del sotabanco se alejaban gradualmente de ella. Los jefes de las barracas la apreciaban por su comprensión rápida y su aptitud para el trabajo, todos la trataban con dulzura, viéndolo un humano ser en su persona; y aquello, que era nuevo para ella, la animaba...

En cierta ocasión, durante el servicio de la noche, la gruesa doctora quiso enterarse de su pasada vida. Matrena se la explicó francamente y con placer, pero se calló de pronto y sonrió:

—¿Por qué te ríes?—preguntóle la doctora.

—Es que... que vivía bastante mal, y podréis creerlo, mi buena señora, no lo comprendía... ¡Hasta la fecha no había podido comprender cuán mala era mi existencia!

Después de esta revista de su pasado, un sentimiento extraño, respecto á su esposo, nació en el alma de Matrena. Continuaba amándole tanto como antes, con amor ciego de esposa, pero empezaba á parecerle que su marido era su deudor. En ocasiones, hablando con él, tomaba tono de protectora, porque á menudo hacía que tuviera lástima de él con sus discursos inquietos. Pero siempre abrigaba cierta duda respecto á la posibilidad de vivir una

pacífica y tranquila existencia con su esposo, aun cuando creyera que Grigory se haría razonable y que la angustia huiría de él.

Fatalmente debían acercarse el uno al otro, y, jóvenes ambos, aptos para el trabajo, fuertes, hubieran comenzado una vida de pobreza semicontentos, en lugar de una vida oscura y miserable, enteramente ocupada en la persecución de los cinco céntimos para esto ó para lo otro; mas tal fin se lo evitó lo que Grichka llamaba su inquietud en el corazón, que, por su naturaleza misma, era irreconciliable con la monotonía de la existencia.

Cierto lúgubre día de Septiembre entró un furgón en el patio de las barracas, y un empleado sacó de él á un muchachuelo, todo cubierto de pintura, huesoso, amarillento, y que apenas respiraba.

—¡Pinzón!—exclamó Orlof apenado.—¡Ah, Dios mío! ¡Pinzón! ¿Me reconoces?

—Te... te reconozco,—dijo el Pinzón esforzándose y levantando la vista sobre Orlof, que caminaba junto á la camilla en que le conducían.

—Veamos... alegre pájaro... ¿Cómo caiste?—preguntó Orlof.

Estaba singularmente conmovido al ver á aquel muchachuelo torturado por el dolor.

—¿Por qué este chiquillo?

Esta pregunta resumía sus impresiones, é hizo que su cabeza se moviera tristemente.

—Tengo frío,—dijo el Pinzón cuando le colocaron en el catre, y empezaron á despojarle de sus harapos, llenos de colores.

—Espera un poco... que en seguida te llevaremos al agua caliente,—prometió Orlof.—Y te curaremos.

El Pinzón movió su pobre cabecita y murmuró:

—No me curaréis... Tiito Grigory... acerca más... tu oído. Yo hurté el acordeón... Está en el cobertizo de madera... Anteayer le toqué por vez primera después de robarle... ¡Oh, qué hermoso es! Le oculté... y entonces empecé á sentir dolor en el vientre... Sin duda por el pecado... Le colgué de la pared, bajo la escalera, y le oculté perfectamente con madera... Devuélvele, tío Grigory... El acordeonista tenía una hermana... que le reclamó. Devuélvele. De...

Gimió y empezó á agitarse en las convulsiones.

Se hizo cuanto se pudo, mas el cuerpecillo flaco, extenuado, no tenía mucha vida, y por la noche le llevaba Grigory á la sala de los muertos.

Orlof sintióse asido por la cruel certeza de su im-

potencia ante la muerte, que no podía comprender. De manera que él, Orlof, podía verse un día como aquel muchacho... Y todo habría concluído... Sintió miedo, y con aquel sentimiento le invadió la sensación de soledad.

—¡Si se pudiera hablar de esto con un hombre inteligente!...

Más de una vez trató de entablar conversación con cualesquiera de los estudiantes, pero allí nadie tenía tiempo para filosofar, y sus tentativas no tuvieron éxito.

Fuéle preciso ir en busca de su esposa y hablar con ella. Sombrío y triste, se presentó ante ella, y le dijo:

—Senka Pinzón ha muerto.

—¡Muerto!... ¡Dios reciba su alma!—dijo Matrena en forma de oración.

—Mucho lo siento,—suspiró Grigory.

—Era bien terrible.

—Ha muerto, todo está dicho. Y lástima es que haya muerto. A veces le miré, pensando: «¡Si le tomáramos en calidad de aprendiz!» Era huérfano y habríase acostumbrado á ocupar el sitio de un hijo entre nosotros... Porque... no tenemos hijos... No... Tú eres robusta, y no pares. Pariste una vez, y aquello concluyó. Si hubiésemos tenido pequeños, quizá hubiéramos vivido menos fastidiados. Porque... ¡vive y trabaja! ¿Para qué? Para alimen-

tarme y alimentarte. ¿Y á qué alimentarnos? Para trabajar... Sale de esto una deducción absurda... Mientras que habiendo hijos... es otra cosa. Sí...

Dijo esto con la cabeza inclinada y en voz baja, en tono de tristeza y descontento. Matrena estaba ante él y le escuchaba, palideciendo gradualmente.

—Ambos somos robustos... y no tenemos hijos. ¿Por qué? ¡Ah, sí! Uno se pone á pensar... y á beber...

—¡Mientes! —dijo Matrena en voz alta y firme. — ¡Mientes! No trates de decirme esas viles frases... ¿Oyes? ¡No lo intentes! Bebes... para sentirte indiferente, porque no te puedes contener, y mi esterilidad nada tiene que ver con esto. ¡Mientes, Grichka!

Él estaba aturdido. Se recostó en el respaldo de la silla, miró á su mujer, y no la reconoció. Nunca la había visto tan furiosa, nunca le miró ella con ojos tan coléricos, ni le había hallado con tal fuerza.

—Sigue, sigue, — profirió Grigory con voz provocadora, crispadas las manos en el asiento de la silla.

—Sigue, habla un poco más.

—Sí, te hablaré. No te lo hubiera dicho, mas no quiero sufrir que me reproches de tal modo. ¿No te doy un hijo? ¡Ni te le daré! ¡No puedo!...

Se oyó un sollozo en su grito.

—¡No chilles! —advirtió el marido.

—Porque no tengo hijos ¿verdad? Pues bien,

acuérdate, Grichka, de tu modo de pegarme. ¿Cuántos golpes me diste en los costados?... ¡Cuenta! ¿Cuánto me inquietaste y atormentaste? ¿Sabes tan sólo qué cantidad de sangre hiciéronme perder tus brutalidades? ¡Tú mataste á tus hijos!... ¡Y ahora me lo reprochas! ¡Todo te permitiría, todo te lo perdonaría, todo, mas no palabras como las que oí. ¡Las recordaré hasta en la hora de mi muerte! ¿Es que realmente no te crees que es culpa tuya, que me deslomaste? ¿Te figuras que yo no soy como el resto de las mujeres, que no quiero hijos? ¡Ah, cuántas noches pasé rogando al Señor que en mis entrañas pudiera escapar un hijo de tus manos asesinas! Si veía á un niño extraño, me llenaba de amargura y de piedad por mí misma. ¡Si hubiera sido mío, Reina de los Cielos!... Al mismo Senka, ¡cuántas veces le acaricié á escondidas! ¿Qué soy, Dios mío? ¡Estéril!...

Empezaba á sofocarse. Las palabras salían de su boca sin sentido ni ilación.

Todo su rostro estaba lleno de manchas, temblaba y se arañaba el cuello, porque en su garganta se agolpaban los sollozos. Grigory, pálido y aplastado, miraba á aquella mujer desconocida. Se asustaba... temía que de repente se colgara de su cuello y le estrangulara. Comprendía que su mujer era enton-

ces doble fuerte que él, por lo que no se levantaba y la pegaba, cual hubiéralo hecho si no hubiese comprendido que su esposa era muy otra que de costumbre.

— ¡Me llegaste al alma, Grigory! ¡Enorme es tu pecado! Sufría... me callaba... te amo, he aquí por qué... mas no puedo permitirte ese reproche. ¡No tengo fuerza para ello... esposo muy amado! ¡Y qué por tus palabras seas tres veces maldito...

— ¡Silencio! — aulló Grichka, enseñando ya los dientes.

— ¡Eh!... ¡Vosotros!... ¡Basta de escándalo! ¿Habéis olvidado en qué sitio os halláis? ¡Malos diablos!

Grigory tenía niebla ante los ojos; no distinguió al que estaba ante la puerta y les hablaba en voz de bajo; profirió horribles juramentos, rechazó al hombre que hablara, y echó á correr hacia el campo.

Y Matrena, después de permanecer un instante en medio del aposento, alargó los brazos hacia adelante, cual si estuviera ciega, se acercó á su cama y, exhalando un hondo gemido, se dejó caer sobre ella.

Mucho tiempo estuvo sin dormir. Una pregunta, que se repetía ansiosamente, la espantaba.

— ¿Qué va á ocurrir ahora? ¿Qué va á ocurrir ahora?

Temía responderse, aunque la contestación se le apareciese á cada momento en forma de visión un marido ebrio y bestialmente feroz. Pero sentía pena al dejar de soñar con una existencia tranquila, afectuosa, amante, y rechazaba la amenaza del presentimiento. Tenía la certeza de que si aquello sucedía, si Grigory se entregaba de nuevo á la bebida, no podría vivir en compañía de su esposo. Le había visto muy otro, también ella era distinta, y la pasada vida despertaba en ella el disgusto y el terror, sentimientos nuevos, desconocidos hasta entonces. Pero era mujer, y, al final, se atribuyó todas las culpas en la disputa con su marido.

— ¿Cómo sucedió todo?... ¡Dios mío!... ¡Me salí de mis casillas!

Una hora larga más dedicó á estos pensamientos contradictorios, atormentadores.

Llegó el día. Matrena prestó servicio maquinalmente, provocando admiración general con la pesadez de sus movimientos, con su rostro lúgubre y con sus ojos sin brillo alguno.

Relevada, volvió á su aposento, y lo primero que hizo fué mirar por la ventana. Luego se apartó de ella, y exhalando un penoso suspiro, tomó asiento ante la mesa, siempre ocupada su mente por la pregunta:

— ¿Qué va á ocurrir ahora?

Su corazón latía al repetirse interiormente aquellas palabras.

Durante largo tiempo estuvo sentada, presa de una pesada soñolencia; temblaba á cada ruido que partía del corredor, alzándose de la silla, se asomaba por la puerta.

Mas, cuando por fin se abrió esta puerta, cuando entró Grigory, ya no tembló ni se alzó, porque experimentó una sensación tal como si las nubes de otoño, desprendiéndose de pronto, hubieran caído sobre ella con su peso todo.

Grigory se detuvo en el umbral de aquella puerta, tiró al suelo su gorra y se dirigió hacia la mujer. Se hallaba empapado en agua. Su cara estaba encarnada, empañados sus ojos, y sus labios sonreían torpemente. Avanzaba, y Matrena sentía el *glu-glu* de sus botas húmedas (Durante la noche y por la mañana había llovido). Estaba lastimoso, mas ella no se le representaba de aquel modo.

—¡Hete aquí por fin!—dijole con dulzura.

Grigory balanceó neciamente su cabeza y preguntó:

—¿Quieres que me arrodille ante tí?

Ella callaba.

—¿No quieres? Bueno, cosa tuya es... Desde que anoche me marché de aquí estoy pensando: ¿Soy culpable ante ella? Y me parece que sí. Por esto te digo: ¿Quieres que me arrodille?

Ella callaba, aspirando el olor á aguardiente que emanaba de él, y un sentimiento amargo roía su alma.

—He aquí lo que te digo: ¡No hagas gestos! ¡Aprovecha mi tranquilidad!—advertía Grigory, levantando la voz.—¿Me perdonas?

—Estás ebrio,—suspiró Matrena.—Preferible es que te acuestes.

—¡Mentira! no estoy ebrio, sino fatigado. Desde que salí de aquí he caminado, pensando... Sí, vieja mía, he pensado mucho!... ¡Eh, tú, guárdate!...

La amenazó con el dedo sonriendo con malicia.

—¿Por qué callas?

—No puedo hablar contigo.

—¿No puedes? ¿Por qué?

De golpe se encendió completamente; su voz se hizo más firme.

—Ayer gritaste ante mí... Yo te pido perdón... ¡Compréndelo bien!

Dijo esto del modo más siniestro; hinchábase su nariz y estremecíanse sus labios. Matrena ya sabía lo que aquello significaba, y el pasado resucitó en imágenes claras ante ella.

—¡Comprendo!—dijo duramente.—Veo bien que otra vez serás una fiera.

—¡Qué volveré á ser una fiera! No es ese el asunto. He dicho: ¿Me perdonas? Y no pienses que nece-

site tu perdón. Me puedo pasar sin él... mas quiero que me perdones. ¿Has comprendido?

—Déjame en paz, Grigory, —exclamó la mujer angustiada, retirándose de él.

—¿Qué me vaya? —rió él con malicia. —¡Irme y dejarte en libertad. ¡Ah, no! ¡eso no! ¿Y eso? ¿Conocías eso?

Asíóla por los hombros, tiró brutalmente de ella y acercó á su rostro un cuchillo, —trozo de hierro corto, fuerte y agudo. —Di.

—¡Ah, si ya me hubieses degollado!... —dijo Matrena en un profundo suspiro.

Y, habiéndose arrancado de entre sus uñas, se apartó, nuevamente, de él.

El también se alejó de ella, sorprendido, no por sus palabras, sino por su acento. Más de una vez se las había oído pronunciar, pero jamás de aquella manera. Y el hecho de que, no temiendo al cuchillo, se hubiese alejado de él, centuplicó su estupor y su extravío. Algunos momentos antes érale fácil golpearla, pero entonces, ni podía ni quería. Casi espantado por la indiferencia con que ella oyera su amenaza, dejó el cuchillo sobre la mesa, y preguntó á su mujer con sorda rabia:

—¡Demonio! ¿Qué es lo que quieres aún?

—¡No necesito nada... nada! —gritó Matrena medio ahogada. —Pero ¿qué haces? ¿Viniste para matarme? ¡Mátame!

Grigory la miró en silencio, no sabiendo qué hacer ni viendo nada claro en sus embrollados sentimientos. Había entrado allí con la intención bien definida de vencer á su mujer. El día antes, mientras el altercado, ella había sido la más fuerte, él lo sentía, y aquello le rebajaba á sus propios ojos. Era absolutamente preciso que se le sometiera, no comprendía por qué, pero sabía que era preciso. Naturaleza ardiente, había sentido y pensando en últimas veinticuatro horas, mas, hombre de pensamiento obscuro, no había sabido desembrollarse en aquel caos de los sentimientos que su mujer le suscitara con una acusación fundada y formulada con atrevimiento. Comprendía que aquello era una rebelión contra él, y había traído un cuchillo para espantar á su mujer; hubiérala matado si ella no se hubiese defendido tan pasivamente contra su deseo de subyugarla. Pero he aquí que ante él estaba indefensa, aplastada por la angustia, y sin embargo más fuerte que él. Aquello era humillante, y aquella humillación obró sobre él.

—¡Escucha! —dijo. —¡Escucha sin hacer muecas! Sabes que voy de buenas, pues si quisiera podría darte un golpe, y al momento pondría punto á la historia. Ello es sencillísimo...

Sintió que no decía cuanto era menester, y se calló. Matrena no se movía. Con una rapidez febril re-

pasaba su vida con su esposo, y repetíase la pregunta dolorosa:

—¿Qué ocurrirá?

—¡Motria!—dijo de pronto y en tono dulce Grigory, con la mano apoyada sobre la mesa é inclinado hacia su esposa.—¿Es culpa mía que todo vaya como va? No, la culpa es de mi alma, que tengo tan enferma!...

Meneó la cabeza en todos sentidos, y murmuró:

—¡Tengo el alma tan enferma!... ¡Estoy tan estrecho en la tierra!... ¿Vivir se llama esto? Admitamos que los enfermos del cólera sean mi sostén. Unos se morirán, sanarán otros, y yo he de continuar viviendo. ¿Viviendo cómo? Esto no es vida. Todo lo comprendo, sólo que me es difícil explicar que no quiero vivir de este modo... ni cómo quiero vivir. ¡No sé! Ellos están cuidados, son objeto de toda clase de atenciones... yo estoy bueno, pero si mi alma me hace daño, ¿quiere decir esto que valgo menos que ellos? Porque yo estoy peor que un enfermo del cólera, tengo costras en el corazón... ¡Y tú gritas ante mí! ¿Piensas que soy una fiera? ¿Un borracho, y no más? ¡Qué bestia eres!

Hablaba dulcemente y de modo razonable, pero ella oía mal su palabra, absorta en la severa revista del pasado.

—Callas...—seguía Grichka, escuchando algo nue-

vo y fuerte que crecía en él.—¿Y por qué callas? ¿Qué quieres?

—¡Nada quiero de tí!—exclamó Matrena.—¿Por qué me atormentas, pues? ¿Qué necesitas?

—¿Qué necesito? Necesito... por así decir...

Mas Orlof sintió que no podía decir lo que necesitaba, que no podría explicarlo de manera que todo pareciese claro para él y para ella. Comprendió que entre ambos se había formado algo que ninguna palabra podría destruir.

Y de repente se encendió en él una brusca rabia salvaje. En un ímpetu asestó un puñetazo en la nuca de Matrena, y aulló de modo feroz:

—¿Qué es lo que haces, hechicera? ¿Qué comedia representas? ¡Te mataré!

Obligada por el golpe, la mujer dió en la mesa con el rostro; pero inmediatamente se afirmó sobre los pies, fijó en su marido una mirada de odio y dijo firmemente y en voz baja esta sencilla palabra:

—¡Pega!

—¡Silencio!

—¡Pega!

—¡Ah, diablo!

—No, Grigory, ya basta. No quiero más de eso...

—¡Silencio!

—No te permitiré que te burles de mí ni que me pisotees. ®

El rechinó los dientes y retrocedió, quizá para golpear más cómodamente.

Pero en aquel momento se abrió la puerta, y el doctor Vastchenko apareció en el umbral.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis?

Su rostro era severo y parecía sorprendido... Orlof no se confundió de modo alguno al verle, y hasta le saludó y dijo:

—Esto es una *desinfección* entre marido y mujer. Y sonrió convulsivamente.

—¿Por qué no fuiste á prestar servicio?—gritó con viveza el médico, irritado por aquello.

Grichka se encogió de hombros y declaró con calma:

—Estaba ocupado... en mis asuntos personales...

—¿Sí? ¿Y quién promovió un escándalo ayer? ¿Quién?

—Nosotros...

—¿Vosotros? Muy bien. Os conducís como en vuestra casa... os marcháis de aquí sin permiso...

—No somos esclavos, porque...

—¡Silencio! Habéis organizado aquí una taberna...

¡Animall ¡Voy á haceros saber dónde os halláis!

Una audacia salvaje, un deseo apasionado de destrozarlo todo, de escapar de aquella inquietud que pesaba sobre su alma, invadió á Grichka con su ola cálida. Le pareció que al momento iba á hacer algo extraordinario y á libertar á su alma de los lazos

que la retorcian. Se estremeció, sintió un pequeño frío agradable, se revolvió, en una especie de ligero movimiento de gato, hacia el doctor, y dijo:

—No vale la pena de charlar. ¡Sé dónde estoy! ¡Estoy en el matadero!

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

El doctor, estupefacto, se inclinó hacia él.

Grichka comprendió que había pronunciado una palabra insensata, pero aquello, en vez de refrescarle, le excitó más aun.

—Mas, como esto seguirá, ya probaréis... Matrena, prepara tus cosas...

—No, amigo mío. Espera, vas á responderme,—pronunció el doctor con calma siniestra.—He de hacerte ver, canalla, que...

Grichka le miró fijamente y tornó á hablar, era como si habiendo descendido de una altura, á cada paso respirase más libremente.

—Andrei Stepanovitch, no gritéis, no os atolondréis... ¡Pensáis que porque hay el cólera podéis disponer de mí como os convenga!... ¡Sueño inútil!... Cuidáis á los enfermos, pero vuestros cuidados no les sirven. Y si dije el matadero, ciertamente que pronuncié una vana palabra, que quise bromear... Mas, á pesar de esto, no me atolondréis con vuestros gritos.

—¡No, espera!—dijo el doctor tranquilamente.—Voy á darte una lección... ¡Eh, venid por aquí!

En el corredor había muchas personas... Grichka cerró los ojos y apretó los dientes...

—No tengo miedo... y si necesitáis darme una lección, para serviros puedo decir aún...

—Di.

—Iré a la ciudad y gritaré: «¡Amigos! ¿Sabéis cómo se combate el cólera?»

—¡Cómo!

El doctor abrió los ojos cuanto pudo.

—Y entonces haremos aquí una desinfección... por medio de una iluminación.

—¿Qué es lo que dices? ¡Llévete el diablo!—exclamó sordamente el doctor.

La cólera sucedía en él a la sorpresa.

—¿Qué es lo que chocheas, necio?

«Necio» repercutió como un eco en todo el ser de Grichka. Comprendió que el juicio era justo, y aun se enfureció más.

—¿Qué digo? ¡Muy bien lo sé!—dijo, y sus miradas tuvieron brillo salvaje.—Ahora, comprendo que para nosotros todo es igual siempre, y que hacemos mal en oponernos a nuestros sentimientos... ¡Vístete, Matrena!

—No iré contigo,—dijo ella firmemente.

El doctor les miraba con ojos redondos, frotándose la frente sin comprender.

—¡Tú, hombre ebrio, loco! ¿Sabes lo que haces?

Grichka no cedía, no podía ceder. Y respondiendo al doctor, dijo irónicamente:

—¿Lo sabéis vos, por vuestra parte? ¿Qué es lo que hacéis vosotros? ¡La desinfección!... ¡Ja, ja! Cuidáis a los enfermos... y en la estrechez de la vida mueren los sanos... ¡Matrena; te romperé la cabeza! ¡Ven!...

—No iré contigo.

Estaba pálida y su inmovilidad no era natural, pero sus ojos miraban al marido fija y firmemente. No obstante sus heroicas bravatas, Grichka se volvió hacia ella, inclinó la cabeza y se calló.

—¡Tfu!—escupió el doctor,—¡Ni el diablo comprendería nada de esto! Tú... ¡Vete! Vete, y da gracias a Dios, por haberte librado de las esposas... Debí hacerte pasar por el correccional... ¡idiota! ¡Vete!

Grigory miró al doctor, y sin decir una palabra, volvió a inclinar la cabeza. Mejor se habría sentido si le hubiera pegado ó metido fuego. Pero el doctor, que era un buen hombre, veía que el zapatero era casi irresponsable.

—¡Por última vez te lo digo! ¿Vienes?—preguntó Grichka a su esposa. Su acento sombrío.

—¡No, no iré!—respondió ella.

Y se inclinó, cual si esperase un golpe.

Grichka movió la mano.

—Y bien... ¡que el diablo se os lleve a todos, por

muchos que seáis!... ¡Y á mí, si necesito de vosotros!

—Veamos, imbécil,—empezó el doctor, quien se proponía hacerle entrar en razón.

—¡No me aturdáis!—gritó Grichka.—Bueno, maldita hembra, ¡me voy! Pero necesario es creer que nos veremos en otra ocasión. Y si nos volvemos á ver, te ocurrirá una desgracia... ¡No lo pongas en duda!

Y Orlof se encaminó hacia la puerta.

—¡Adiós... trágico!—dijo burlescamente el doctor.

Grigory se detuvo, clavó en el doctor sus ojos brillantes y angustiados y declaró en voz contenida y baja:

—Obraréis bien dejándome... ¡No toquéis de nuevo el resorte!...

Bajó sin tocar á nadie... La cosa concluyó bastante bien.

Alzó del suelo su gorro, se lo puso, movió sus hombros cual si se estremeciera, y se marchó sin mirar á su mujer.

El doctor miraba curiosamente á Matrena. Esta se hallaba ante él, pálida, con el rostro como insensible.

El médico indicó por medio de un movimiento de cabeza el sitio por donde Orlof había partido, y le preguntó:

—¿Qué tiene?

—No sé...

—¡Hum!... ¿Y ahora, dónde va?

—¡A emborracharse!—dijo firmemente Orlova.

El doctor arqueó las cejas y partió.

La mujer se acercó á la ventana. De la barraca se alejaba hacia la ciudad, ante el crepúsculo vespertino, la silueta de un hombre, solo en aquella inmensa llanura gris, y húmeda...

...El rostro de Matrena palideció más todavía; volvió hacia el extremo donde estaban las imágenes, arrodillóse y se puso á orar en voz baja; se ahogaba en el murmurio apasionado de su oración, se frotaba el pecho y la garganta con manos temblorosas...

Visitaba un día la escuela de artes y oficios de N... Mi *cicerone* era amigo mío y uno de los fundadores de la institución. Me acompañaba en mi visita y refería:

—Como observáis, podemos felicitarnos. Nuestra creación se desarrolla maravillosamente. El personal educador está perfectamente elegido. En el taller de zapateros y zapateras, la maestra es una simple zapatera, es decir, una gentil mujercita,

apetitosísima, la pícara, pero de conducta intachable. ¡Con qué saber enseña su oficio, qué cariñosamente se porta con las aprendizas! ¡Es admirable! Una obrera preciosa... Trabaja por doce rublos y la casa, y es el sostén de dos huérfanos, á quienes mantiene con sus módicos recursos. Os advierto que es una persona interesantísima.

Elogiaba con tal calor á la zapatera, que por fin sentí deseos de conocerla.

Ello se arregló pronto, y un día me contó la triste historia de su vida aquella mujer, en quien el lector hubiera conocido á Matrena Orlof.

En la primera época de su separación, Orlof no la dejaba en paz. Ebrio iba á su casa, escandalizaba, la pegaba sin compasión. Ella lo sufría.

Cuando se cerró el hospital, la doctora propuso á Matrena una colocación en aquella escuela y protección contra su marido. Las cosas salieron bien, y Matrena empezó á vivir una existencia de calma y de trabajo; aprendió á leer y á escribir; tomó, para educarles, á dos huérfanos del asilo, y empezó á trabajar, contenta de sí misma, recordando con tristeza y espanto su pasado. Hoy está con toda su alma consagrada á sus hijos adoptivos, comprende claramente el sentido de su actividad, se entrega á él con inteligencia, merece de las buenas cabezas de la escuela el interés que ellos le dedican. Pero tose con tos seca, en sus mejillas arde un color rojo

sinistro, y sus ojos grises mucha tristeza ocultan.

Grichka no se ocupa de su mujer; hace ya tres años que no la molesta. Se le ve algunas veces en N... pero ni la punta de su nariz muestra á Motria.

También pude hablarle. Halléle en una tabernucha de la ciudad, y en dos ó tres entrevistas nos hicimos amigos. Me repitió la historia que habíame contado su mujer, luego quedó un instante pensativo, y agregó:

— Y he aquí, Máximo Sawateich, he aquí que algo me levantó y me precipitó. Sin embargo, no llevé á cabo ni un acto de heroísmo. Aun ahora tengo deseos de hacer algo que me distinga... Convertir en polvo á la tierra, ó reunir una cuadrilla de amigos y acabar con los judíos... O algo que pueda ponerme encima de los demás, para escupir sobre ellos desde una altura, y exclamar:—¡Reptiles! ¿Para qué y como vivís? ¡Sois rateros, hipócritas, he ahí todo! Y en seguida precipitarme cabeza abajo... ¡y en mil pedazos! ¡Ah, sí, el diablo me lleve! ¡me fastidio! Pensaba, después de verme libre de Matrechka: ¡Ahora, Grinia nada libremente! Pero la charca es poco profunda, y he quedado sobre un banco... ¡No me secaré, no, sobre la arena! Sabré mostrarme! ¿Cómo? Sépalo el diablo. ¿Mi mujer? ¡Qué se vaya al demonio! ¿Acaso hombres como yo

necesitan hembras? ¿Para qué... cuando ellas tiran de todas partes á la vez? ¡Nací con la inquietud en el corazón, y mi destino es ser vagabundo! Es la mejor posición del mundo: se está libre... y estrecho, sin embargo. He andado, circulé por todas partes... ¡Ningún consuelo! ¿Bebo? ¿Y cómo nó? También el aguardiente aprieta el corazón... Y el corazón... arde bastante... Todo me disgusta: ciudades, pueblos, hombres de toda especie... ¡Tful! ¿De veras no se podría inventar nada mejor que esto? Los unos sobre los otros... ¡Deseos se tendrían de estrangularles á todos! ¡La vida! ¡Prudencia del diablo!

La pesada puerta de la taberna en que me hallaba sentado ante Orlof se abría á cada instante, y al hacerlo, exhalaba pequeños gritos que se hubieran llamado voluptuosos. Y el interior de la taberna evocaba la visión de una inmensa boca, que, lentamente pero de un modo cierto, ibase tragando á los desgraciados.

LOS EXHOMBRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



necesitan hembras? ¿Para qué... cuando ellas tiran de todas partes á la vez? ¡Nací con la inquietud en el corazón, y mi destino es ser vagabundo! Es la mejor posición del mundo: se está libre... y estrecho, sin embargo. He andado, circulé por todas partes... ¡Ningún consuelo! ¿Bebo? ¿Y cómo nó? También el aguardiente aprieta el corazón... Y el corazón... arde bastante... Todo me disgusta: ciudades, pueblos, hombres de toda especie... ¡Tful! ¿De veras no se podría inventar nada mejor que esto? Los unos sobre los otros... ¡Deseos se tendrían de estrangularles á todos! ¡La vida! ¡Prudencia del diablo!

La pesada puerta de la taberna en que me hallaba sentado ante Orlof se abría á cada instante, y al hacerlo, exhalaba pequeños gritos que se hubieran llamado voluptuosos. Y el interior de la taberna evocaba la visión de una inmensa boca, que, lentamente pero de un modo cierto, ibase tragando á los desgraciados.

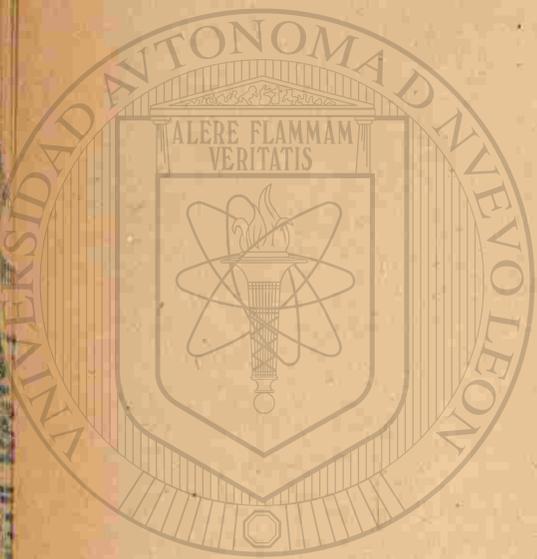
LOS EXHOMBRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

La calle de Entrada, en la ciudad, compónese de cabañas bien juntas una á otra y destartaladas, de paredes inclinados y ventanas atravesadas; los agujereados techos de aquellas habitaciones humanas, estropeados por la acción del tiempo, están todos ellos llenos de remiendos de corteza de árbol y cubiertos de musgo; por encima, aquí y allá, se elevan altos pértigas con casillas para los estorninos, y la verdura polvorienta de los saúcos y de los sauces, miserable flora de los afueras de las ciudades, los protege.

En las ventanas de aquellas casuchas, los azulejos verdes, descoloridos por la edad, presentan unas grietas que se asemejan á miradas de ratero poltrón. En la carretera se ven hondas lagunas causadas por las lluvias. Aquí y allá se ofrecen á la vista, montones de arenilla y de guijarros, sobre los que crecen malas hierbas: son restos ó comienzos de aquellas construcciones que los habitantes empezaron tantas veces, en lucha contra las torrentes de aguas de las lluvias, que impetuosamente corren por la ciudad. Arriba, sobre la colina, lindas casas de piedra se ocultan entre la verdura lujuriosa de los jardines, los campanarios de las iglesias rayan orgullosos el azul del cielo, y sus cruces doradas brillan con el sol.

En los días de lluvia, la ciudad vierte su lodo en aquella calle de Entrada; en tiempo de sequía esperece en ella su polvo, y todas aquellas casuchas disformes parece fueron arrojadas desde la altura, barridas como escombros por cualquier potente brazo.

Aplastadas hacia la tierra, medio podridas, débiles, teñidas por el sol, el polvo y las lluvias, dan á la colina, que medio cubren, aquel color gris sucio,

imposible de definir, que toma la madera al envejecer.

Al final de aquella calle arrojada fuera de la ciudad, había una enorme casa de dos pisos, que se hallaba abandonada y que adquirió el comerciante Petunnikof. Estaba la última de la hilera en la parte más baja de un lado, y más allá se abría el ancho campo, cortado á medio kilómetro de la casa por una pendiente á pico sobre el río.

La grande y vieja casa tenía una fisonomía de las más lúgubres en medio de sus vecinas. Todo estaba torcido; ninguna de sus ventanas conservaba su forma regular, y los despojos de vidrios que habían quedado en las marcos rotos de las vidrieras tenían un color verde salpicado de agua y polvo estancado.

Las grietas y las sombrías manchas causadas por la caída del yeso, formaban toscos dibujos en las paredes, entre las ventanas jeroglíficos, en los que el tiempo había escrito su historia sobre la casa.

El tejado, inclinado sobre la calle, aumentaba la expresión lamentable de su fisonomía; parecía que la casa habíase encorvado hacia la tierra, y esperaba de aquella suerte y con resignación el golpe de

gracia que la convirtiera en polvo, en montón informe de escombros medio podridos.

La puerta principal estaba abierta; una de sus hojas, fuera de sus goznes, yacía en tierra, y la frondosa hierba, que cubría el vasto espacio desierto, había crecido entre sus junturas. En el centro del patio había un edificio muy bajo, ahumado, con tejado de cinc pendiente por solo un lado. La casa estaba deshabitada; pero en aquel pequeño edificio, que había sido una fragua, estaba instalado entonces un asilo de noche, denominado «la pajarera» por sus habitantes, y sostenido por el capitán de caballería Aristides Fomitch Kuvalda.

En el interior, el asilo era una larga y sombría cueva de ocho metros por veinte, alumbrada por un lado por cuatro ventanillas cuadradas y una ancha puerta. Las paredes, de ladrillo y una capa de yeso, estaban cubiertas de humo; el techo, construido de viejos fondos de barcos, estaba también ahumado, casi negro; en el centro había una enorme estufa que reposaba en un horno de fragua, y en torno de la estufa y a lo largo de las paredes se habían dispuesto tablas, con pequeños montones de toda clase de atavíos, que servían de cama á los que pasaban

allí la noche. Las paredes oían á humo, el suelo de tierra cruda á humedad, las tablas á los harapos podridos y llenos de sudor.

El sitio del patrón del asilo estaba junto á la estufa: las tablas colocadas en torno de ésta eran el puesto de honor y lo ocupaban los que gozaban el favor ó la amistad del patrón.

El capitán casi siempre pasaba la mañana á la puerta de la gran casa, sentado en una especie de butaca que había construido con ladrillos, ó en la posada de Jegor Vavilof, que estaba casi enfrente; el capitán comía y bebía en este parador.

Antes de alquilar aquello, el capitán tuvo en la ciudad una agencia de colocaciones; remontándose en su pasado algo más allá, podíase saber que también había tenido una imprenta, y antes de ser impresor vivía, según su frase, «sencillamente».

«Y vivía muy bien, ¡lléveme el diablo!... Sabía vivir, puedo decirlo.»

Era un hombre ancho de espaldas, de elevada estatura, de unos cincuenta años, rostro picado é inflamado por la embriaguez, y poblada barba de color amarillo sucio. Sus ojos eran grises, enormes, alegremente atrevidos; hablaba en voz de bajo, con

vibración ronca en el gáznate, y casi siempre tenía la pipa en los dientes. Cuando se encolerizaba, los agujeros de su nariz, de un vivo rojo, se inflaban y contraíanse sus labios, descubriendo dos hileras de gruesos dientes amarillos, de lobo. Tenía los brazos largos, las piernas arqueadas; vestía un viejo capote de oficial todo desgarrado, una gorra grisenta con galón rojo, sin visera, y agujereadas botas de fieltro que le cubrían hasta las rodillas. Por la mañana siempre estaba como atolondrado, y por la noche tenía siempre un traguillo. Nunca podía hartarse de beber, jamás perdía su buen humor.

Por la noche, sentado en su butaca de ladrillos, con la pipa entre los dientes, recibía á los que iban á dormir.

—¿Quién va allá?—preguntaba al personaje rendido y haraposos que se acercaba al caserón, arrojado de la ciudad por ser borracho ó por cualquiera otra razón tan meritoria.

El hombre respondía.

—En prueba de tus mentiras, enséñame un papel oficial.

El papel era presentado, si existía. El capitán lo

ocultaba en el pecho, sintiéndose curioso raras veces, y decía:

—Todo está en orden... Dos kopeks la noche, un grivennik la semana, tres grivenniks (1) al mes... Vé y busca un sitio, pero no el de otro, pues en tal caso se te daría lo que no buscas. Aquí quiero gente seria.

El recién llegado le preguntaba:

—¿Y té, pan ó algo que comer, no vendéis?

—No vendo sino el techo y la pared. Yo también pago al amo de este agujero, al ratero Petunnikov, mercader de segunda clase, cinco rublos sonantes cada mes,—explicaba Kivalda con aire de importancia.—En mi casa se albergan los no aficionados al lujo; si tú estás hecho á él, enfrente hay una posada. Pero más te valdría, pícaro andrajoso, perder tan mala costumbre. Tú no eres un barín... ¿Y qué comes? ¡Te comes á tí mismo!..

Por estos y otros discursos de igual género, pronunciados en tono artificialmente severo, y siempre con la risa en los ojos, y por sus atenciones con los parroquianos, era popularísimo entre los pillue-

(1) Unos 80 céntimos.

los de la ciudad. Con frecuencia ocurría que un antiguo cliente aparecía en el patio, no ya á medio vestir y extenuado, sino en estado más ó menos conveniente y con cara placentera.

—Buen día, mi capitán. ¿Cómo va esto?

—Buen día. Esto va bien. Continúa.

—¿Me admitís aquí nuevamente?

—No.

—Recordad que en invierno estuve en vuestra casa cerca de un mes... cuando se llevaron á tres de vuestros parroquianos.

—¿Qué quieres, hermano! La policía viene á cada instante á respirar bajo mi techo hospitalario.

—¡Ah, Dios de Dios! Hasta que escarmentéis al comisario de policía...

—¡Vayan al diablo los recuerdos! Y di sencillamente qué necesitas...

—¿No querriais aceptarme el regalo de una pequeña consumación? Como en aquel tiempo estaba aquí, siendo vos, por así decirlo, mi...

—El agradecimiento debe ser animado, amigo mío, porque se encuentra raras veces en los hombres. Debes ser un bravo mozo, y, aun cuando no te admita, voluntariamente iré contigo á la taberna,

y me hartaré bebiendo á la salud de tus triunfos en la vida.

—Sois siempre el mismo... ¡Bromista siempre!

—¿Acaso se puede obrar de otro modo cuando se vive entre vosotros, los desgraciados?

Iban. El cliente del capitán, todo descompuesto por la bebida, en ocasiones volvía al asilo; al siguiente día tornaban á regalarse, y el antiguo cliente se despertaba muy de mañana en la conciencia de que la bebida lo había metamorfoseado.

—¡Señoría, oid una historia! ¡Heme entrando de nuevo en vuestro batallón! ¿Qué voy á hacer ahora?

—Es ella una posición de la que no se puede estar muy orgulloso, mas cuando se está en ella, las quejas se hallan de más. Menester es, amigo mío, mirarlo todo con indiferencia, sin amargarte la vida con preguntas filosóficas. Filosofar es siempre sucio, y filosofar cuando duelen los cabellos es acción sin nombre. El dolor de cabellos pide aguardiente, no remordimientos ni rechinamientos de dientes... Preserva tus dientes, porque si los estropearas te quedarías sin instrumento reforzador... Toma, he ahí dos grivenniks... Trae un cuarto de aguardiente; tripas calentés ó asadura por cinco kopeks, una libra

de pan y dos pepinos. Cuando reforcemos lo moral, examinaremos la situación...

Esta situación se precisaba de la manera más sencilla algunos días después, cuando no restaba un kopek del billete de tres ó cinco rublos que había en el bolsillo del capitán el día en que apareciera su cliente agradecido.

—¡Hemos llegado!—decía el capitán.—Ahora, idiota, desde el momento en que nos hemos pervertido completamente, tratemos de hallar nuevamente la senda de la sobriedad y de la virtud. ¡Cuán cierto es que sin pecado no hay arrepentimiento, ni salvación sin contrición! Hemos cumplido la primera parte; en cuanto al arrepentimiento, cosa inútil es: tratemos directamente de salvarnos. Ve al río y trabaja. Si no estás seguro de tí... dí al contra maestro que te retenga la paga, ó tráemela á mí. Cuando tengamos reunido lo suficiente se te comprará un calzón y lo demás que necesites para que de nuevo se te tome por hombre *comme il faut*, por trabajador modesto perseguido por la suerte. Con un calzón pasadero puedes llegar muy lejos. ¡Anda!

El cliente obedecía al capitán, riendo al recordar sus largos y sabiondos discursos. No les hallaba la

gracia, pero ante sí veía unos ojos alegres, presentía un espíritu valeroso, y sabía que el elocuente capitán tenía un brazo que, en caso de necesidad, podía sostener lo que decía.

Y, en efecto, después de uno ó dos meses de cualquier trabajo penoso, el cliente, gracias á una severa vigilancia de su conducta por parte del capitán, tenía la material posibilidad de remontarse un grado más al puesto de que cayera, con el benévolo concurso del exmilitar.

—Bueno, amigo mío,—decía el huésped examinando con ojo de crítico al cliente restaurado.—Hemos en posesión de los calzones y la chaqueta. Son cosas de inmensísima importancia, cree á mi experiencia. Mientras tuve un calzón decente ocupé en la ciudad el rango de hombre *comme il faut*; pero (aquí un taco) en cuanto los calzones me abandonaron, decaí en la opinión de las personas, y hasta hube de venirme á la parte baja de la población. Las gentes, imbécil mío, juzgan por la forma; la esencia de las cosas les es inaccesible á causa de su innata necedad. Mete esto en tu cabeza, y después de pagarme aun cuando sólo sea la mitad de tu deuda, vete en paz y busca, que encontrarás.

—¿Y cuánto es lo que os debo, Aristides Fomitch?
—preguntaba confuso el cliente.

—Un rublo y siete grivenniks. Por el descuento, dame un rublo, ó bien los grivenniks. Esperaré el resto hasta que robes ó ganes más de lo que poseas.

—Humildemente os doy gracias por vuestros favores,—decía enternecido el parroquiano.— ¡Qué hombre sois! ¡Bueno como el pan blanco! ¡Lástima que la vida os haya hecho ver su parte mala! Debíais ser un águila orgullosa cuando estábais en vuestro puesto.

El capitán no podía vivir sin pronunciar discursos ampulosos.

—¿Qué quiere decir «en vuestro puesto»? Nadie conoce su justo puesto en la vida, y todos nos enganchamos á collares que no están hechos para nosotros. El comerciante Judas Petunnikof tiene su puesto en los trabajos forzados, y se pasea en pleno día

por las calles... Y hasta piensa en construir no sé qué fábrica. Nuestro maestro de escuela debía estar entre una docena de chiquillos y una gruesa mujer, y siempre se halla en la taberna de Vavilof. ¡Y tú mismo!... Vas á buscar una colocación de criado, y por mi parte veo que debías ser soldado, porque no pareces bestia y comprendes la disciplina. La vida nos agita como á una baraja, y aun pasará mucho tiempo hasta que hallemos nuestro puesto verdadero.

En ocasiones, semejantes discursos de adiós servían de prefacio á un más amplio conocimiento, que comenzaba á su vez por buenas libaciones, en las que, si bien el parroquiano se lo bebía todo, el capitán le daba luego el desquite... y pronto quedaban hartos.

Semejantes recaídas no alteraban en modo alguno las relaciones de ambas partes.

Aquel «maestro de escuela» citado por el capitán, era justamente uno de los que se hacían reparar para estropearse al punto. Por su cultura intelectual era el que más se aproximaba al capitán, y quizá

fuese esta la razón por la que, una vez caído, no podía levantarse.

Sólo ante él podía filosofar Aristides Kuvalda con la certeza de ser comprendido. Apreciaba esto, y cuando el maestro de escuela, ya con algún dinero, se disponía á marchar del asilo con intención de vivir en la ciudad, Aristides Fomitch se despedía de él con tal tristeza, recitaba tal profusión de frases melancólicas, que invariablemente concluían por hartarse de bebida. Y el maestro de escuela, quizá por cierto giro que el capitán, con la mejor voluntad, daba á las cosas, nunca llegaba á irse del asilo. ¿Era posible á Aristides Kuvalda, noble, bien educado, con la costumbre que de razonar había adquirido en los reveses de fortuna, érale posible, repetimos, no desear hallarse frente á un hombre á él semejante? Sabemos apiadarnos de nosotros mismos.

El maestro de escuela había enseñado en el instituto pedagógico de una ciudad del Volga, pero, á consecuencia de cierta historia fué arrojado del instituto. Después había estado empleado en una fábrica, de la que también se vió obligado á marchar. Había sido bibliotecario en una biblioteca particular; tuvo algunas otras profesiones, y por fin, des-

pués de sufrir exámenes de procurador, empezó á pasar por la calle de la Amargura, y se encontró en el asilo del capitán. Era alto, agachado, con larga nariz puntiaguda y cráneo perfectamente calvo. En su rostro amarillo y huesoso, de barba puntiaguda, brillaban grandes ojos, con expresión de inquietud ansiosa, profundamente hundidos, y los extremos de su boca bajaban tristemente. Ganaba con qué vivir, mejor dicho, qué beber, siendo *reporter* de los periódicos locales. En ocasiones sacaba quince rublos semanales. Se los daba al capitán y decía:

—¡Basta! Quiero volver al seno de la civilización. Una semana más de trabajo, me vestiré convenientemente, y... ¡adío, mío caro!

— Con toda mi alma apruebo tu resolución, Felipe; en toda la semana te permitiré beber un sólo vaso de aguardiente,—prevenía firmemente el capitán.

— Mil gracias... ¿No me darás ni una gota?

El capitán veía en sus palabras algo que se asemejaba á tímida súplica de que no fuera demasiado riguroso, y agregaba con más severidad:

—Charla cuanto quieras... No te daré nada.

—Bueno, está dicho,—suspiraba el maestro de escuela.

Y se despedía para verificar su *reportage*.

Y al siguiente día, dos después cuando más, ya miraba al capitán con ojos inquietos é implorantes, esperando ansiosamente el momento en que se enterneciera el corazón del amigo. El capitán tomaba un aire austero y profería discursos impregnados de ironía cruel sobre la ignominia de la debilidad de voluntad, sobre los bestiales goces de la embriaguez ó sobre cualquier otro tema relacionado con las circunstancias. Es preciso hacerle la justicia de que se cubría con la careta de mentor y moralista, pero los que lo conocían guiñaban el ojo.

—¡Cómo finge el muy cómico!... Ya ves: te lo había prevenido: no me escuchaste... ¡tú lo has querido!

—Su Señoría es un verdadero guerrero... Va delante, y ya busca el camino para la retirada.

Y el maestro de escuela atrapaba nuevamente á su amigo, se agarraba á su sucio capote y le miraba profundamente trágico.

—¿No puedes esperarte?—preguntaba, sombrío, el capitán.

El maestro de escuela, sin decir nada, hacía con la cabeza una señal afirmativa, luego la inclinaba melancólicamente sobre el pecho, estremeciéndose á cada instante.

—Paciencia por un día... Quizá puedas resistir,—profería Kuvalda.

El maestro de escuela suspiraba y movía negativa desesperadamente la cabeza. El capitán veía que todo el cuerpo del amigo palpitaba en sed de bebida, y sacaba dinero del bolsillo.

—¡Casi siempre es cosa inútil oponerse al destino!—declaraba haciendo esto, cual si quisiera disculparse ante alguien.

Y si el maestro de escuela resistía toda la semana, entre ambos tenía lugar una conmovedora escena de despedida, cuyo final solía desarrollarse en la posada de Vavilof.

El maestro de escuela no se bebía todo su dinero: la mitad, por lo menos, era distribuido entre los niños de la calle de la Entrada. Los pobres de dinero suelen no serlo de hijos, y en aquella calle, sobre el cieno, de la mañana á la noche se agitaba un montón de chiquillos haraposos, sucios y famélicos.

Los niños... son las flores vivas de la tierra, pero

en el arrabal se agostaban antes de tiempo aquellas flores, probablemente porque crecían en suelo pobre de savia sana.

El maestro de escuela sabía reunirles en torno suyo, y, habiendo comprado algunos comestibles, se les llevaba al campo, al río, y allí comían y jugaban. Toda la persona larga y flaca del maestro de escuela, se achicaba, por así decirlo, entre aquellos hombrecillos, que le trataban con la mayor familiaridad, como á igual. Hasta le llamaban «Felipe» á secas, sin agregar «tío», ó sencillamente «tiito». Se agitaban en torno de él como anguilas, se metían entre sus piernas, saltaban su espalda, le palpaban el cráneo pelado, tirábanle de la nariz.

Aquello debía agradarle, pues nunca protestaba contra semejantes libertades. En general hablaba poco con ellos, y cuando lo hacía era con precaución, hasta con temor, cual si temiera que sus palabras les ensuciaran ó les hicieran daño. Horas pasaba con ellos. Era su juguete y su compañero; observaba sus muecas animadas con miradas tristes y de angustia; luego, soñador, se encaminaba lentamente hacia la posada de Vavilof, y allí, pronto, sin hablar, se embriagaba hasta perder toda conciencia.

Casi todos los días al volver del *reportage*, el maestro de escuela llevaba cualquier periódico, y en torno de él formábase una asamblea de decadentes.

Al verle se le acercaban de todas partes, borrachos ó enfermizos por la bebida, diversamente haraposos, miserables y sucios.

Avanzaba, grueso como un tonel, Alexei Maximovitch Simtsof, el exguardabosque del distrito del dominio privado, entonces vendedor de cerillas, de tinta, de betún. Era un anciano como de sesenta años, vestido con sobretodo de grueso paño y un enorme sombrero bajo el que se veía su cara gruesa y roja, de barba poblada y blanca, entre la que se ocultaban alegres, como contemplando la creación del buen Dios, una pequeñísima nariz purpurina, gruesos labios del mismo color, y ojillos lacrimosos y cínicos.

Se le llamaba «la Bola», apodo que no podía estar mejor á su persona redonda y á su facundia semejan al *ron ron* de una bola sobre la madera.

Detrás, saliendo no se sabe de dónde, aparecía «el Fin», borracho negro, taciturno, exinspector de las prisiones, llamado Luka Antonovitch Martianov, individuo cuyos medios de existencia eran ciertos juegos y habilidades poco apreciados por la policía.

Bruscamente dejaba caer su cuerpo, más de una vez maltratado, sobre la hierba, junto al maestro de escuela, miraba con sus ojos de un negro brillantísimo, y, alargando la mano hacia la botella, suplicaba:

—¿Puedo?

Tras él llegaba el maquinista Pavel Sontsef, un enfermo del pecho que podía contar treinta años, hombre flaco y mal encarado, cuyo oficio consistía en vender escobas hechas por él mismo; también negociaba en cepillos, que construía con ciertas hierbas, lo que les hacía propios para la limpieza de la ropa. Se le llamaba «Desperdicios».

Llegaba un hombre largo, huesoso y tuerto del ojo izquierdo, de origen desconocido, con expresión

de miedo en su gran ojo redondo, taciturno, tres veces preso por robo. Llamábase Kiselnikof, pero se le conocía por «Tarass y medio», porque era la mitad más alto que su inseparable amigo el diácono Tarass, excomulgado por borracho y disoluto. El diácono era corto y rechoncho, con pecho de atleta y cabelluda cabeza redonda. Bailaba de una manera sorprendente, y blasfemaba de modo aun más admirable. Ambos habían elegido para su habilidad el aserradero de madera á orillas del río, y, en aquellas horas de libertad, el diácono refería á su buen amigo y á cuantos querían oírle cuentos «de su propia invención», como él declaraba. Oyendo aquellos cuentos, en que siempre eran héroes los santos, los reyes, los sacerdotes ó los generales, hasta los habitantes del asilo escupían con disgusto al escuchar aquellas cosas prodigiosamente innobles y fantásticamente obscenas.

La imaginación del diácono era poderosísima; podía inventar y hablar durante todo el día, de la mañana á la noche, sin repetirse. En su persona pereció un poeta de gran nervio, un cuentista poco común por lo menos, que poseía la facultad de desper-[®]tar la vida en todo, poniendo alma hasta en las pie-

dras con aquella palabra inmunda, pero llena de imágenes y vigorosa.

Además había un jovenzuelo absurdo, por Kuvalda apodado «el Meteor».

Un día fué á dormir al asilo, y luego, con admiración de aquellas personas, no se marchó de allí. Al principio pasó inadvertido; durante el día salía, como los demás, en busca de lo preciso para ir viviendo; mas, por la noche, siempre estaba en aquella sociedad. El capitán se fijó en él.

—¡Pilluelo! ¿Qué eres tú en esta tierra?

El mozo respondió en tono breve y atrevido:

—¿Yo? Un descamisado.

El capitán le examinó con ojo crítico. El muchacho ofrecía un aspecto bastante vago; sus cabellos eran largos, su rostro tenía las mejillas salientes y levantada la nariz. Llevaba una blusa azul, sin cinturón, y un resto de sombrero en la cabeza. No usaba calzado.

—¡Eres un imbécil!—decidió Aristides Kuvalda.

—¿Qué haces arrastrándote por aquí? No te necesitamos... No tenemos en qué emplearte... ¿Bebes aguardiente? ¿No? .. ¿Robar? ¿sabes robar? ¿Aun no?

Vete, aprende todo eso, y vuelve cuando seas hombre.

El mozo se echó á reír.

—No... Continuaré algo más en vuestra compañía.

—¿Para qué?

—Porque sí.

—¡Vaya un... meteor!—dijo el capitán.

—Voy á romperle los dientes,—propuso Martianov.

—¿Por qué?—preguntó el mozo.

—Porque sí.

—Y yo cogeré una piedra y os la arrojaré á la cabeza,—declaró respetuosamente el muchacho.

Martianov le hubiera pegado si Kuvalda no se interpone.

—Déjale... Es algo primo tuyo, hermano... y quizá de todos nosotros. Tú, sin suficientes motivos, querías romperle los dientes, y él, como tú, sin motivo, quiere vivir con nosotros... ¡Sea feliz! Nosotros también vivimos sin motivo bastante para ello. Vivimos... ¿Y por qué? ¡Porque sí! Él obra de igual modo... Déjale, pues.

—Sin embargo, mejor sería, joven, que os alejá-

rais de nosotros, —aconsejó el Maestro de escuela, mirando tristemente al muchachuelo.

Los mencionados individuos formaban el estado mayor del capitán, quien les llamaba con benévola ironía «los exhombres.» Además de ellos, siempre había en el asilo cinco ó seis ordinarios concurrentes. Estos eran gente del campo; no podían alabarse de haber tenido un pasado como el de los exhombres, y, aun cuando no hubiesen experimentado menos reveses, constituían seres más enteros que los otros, menos espantosamente gastados. Posible es que los mejores de la clase cultivada sean superiores á los mejores de la clase aldeana, pero un hombre de la ciudad, una vez viciado, es siempre mucho más innoble y envilecido que un viciado del campo. Esta regla saltaba á la vista en cuanto se comparaba á los exintelectuales y á los exaldeanos que poblaban el asilo de Kvalda.

Como notabilísimo representante de los exaldeanos, allí estaba el viejo traperero que llevaba el nombre de Tiapa. De frente no se veía su rostro; de perfil se distinguía una nariz aguileña, un labio colgante y cejas hirsutas de color gris. Era cronológicamente el primer parroquiano del capitán, y se

decía de él que tenía oculta una gran suma, cuya existencia negaba él rotundamente. Cuando avanzaba con su paso vacilante é indeciso, sin bastón en la mano ni saco al hombro, insignias de su profesión, parecía un hombre sumido en un sueño hasta la inconsciencia, y en aquellos momentos, el capitán decía mostrándole con el dedo:

—¡Mirad! La conciencia del comerciante Judas Petunikof le ha abandonado; ¡hela que busca un asilo! ¡Mirad cuán desagradable y sucia es esa conciencia fugitiva!

La voz de Tiapa era ronca; con trabajo se entendía lo que decía, por lo cual, probablemente, hablaba poco. Le gustaba la soledad. Mas, en cuanto en el asilo se presentaba la muestra reciente de un hombre arrojado del campo por la miseria, Tiapa sentíase poseído, al verle, de una indignación opresora é irritante. Perseguía al desgraciado con sarcasmos mordientes, que salían silbando de su garganta; le hacía marchar de allí, valiéndose de uno de los peores vagabundos, le amenazaba con darle por sí mismo una paliza magistral, con desbaliarle cualquier noche, y casi siempre obtenía el resultado de que

el pobre aldeano, lleno de temor y desorientado, desaparecía del asilo para no volver jamás.

Tiapa se calmaba entonces, volvía á su rincón, donde arreglaba su mercancía, leyendo otras veces su Biblia, tan vieja, sucia y desgarrada como él. También salía de su rincón para oír la lectura del periódico del maestro de escuela. Ordinariamente escuchaba cuanto se leía sin pronunciar una palabra, suspirando profundamente sin hacer una pregunta. Pero cuando el maestro de escuela, después de leer volvía á doblar el periódico, Tiapa alargaba su mano huesosa y decía:

—Déjame, á ver ..

—¿Para qué?

—Déjame... Quizá hable de nosotros...

—¿De quién?

—Del campo.

Burlábanse de él y se le daba el periódico. El le tomaba y leía que en tal pueblo se había helado la cosecha, que en el otro habían ardidido treinta casas, que en el de más allá una mujer había envenenado á su familia, cuanto es costumbre escribir de lo que ocurre en el campo, y que le hace parecer infortunado, necio y malo. Tiapa leía aquello con voz sorda,

gruñía indistintamente, expresando con tal sonido acaso la compasión, la satisfacción quizá.

Pasaba la mayoría de los domingos, día en que no salía, repasando su vieja Biblia, que leía gruñendo y suspirando. Tenía el libro apoyado contra el pecho, y se enfadaba si alguien le interrumpía en su lectura.

—¡Hechicero! —decíale Kuvalda.—¿Qué es lo que entiendes de eso? déjalo pues.

—¿Y tú? ¿Qué entiendes tú?

—Bien hablado, hechicero, yo tampoco entiendo nada; pero no leo libros.

—Pues yo leo...

—Porque eres un necio,—concluía el capitán. Fastidioso es tener insectos en la cabeza; y más cuando se encasquetan en ella las ideas. ¿Cómo te las arreglarás para existir, viejo sapo?

—¡Uf! No tengo para mucho tiempo;—decía tranquilamente Tiapa.

Un día el maestro de escuela quiso saber donde el trapero había aprendido á leer; Tiapa le respondió lacónicamente:

—En la prisión.

—¿Acaso has estado preso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por... un pecado... Allí adquirí mi Biblia, que una señora me dió... Se está bien en la prisión, hermano.

—¡Vaya!... ¿Cómo es eso?

—Allí se adquiere razón... Yo aprendí a leer... aunque para nada...

Cuando el maestro de escuela apareció en el asilo, Tiapa llevaba en él algún tiempo. Examinó durante días y días al nuevo compañero. Para examinar el rostro de alguien, Tiapa doblaba de lado todo su cuerpo. Escuchó todos los discursos del maestro, y un día se sentó muy cerca de él.

—Eres muy sabio... muy sabio... ¿Y la Biblia?

—¿La leiste?

—La he leído.

—Perfectamente... ¿Y te acuerdas de ella?

—¡Dios mío... sí!

El viejo dobló de lado su cuerpo y contempló al maestro de escuela con ojos de borracho, duros y desconfiado.

—¿Te acuerdas? ¿de veras había allí amalecitas?

—¿Qué más?

—¿Dónde están ahora?

—Murieron, Tiapa... desaparecieron.

El viejo estuvo un momento sin decir nada, y luego agregó:

—¿Y los filisteos?

—También...

—¿Desaparecieron?

—Sí, todos.

—Bueno. ¿Y nosotros también desapareceremos?

—También, llegado cierto tiempo, — agregó el maestro de escuela en tono indiferente.

—¿Y de qué tribu de Israel descendemos?

El maestro de escuela le miró, pensó un momento, y empezó a hablar de los cimerianos, de los escitas, de los esclavos...

El viejo se torció más y le contempló con ojos algo confusos.

—¡Todo eso son historias!—silbó cuando el maestro de escuela terminó.

—¿Por qué historias?—preguntó éste con sorpresa.

—¿Qué pueblos son esos que nombraste? ¡No existen en la Biblia!

Se levantó y marchó, profundamente ofendido, gruñendo encolerizado.

—¡Comienzas á perder la razón, Tiapa!—dijole el maestro con fe.

Volvióse entonces el viejo, tendió el brazo y le amenazó, alargando un dedo delgado, sucio...

—De Dios, Adam... de Adam, los hebreos... luego todos los hombres descienden de los hebreos... Y nosotros también.

—¿Qué más?

—Los tártaros de Ismael... y éste de un hebreo...

—¿Adónde vas á parar?

—¿Por qué cuentas historias?

Y se marchó, dejando á su interlocutor mudo de sorpresa. Pero dos días después volvió á su lado.

—Eres un sabio, luego debes saber qué somos.

—Slavos, Tiapa, —respondió el maestro de escuela.

Y esperó curiosamente á que él hablara, deseoso de comprenderle.

—Habla según la Biblia... Esos no están en ella.

¿Qué somos? ¿Babilónicos ó edomitas?

El maestro de escuela se enfrascó en la crítica de

la Biblia. El viejo le escuchó durante mucho tiempo, luego le interrumpió:

—Espera... Entre los pueblos conocidos del buen Dios... ¿no está el pueblo ruso? ¿Luego somos gentes desconocidas del buen Dios? ¿No es esto así? A los inscritos en la Biblia... Dios les conocía... y les exterminaba con la espada ó por medio del fuego, arruinando sus ciudades y sus pueblos; pero les enviaba profetas para que les instruyeran: esto porque le daban lástima. Dispensó á los hebreos y á los tártaros, pero les conservó... ¿Y nosotros? ¿Por qué no tendremos profetas?

—¡No sé!—masculló el maestro de escuela haciendo grandes esfuerzos para comprender á Tiapa.

Y éste, descansando su mano sobre el hombro del maestro, púsose á empujar dulcemente hacia adelante y hacia atrás, y á murmurar con su voz ronca, como si tragase algo.

—¡Menester era decirlo!... ¡Y tú hablas tanto, que cualquiera creería que lo sabes todo! ¡Y el oírte me subleva... turba mi alma! Obrarías mejor callando... ¿Qué somos? ¿Por qué no tenemos profetas? ¿Y dónde estábamos cuando Cristo caminaba sobre esta tierra?... ¡Y para contestar á esto cuentas historias!

¿Acaso puede morir un pueblo entero? El pueblo ruso no puede desaparecer... ¡mientes!... está inscrito en la Biblia; sólo que no se sabe bajo qué nombre... ¿Sabes cómo es el pueblo?... ¡Es... inmenso! En todas partes hay lugares, en todas partes hay pueblo... Y tú dices: «Se extinguirá.» Puede morir un hombre, no un pueblo, del cual es el arquitecto. Los amalecitas no murieron... son los alemanes ó los franceses... y tú... ¡Puf!... Veamos, dime... ¿Por qué nos desheredó el buen Dios? Para nosotros, ni calamidades ni profetas por El enviados. ¿Quién nos enseñará?

La palabra de Tiapa era terrible y poderosa; la ironía y la indignación y la fe profunda se desprendían de ella. Habló durante mucho tiempo, y el maestro de escuela que, según costumbre, estaba un poco ebrio y de humor tranquilo, experimentó escuchándole una sensación penosa, cual si se le hubiera aserrado en vez de aserrar madera. Oyendo al viejo miraba su cuerpo estropeado, sentía aquella extraña fuerza de las palabras, que le oprimía, y de repente tuvo lástima de sí mismo, experimentando una tristeza vaga, como un sentimiento del que no se veía el motivo. Sintió el deseo de decir al viejo

algo de fuerte, de convencido, algo que dispusiera á Tiapa en su favor, que le obligase á hablar, no con aquella voz irritada, sino en otro tono... dulce, paternal, acariciador. Sintió que algo agitábase en su pecho, que le subía á la garganta y le ahogaba... mas no pudo encontrar una palabra fuerte.

—¿Y tú eres un hombre?—preguntó Tiapa.—Tu alma está desgarrada... y pronuncias palabras... cual si supieras algo... Mejor obrarías callándote.

—¡Ah, Tiapa!—exclamó el maestro de escuela con expresión de sufrimiento y de angustia.—Lo que dices es... verdad... El pueblo... es enorme... yo le soy extraño... él me es extraño... ¡Hé ahí donde reposa la tragedia de mi vida! Mas ¡qué importa! ¡Continuaré sufriendo!... ¡Y ningún profeta... ninguno!... En efecto, hablo mucho, y nadie necesita mis palabras... pero callaré... Mas te suplico no me hables así... Tú, viejo, no sabes... no sabes... no puedes comprender.

El maestro de escuela se echó á llorar. Lloraba tan cómodamente, tan libremente, con lágrimas tan abundantes, que llorando sintió gran alivio. ®

—Más te valdría ir al campo... y pedir una plaza de maestro de escuela ó de escribano... ganarías tu

pan y respirarías aire... ¿A qué agitarte como te agitas?—silbó Triapa rudamente.

Y el maestro de escuela lloraba, lloraba siempre, experimentando gran placer al hacerlo.

Desde entonces se hicieron amigos, y los «ex-hombres» decían al verles juntos:

—El maestro de escuela endereza á Tiapa, y hasta le embarcó con rumbo hacia el dinero.

—Kuvalda le habrá adiestrado para averiguar como él diría, dónde están los capitales del viejo.

Es probable que, hablando como lo hacían, pensarán de otro modo. Es un singular rasgo de aquellas gentes: en su íntimo trato aspiran á parecer peores que lo son en realidad.

El hombre que en sí no tiene nada bueno, en ocasiones gusta de presumir con sus maldades.

Cuando todas estas personas hállanse reunidas en torno del maestro de escuela y de su periódico, la lectura de éste comienza.

—Vamos,—dice el capitán,—de qué habla hoy la «Gaceta». ¿Lleva folletín?

—No,—habla el maestro de escuela.

—Cicatero es nuestro director... ¿Y artículo de fondo?

—Le hay... creo que de Gulaief.

—¡Ah!... Escribe bien el animal... y tiene ojo penetrante.

—«La evaluación de los inmuebles,—lee el maestro de escuela,—hecha há más de quince años, hasta la fecha continúa sirviendo de base para la

percepción del impuesto sobre inmuebles, en provecho de la ciudad...»

—¡Sencillo es eso!— comenta el capitán.—«¡Continúa sirviendo!» ¡Eso es ridículo! Los comerciantes, que mangonean en los asuntos de la ciudad, hallan su provecho haciendo que la evaluación siga subiendo.»

—Ese es precisamente el sentido en que el artículo está escrito,—decía el maestro de escuela.

—¿De veras? ¡Cosa extraña! ¡Lindo tema para guisos! Menester es hablar de eso con sal y con pimienta.

Se traba una pequeña discusión. El público escucha atento, porque todavía no se bebió ni una botella de lo claro. Concluido el artículo de fondo léese la crónica local, luego la judicial. Aristides Kivalda goza sinceramente si se lee que á un comerciante le ha ido mal.

—¿Se le robó? ¡la lástima es que fué poco! ¿Se le estropeó esto ó lo otro? ¿Por qué no perdería aquello ó lo de más allá? ¿Perdió un proceso? ¡Magnífico! Pero triste es que no le hicieran pagar las costas duplicadas.

—¿Y legal? ¿Acaso es legal el mismo comercian-

te?—pregunta el capitán con amargura.—¿Qué es un comerciante? Analicemos este hecho absurdo y grosero... Ante todo, el comerciante es un aldeano. Llega, procedente del campo, á la ciudad, y al cabo de cierto tiempo se hace comerciante. Para ser comerciante, menester es tener dinero; ¿verdad? ¿De donde puede venirle este dinero á un aldeano? Sábese bien que el honrado labrador gana poco. De donde se sigue que, de un modo ó de otro, el aldeano ha robado. Por lo tanto, el comerciante es un aldeano ladrón.

—¡Bien dicho!—exclamó el público, aprobando la deducción del orador.

Y Tiapa gruñó frotándose el pecho, que es su modo de gruñir á la primera copa. El capitán resplandece. Léense las correspondencias. Allí, el capitán puede lanzarse «á velas desplegadas» como él dice. En todo ve cuán mala hace la vida el comerciante, y con qué destreza la lleva hacia el abismo. Sus palabras aniquilan al comerciante. Se le escucha con la sonrisa en los labios, por que sacude firme.

—¡Si yo escribiera en los periódicos!...—exclama.

—¡Yo, habría mostrado al comerciante bajo un aspecto verdadero... Probado había que no es sino

una bestia, que sólo por algún tiempo ejecuta el empleo de un hombre. ¡Le conozco! Es grosero, necio, no goza de la vida, no tiene idea de la patria, no conoce otra cosa que su oro.

Desperdicios conocía la cuerda sensible del capitán, y como le agradaba excitar á las gentes, insinuó:

—Sí, desde que los nobles empezaron á morir de hambre con los demás, los verdaderos hombres desaparecieron de la vida...

—Tienes razón, engendro de araña y de sapo. Sí, desde que la nobleza concluyó, no quedan hombres. No hay más que comerciantes... á los que odio.

—Fácil es creerlo, porque á tí también, hermano, te arrojaron al polvo.

—¿A mí? ¡Yo perecí por amor á la vida, idiota! Amaba la vida... mientras que el comerciante la detesta. Justamente por eso no le soporto... Para nada entra en esto mi nobleza. Hasta, si deseas saberlo, te diré que yo no soy noble, sino que soy un hombre, decaído de mi calidad de hombre. Ahora me burlo de todo, de todos, y la vida se me figura una querida que me abandonó... Por esto la desprecio, por esto me es completamente indiferente.

—¡Bromeas!—dijo Desperdicios.

—¡Bromear! ¡Yo!—vociferó Aristides Kivalda, todo rojo de cólera.

—¿A qué gritar?—dijo la voz sorda, sombría y fría de Martianov.—¿A qué discutir? comerciante... noble... ¿Qué nos importa esto?

—Teniendo en cuenta que carecemos de opinión...—intervino el diácono.

—¡Basta!—dijo el maestro de escuela.—¿A qué salar un arengue fresco?

No le gusta la discusión, ni el ruido, en general, y siempre trata de conciliar á todo el mundo; si esto no consigue, deja la compañía.

El capitán, que sabe esto, se contiene, si no está ebrio, para no perder á su mejor oyente.

—Lo repito,—continúa en tono más moderado.— Veo la vida en manos del enemigo, no sólo del noble, sino de todo lo elevado... en manos de los avaros, incapaces de adornar con nada la vida...

—Sin embargo, hermano,—dijo el maestro de escuela,—los comerciantes crearon Génova, Venecia, Holanda; los comerciantes de Inglaterra conquistaron la India, los comerciantes Stroganof...

—¿Qué me importan esos comerciantes? Yo pensaba en Judas Petunnikof y él...

—¿Y qué te importan los demás?—preguntó dulcemente el maestro de escuela.

—¿Acaso no vivo? Vivo... y menester es que me exalte viendo como destrozan nuestra vida dos salvajes que de ella se apoderaron.

—Y se burlan de la noble indignación del capitán y del hombre retirado!—bromeó el Desperdicios,

—Muy bien! Cor.vengo en que ello es necio. En mi calidad de ex hombre, debo anular en mi cuantas ideas y sentimientos profesara. Esto... quizá sea cosa justa... Pero de aquí á entonces, vos y todos nosotros nos armaremos, si rechazamos esos sentimientos?

—¡Empezaste á hablar de modo razonable!—profió el maestro de escuela.

—Necesitamos otros modos de ver la vida, otros sentimientos... necesitamos algo nuevo, porque nosotros mismos somos una novedad en la vida ..

—Sin duda que necesitamos todo eso,—dijo el maestro de escuela.

—¿Para qué?—preguntó el Fin.—¿No es indiferente cuanto se dice? ¿cuanto se piensa? No hemos

de vivir mucho tiempo... Yo tengo cuarenta años; tú cincuenta... Ninguno de nosotros baja de los treinta años... Y aun cuando se tuvieran sólo veinte, no puede vivirse mucho tiempo llevando una existencia semejante.

—¿Y qué novedad somos?—dijo Desperdicios.— Los vagabundos siempre existieron.

—Y crearon á Roma,—dijo el maestro de escuela.

—Ciertamente,—confirmó el capitán.—¿No fueron Rómulo y Remo personas por el estilo de nosotros?—Nosotros también, cuando el momento llegue, crearemos.

—¡Escándalo en la vía pública!—interrumpió Desperdicios.

Y rió, contento de sí mismo. Su risa era una risa detestable, corrosiva. Le apoyaron Simtsof, el diácono, Tarass y medio. Los sencillos ojos de Meteoro brillaban y sus megillas cubríanse de púrpura. Habló el Fin, díriase que á martillazos en la cabeza:

—Todo eso son necedades... sueños...[®]

Era extraño escuchar las discusiones de aquellos hombres rechazados de la vida, desarrapados, im-

pregnados en alcohol y en odio, en ironía y en lodo.

Tales conversaciones eran verdaderas fiestas para el capitán. Hablaba más que los otros, y aquello le procuraba la posibilidad de apreciarle más que los otros. Y, por bajo que un hombre caiga, nunca se privará del goce de sentirse más fuerte, más inteligente, hasta mejor alimentado que su prójimo. Y abusaba de aquel goce.

La política era, en cambio lo que alegraba á los demás. También se hablaba de las mujeres, pero de un modo desagradable, hasta que el maestro de escuela salía á su defensa, enfadándose si las expresiones eran muy sucias. Se le atendía, porque todos le consideraban hombre poco ordinario, y porque los sábados se le sacaba el dinero que ganaba en la semana.

También gozaba de otros privilegios. Por ejemplo: érale permitido llevar mujeres al asilo, y nadie más gozaba de este favor, porque el capitán prevenía:

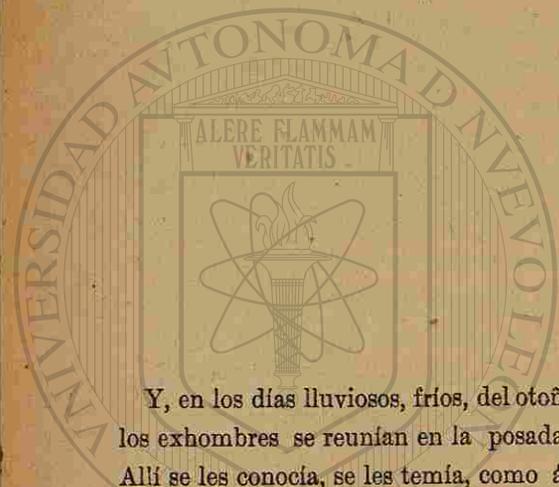
— ¡Nada de mujeres en mi casa!... Las hembras, los comerciantes y la filosofía... Tres causas de mis desdichas. Pegaré al que traiga mujeres, pegaré

también á la mujer... Por filosofar... ¡retorcería el cuello!

Cierto día en que Simtsof, hallándose borracho, saltó á la cabeza del maestro de escuela y le arrancó un mechón de cabellos, de un puñetazo en el pecho, el capitán le tiró á tierra, donde permaneció desvanecido una media hora; y cuando el desgraciado recobró sus sentidos, le obligó á comerse los cabellos. El otro tragó, temiendo se le pegara hasta matarle.

Además de la lectura de periódicos, de las conversaciones y de las riñas, las cartas constituían otra distracción. Para jugar se prescindía de Martianov, quien no podía hacerlo honradamente.

Hablaban de su pasado, pero evocaban raras veces el recuerdo, y siempre en tono burlón... Posible es que tal manera de pensar en su pasado fuese racional; porque, en la mayoría de las gentes, el recuerdo debilita la energía para el presente, minando la esperanza en el porvenir.



Y, en los días lluviosos, fríos, del otoño avanzado, los exhombres se reunían en la posada de Vavilof. Allí se les conocía, se les temía, como á ladrones y belicosos, pero se les apreciaba y se les escuchaba como á inteligentes. La posada de Vavilof era el club de la calle de Entrada, y los exhombres el cerebro del club.

El sábado por la noche y el domingo desde por la mañana hasta la noche, la posada estaba llena, y los exhombres eran bien recibidos. Consigo llevaban, entre los habitantes de aquella calle, aplanados por la miseria y la continua desgracia, su disposición de

espíritu, propia para alegrar la existencia de aquellas gentes gastadas en su carrera tras un pedazo de pan, borrachos parecidos á los habitantes del asilo de Kivalda, y como ellos arrojados del centro de la ciudad. A más de esto, como casi todos los exhombres conocían las leyes, podían dar consejos, redactar una solicitud, ayudar á hurtar impunemente. Todo esto se pagaba con aguardiente y admiración halagüeña por sus habilidades.

La calle se dividía, según sus simpatías, en dos partidos: uno opinaba que el capitán, á más de ser eminente como el maestro de escuela, «era un verdadero guerrero, de inteligencia y valor enormes». El otro estaba convencidísimo de que el Maestro de escuela era superior en todo y para todo al capitán. Los adoradores de Kivalda eran los que conservaban por completo sus esperanzas, el Maestro de escuela era apreciado por las personas más reposadas, por los que esperaban algo vago, siempre ocupados y con el estómago pocas veces lleno.

El carácter del capitán y del maestro de escuela en sus relaciones con la calle se notó claramente en la aventura que apuntamos:

Cierto día en la posada se discutía la decisión del consejo municipal, por la que los habitantes del arrabal venían obligados «á rellenar las hondonadas de la vía pública, sin servirse para ello de estiércol ni de huesos de animales domésticos, sino de arena ó grava recogidas en cualquier obra en construcción».

—¿Dónde ir por esas piedras ó esas arenas? Id todos los de la calle á la ciudad, y demoled el Ayuntamiento. Es tan viejísimo, que para el caso servirá mejor que otro. De este modo contribuiréis doblemente á la obra de embellecimiento de la ciudad, haciendo conveniente vuestra calle y obligando á que se construya otro Ayuntamiento. Podéis tomar los caballos de casa del alcalde; también veréis á sus hijas, tres jóvenes bien constituidas, que servirán divinamente para tirar. Si no... demoled la vieja barraca de Judas Petunnikof, y embaldosad la calle con madera.

Cuando el público rió la proposición, el horticultor Pavluguine, hombre de sentido, preguntó:

—Sin embargo, ¿cómo obrar, capitán? ¿Qué decides?

—¿Yo? Seguid sin menear ni pie ni mano. ¿Que

la lluvia agujerea la calle? ¡Dejad que la agujereel

—¡Hay casas que están prontas á derrumbarse!...

—No las contrariéis... ¡Que caigan! Y si caen, que la ciudad pague un subsidio; si no da nada, reclamación. ¿De dónde viene el agua? ¿De la ciudad? Pues que la ciudad, causante de la destrucción de las casas...

— Se responderá que el agua viene de la lluvia.

—Y sin embargo no caen las casas de la ciudad. Y ésta os despelleja con sus contribuciones, y, cuando se trata de discutir vuestros derechos, ¡ni votar permite en el cabildo! ¡Consume vuestra vida y vuestra propiedad, y encima os ordena hagáis reparaciones! ¡Que por doquiera sea zurrada!

Y la mitad de la calle, convencida por el radical Kuvalda, decidió esperar á que el agua se llevara sus cabañas.

Las personas pacíficas, sensatas, en el maestro de escuela hallaron al hombre práctico, que les redactó una exposición soberbia y persuasiva para el consejo municipal.

La negativa de ejecutar la decisión del consejo estaba allí motivada de una manera tan sólida, que el consejo hubo de ceder. Se concedió al arrabal el de-

recho á apoderarse de los residuos empleados en la reparación del cuartel, y se prestaron, para el transporte, cinco caballos del servicio de bomberos. Hasta se reconoció indispensable colocar, más adelante, á lo largo de la calle, una alcantarilla para la corriente de las aguas.

Esta y otras cosas dieron al promotor inmensa popularidad.

El Maestro de escuela, no contento con esto, en la posada acostumbraba dar lecciones, verdaderas conferencias de moral práctica.

—He visto,—decía dirigiéndose á un pintor de fachadas,—he visto, Iakof, cómo sacudes á tu mujer.

El aludido, gracias al aguardiente, está de un humor diabólico.

—¿Lo viste?—dice—¿Y te agradó?

Ríe el público con reserva.

—No, no me agradó,—responde el maestro de escuela.

El tono de su voz es tan imponente que todo el mundo calla.

—Sin embargo, me parece que no oí mal,—dice el pintor, á guisa de bravata, presintiendo que su

interlocutor le vencerá.—Hoy tiene lo suyo, no se alzaré hoy...

—Y he aquí por qué no me agrada, Iakof... Analicemos á fondo lo que haces y lo que de ello puedes esperar. Tu mujer está encinta, y al golpearla golpeas á tu hijo, puedes matarle, y con él matar á tu esposa, por lo menos hacer que esté enferma... Y las enfermedades piden medicamentos, y los medicamentos exigen dinero. Si tienes la gran suerte de no matar al niño, con seguridad le habrás estropeado, y al mundo vendrá disforme, cojo, manco, jorobado... No te servirá para el trabajo, cosa importantísima para un padre trabajador. ¿Digo verdad?

—Sí,—afirmó el público.

—Mas... esperemos... quizá nada de eso ocurra,—dijo Iakof desconcertado ante la perspectiva del Maestro de escuela.

—Sé, Iakof,—siguió éste,—que no puedes eximirte de pegarle; tienes muchas razones para ello; pero no es el carácter de tu esposa lo que hace que le pegues de modo tan imprudente... todo consiste en tu existencia triste y llena de tinieblas...

—¡Verdad!—exclamó Iakof.—Vivimos, en efecto, entre tinieblas.

—Culpas á tu existencia y la que sufre es tu mujer... el sér que te es más próximo, y sufre sin quejarse, sólo porque tú eres más fuerte que ella. ¡Ya ves si esto es absurdo!

—¿Y qué queréis que yo haga? ¿Acaso no soy un hombre?

—Eres un hombre, mas quiero decirte esto: pégalle, si no puedes evitarlo, pero pégalle con precaución, recuerda que peligra su salud ó la de tu hijo. En general, nunca debe pegarse á las mujeres embarazadas ni en el vientre, ni en el pecho, ni en las caderas... pégalala en la nuca ó en donde haya hueso...

El orador, que ha concluído su discurso, mira al público cual si quisiera pedirle perdón ó interrogarle como un culpable...

El público se agita. Aquella moral de un ex-hombre, moral de taberna y de infortunio, le es inteligible.

Y continúan hablando hasta avanzada hora de la noche.

Fuera se oye la lluvia, el viento... algo que anuncia la proximidad del invierno...

Y al pensar en aquel terrible enemigo, la sed de los habitantes del arrabal se hace mayor, los suspiros se multiplican, las voces se hacen más roncadas, el pensamiento obtuso les aísla... Y de repente se enciende en ellos una rabia de fieras, se despierta una exasperación de gentes acosadas, maltratados por su suerte implacable. Y se golpean los unos á los otros, se golpean cruel, ferozmente; luego, reconciliados, hártanse de nuevo, bebiendo cuanto puede aceptar en prenda el poco exigente Vavilof.

Así pasaban, entre sombríos furores, en una angustia que oprimía sus corazones, en la ignorancia de una salvación... así pasaban los días del otoño, esperando los más duros del invierno.

En semejantes tiempos, Kuvalda les consolaba con su filosofía:

—No os consumáis... todo tiene un fin., que es principal cualidad de la existencia. Pasará el invierno, y tras de él vendrá el verano.

Pero sus discursos nada alcanzaban: un trago de agua la más pura no reanima al hambriento.

El diácono Tarass hacía tentativas para tranquilizar contando cuentos y entonando sus canciones. Tenía mejor aceptación.

En ocasiones causaba una alegría desesperada; se cantaba, se bailaba, se reía á carcajadas, y, por espacio de unas horas, todos parecían locos. Luego...

Luego se recaía en una desesperación de brutos lúgubres, y todos permanecían ante las mesas de la posada, entre el hollín de las lámparas y el humo del tabaco, sombríos, sin ánimos para hablar, cambiando perezosamente algunas palabras, escuchando el rugido triunfal del viento, y pensando en los medios de hartarse con aguardiente, de hartarse hasta perder toda conciencia.

Y todos eran profundamente desagradables el uno al otro, y cada cual guardaba un odio secreto é insensato contra todos los demás.

II

Todo es relativo en este bajo mundo, y posición ninguna es la peor.

Un día, á fines de Septiembre, en un límpido día, el capitán se hallaba, según costumbre, sentado en su butaca de ladrillos, ante la puerta del asilo, y, contemplando el edificio de ladrillos mandado construir por el comerciante Petunnikof al lado de la posada de Vavilof, meditaba.

Aquel edificio debía convertirse en una fábrica de bujías, y desde hacía mucho tiempo lastimaba

el ojo del capitán con sus ventanas y sus andamios.

Completamente roja (hubiérasela creído enjalbegada con sangre) parecía una máquina cruel que aún no funcionaba, pero que abría ya una hilera de bocas profundas, glotonamente abiertas, prontas á engullirse algo, á masticar, á devorar.

La posada de Vavilof, gris, de madera, con su tejado inclinado y cubierto de musgo, se apoyaba en una de las paredes de la fábrica, como parásito que se agrega á algo para chupar.

El capitán pensaba que pronto se empezaría á construir en el lugar donde se alzaba la vieja casa. Se demolería el asilo.

Menester sería entonces buscar otro tabuco, y con dificultad se hallaría tan á propósito y tan barato. Siempre está uno triste cuando ha de abandonar un sitio en el que hizo su nido.

Y necesario sería marchar, sencillamente porque á cierto comerciante se le ocurrió fabricar bujías y jabón.

Y el capitán sentía que, si se le presentaba ocasión, si alguna vez podía perjudicar á aquel enemigo, con inmenso placer amargaría su existencia.

Tiempos atrás, el comerciante Ivan Andreevitch Petunnikof, en compañía de su hijo y de un arquitecto, había estado en el asilo.

Midióse el patio y en el suelo, acá y acullá, se colocaron pequeños trozos de madera, que el capitán mandó arrancar y tirar en cuanto el comerciante se marchó.

Petunnikof había ido á comprar la casa, y, en cuanto vió al capitán, dijo al arquitecto:

—Ese bellaco... ¿es vuestro inquilino?

Y desde entonces había pasado año y medio, y año y medio hacia que aquellos hombres se ofendían cuanto podían.

La víspera del día en que presentamos al capitán ante la puerta del asilo, entre el comerciante y exmilitar había tenido lugar un ligero ejercicio de «Verbos sagrados», como Kuvalda llamaba á sus conversaciones con Petunnikof.

Después de despedir al arquitecto, el comerciante habíase acercado al capitán.

—¿Hete sentado?—le preguntó, tirando de la visera de su gorra, de forma que era imposible comprender si la ajustaba ó quería simular un saludo. ®

—¿Y tú? ¿Marcha eso?—le preguntó en el mismo tono el capitán.

—Necesito dinero, lo cual hace que esto marche. El dinero pide que se le haga entrar en movimiento, y por tal razón le doy vida...

Para excitar un poco al capitán, el comerciante guiña sus ojos de travieso modo.

—No te sirve á tí el rublo, sírvete tú á él,—comenta Kuvalda, luchando con el deseo de dar un golpe en el vientre al comerciante.

—¿Acaso ello no viene á ser lo mismo? Con él, con el dinero quiero decir, todo va bien. Mientras que sin él...

Y Petunnikof, fingiendo compasión de modo desvergonzado, mira al capitán.

El labio de éste tiembla, descubriendo fuertes dientes de lobo.

—Cuando se es inteligente, sin él se puede pasar. Por lo general, el oro llega cuando empieza á huir la conciencia... Cuanto menos de ésta, más de aquél.

—Es justo... Pero también hay personas que no tienen ni dinero ni conciencia.

—¿Así estuviste tú en tu juventud?—pregunta bondadoso el exmilitar.

A su vez tiembla la nariz de Petunnikof, quien replica:

—Yo, en mi juventud, hube de levantar grandísimo peso.

—Lo creo.

—Trabajé... ¡oh, como trabajé!...

—Sí, trabajaste á las gentes hasta desposeerlas.

—¿A las gentes como tú? ¿A los nobles? ¡Puf!... Ningún mal hay en que aprendieran, gracias á mí, á alargar la mano en nombre de Cristo...

—Entonces, ¿no asesinabas? ¿robabas solamente?—corta el capitán.

Petunnikof, que se torna verde, halla necesario cambiar el tema de conversación.

—Eres mal amo de casa; estás sentado, y tu visitante se halla en pie.

—¡Puede sentarse también!—autoriza Kuvalda.

—Pero... es que no hay sobre qué...

—En tierra... La tierra acepta toda podredumbre...[®]

—Tú eres la prueba de ello; pero más vale que te deje, insultador,—dice Petunnikof en tono tranquilo,

mientras sus ojos descargan sobre el capitán un veneno frío.

Y se va, dejando á Kuvalda el agradable sentimiento de que el comerciante le teme.

Si no le hubiese temido, largo tiempo há que hubiérale arrojado de su casa.

¡No lo soporta allí por los cinco rublos!...

Y el capitán experimenta placer mirando la espalda de Petunnikof, que se aleja de allí ientamente. Kuvalda sigue con la vista al comerciante, quien da vueltas en torno de la fábrica, trepa y circula por los andamios.

¡Y siente inmenso deseo de que caiga y se rompa los huesos!

Y sobre su caída se hace ilusiones, basa alegrías... Pero en balde...

Y aquel día, como siempre, el edificio rojo se eleva ante la vista de Kuvalda tan sólido, tan bien construido, tan fuertemente agarrado á la tierra, como si absorbiera ya su jugo.

Y, con sonrisa fría, sombría, en los huecos de sus ventanas, parece querer burlarse del capitán.

El sol vierte sobre él sus rayos con tanta prodigalidad como sobre las disformes casas de la calle.

—¿Y sí?...—exclama mentalmente el capitán, mirando con la vista la pared de la fábrica.—¡Ah! (*Aquí una blasfemia.*) ¡Sí!...

Todo remozado, excitadísimo por su idea, Aristides Kuvalda se levanta de un salto, y se encamina rápidamente hacia la posada de Vavilof, semisonriente y como diciéndose algo agradable.

Detrás de su mostrador, el posadero le acoge amistosamente:

— ¡Deseamos la bienvenida á Vuestra Señoría!

— ¡Yegor! ¿Tienes el acta de propiedad y el plano de tu casa?—pregunta bruscamente el capitán.

— Los tengo.

Vavilof, sospechoso, achicando sus ojos escudriñadores los clava en el exhombre, en quien se puede observar algo insólito.

— ¡Enseñámelos!—exclama el capitán.

— ¿Para qué?—pregunta Vavilof, decidido, ante la actitud de Kuvalda, á mantenerse en guardia.

— ¡Idiota, tráemelos pronto!

Vavilof arruga su frente y mira al techo.

— ¿Dónde escondí yo los tales papeles?...[®]

— ¡Basta de gestos!—dice el capitán.—Tú, anti-

guo soldado, antes debieras ser ratero que farsante, y...

—Pero... Aristides Fomitch... estoy acordándome... quizá se quedaran en el Palacio de Justicia. Cuando iba á entrar en posesión...

—Déjate de mentiras... en tu propio interés, y muéstrame al punto el plano, el acta y cuantos documentos poseas. Posible es que al hacerlo ganes más de cien rublos... ¿Comprendes?

Vavilof no comprende nada, pero el capitán había hablado con tal autoridad, tan seriamente, que el posadero siente gran curiosidad: dice que va á ver si encuentra los papeles, y desaparece.

Al cabo de diez minutos regresa con los documentos en la mano.

—¡Helos aquí! ¡Los encontré!

—¡Polichinela! ¡Decir que fuiste militar!...—añade Kuvalda para avergonzarle.

Y ansiosamente desdobra y examina los papeles, gruñendo, al releerlos, de una manera significativa. Por último, hele que se levanta, dirígese hacia la puerta, dejando los papeles sobre el mostrador, y después de decir al posadero:

—¡No te los lleves aún!

Vavilof dobla los papeles, guárdalos en el cajón del mostrador, cierra con llave, tira para probar si está fuerte la cerradura, y en actitud meditativa se dirige hacia la puerta de la posada.

Ve como el capitán mide la fachada de su propiedad, como hace sonar sus dedos, como de nuevo torna á mirar y á medir, con aire preocupado, pero satisfecho.

El rostro de Vavilof se contrae, luego se ensancha, de pronto se ilumina alegremente.

—¡Cómo no, Aristides Fomitch!... ¡Qué ojo tenéis! Véis á un par de metros bajo tierra,—exclama el posadero con entusiasmo.

De nuevo entran en la posada y siéntanse ante una mesa del aposento de Vavilof. El capitán dice al posadero, sin cesar de beber cerveza á grandes tragos:

—De manera que la principal pared de la fábrica está edificada sobre tu terreno. Obra sin compasión. Vendrá el Maestro de escuela, y él nos hará una queja para el tribunal. Fijaremos el más bajo precio de indemnización, á fin de no pagar muchos derechos de timbre, pero pediremos la demolición. Y como demoler semejante fábrica cuesta carísimo...

habrá arreglo amistoso. Haremos el cálculo de lo que costaría la demolición, analizándolo y apreciándolo todo, y... ¿Qué, justísimo Judas, que diríais si os pidiéramos dos mil rublos?

—¡No los dará!— dijo Vavilof, inquieto, guiñando sus ojos ávidos que brillaban.

—¡Los dará! Remueve un poco tu seso... ¿Qué otro remedio le queda? ¿Demoler?... Pero está en guardia, Jegorka, no te dejes arrollar... ¡Se trata de vender... mas no á vil precio! Se te atemorizará... ¡No temas! ¡Ponte en nuestras manos!

Los ojos del capitán ardían con salvajísima alegría, y el rostro, enrojecido por la excitación, crispábase de modo convulsivo. Atizó la avaricia del posadero, y, habiéndole persuadido de que debía obrar lo antes posible, marchóse de allí triunfante, implacablemente feroz.

Por la noche, todos los exhombres se enteraron del descubrimiento del capitán, y discutieron animadamente la futura conducta de Petunnikof. Se figuraron con vivos colores su admiración, su rabia, el día en que el hujier le presentara la copia de la

queja. El capitán se sentía héroe. Era feliz, y cuantos le rodeaban estaban contentos. Allí todos odiaban á Petunnikof, que les trataba con desprecio siempre que pasaba por la calle.

Y el mal tenía para todas aquellas gentes gran atractivo. Era la única arma apropiada para sus manos y su fuerza. Desde mucho tiempo antes, cada cual había en sí cultivado un sentimiento vago, semiconsciente, una animosidad aguda contra los seres que viven bien; y aquel sentimiento existía, en diferente grado de desarrollo, dentro de cada uno. Y él despertaba en los exhombres un interés ardiente para aquella guerra declarada entre Kivalda y Petunnikof.

Durante quince días, el asilo vivió en espera de nuevos acontecimientos, y durante aquellas dos semanas, Petunnikof no se presentó ni una sola vez ante la construcción. Se aseguró que no estaba en la ciudad y que la copia de la queja no le había sido entregada todavía. Kivalda se enfurecía contra el procedimiento civil.

Por fin, á la caída de la tarde de cierto día, Petunnikof apareció. Llegó en sólido vehículo, con su hijo por cochero. Ataron el caballo al andamiaje; el

hijo sacó del bolsillo una larga cinta, y se pusieron á medir el suelo, ambos taciturnos y preocupados.

—¡Ajá!—profirió triunfalmente Kuvalda.

Todos cuantos estaban en el asilo salieron á la puerta, emitiendo en voz alta sus pareceres sobre lo que ocurría.

—¡Lo que es la costumbre de robar! El hombre se apodera de lo ajeno sin darse cuenta de lo que hace, y cuando se expone á perder más de lo que roba—compadecía el capitán, provocando en sus amigos la carcajada y observaciones por el estilo.

—¡Eh, mozo mío!—exclamó al fin Petunnikof, saltando al oír sus bromas.—¡Cuidado! ¡Si por tus palabras te citan ante el juez de paz!...

—¿Sin testigos? El propio hijo no puede serlo para el padre,—previno el capitán.

—¡Bien, se verá! Eres un bravo jefe, mas día llegará en que se te pueda concluir.

Y Petunnikof le amenazó con el dedo. Su hijo, muchacho alto y delgado, absorto en sus cálculos, no llegó á fijarse en aquel grupo de haraposos que se reían de su padre. Ni aun miró una vez sola hacia donde estaban.

—¡La joven araña sabe portarse!—dijo un ex-hombre, que observaba al joven comerciante.

Tomadas las medidas necesarias, Ivan Andre-vitch montó, sin decir nada, en su carruaje, y se marchó. Su hijo se dirigió con firme paso hacia la posada de Vavilof.

—¡Oh, oh! ¡es un joven ladrón de carácter decidido! Veamos que sucede.

—Que el joven Petunnikof comprará por nada á Vavilof,—dijo el Desperdicios con seguridad:

—¡Quizá te agradara eso!—preguntó severamente Kuvalda.

—Siempre sentí alegría cuando los cálculos de las personas no se realizan,—explicó gozosamente el Desperdicios, frotándose las manos y guiñando los dos ojos.

El capitán escupió con despecho y nada dijo. Y todos permanecieron á la puerta de la casa semi-arruinada, sin apartar sus ojos de la propiedad de Vavilof. Al cabo de una hora de muda espera Petunnikof hijo salió, igualmente tranquilo que al entrar. Detúvose un instante, tosió, alzó el cuello de su abrigo y se marchó, encaminándose hacia el centro de la ciudad.

El capitán le acompañó con la vista, y, dirigiéndose al Desperdicios dijo, sonriendo amargamente:

—Quizá tengas razón, hijo de fieras... Olfateas todo lo vil... Con mirar la cabeza de ese joven bribón, se ve que ha de haber conseguido cuanto quería. ¡Maldición sobre mí, que no supe arreglar las cosas para que de este modo no concluyeran! Duro me es comprender que he sido un necio... Mas... ¡Sí, la vida va contra nosotros, hermanos míos de la canalla!... Aún cuando escupáis al rostro del prójimo, la saliva caerá sobre vuestros ojos...

Consolado por esta sentencia, el venerable capitán miró á su estado mayor.

Todos estaban desilusionados, porque todos presentían lo ocurrido entre Petunnikof y el posadero, contrario á lo que esperaran. Y se experimentaba despecho. Más doloroso es para un hombre el darse cuenta de que es impotente para el mal, que reconocerse incapaz de hacer bien. ¡Tan fácil y sencillo es causar el mal!

—¿Y bien?... ¿Qué hacemos aquí plantados? Nada tenemos ya que esperar, si no es un trago de vino que yo sacaré á Jegorka,—dijo el capitán, mirando sombriamente hacia la posada.—En cuanto

á nuestra cómoda y pacífica habitación bajo el techo de Judas... desaparece... Lo que tengo el honor de anunciar al departamento de descamisados, á mí confiado...

El Fin rió con risa tenebrosa.

—¿Qué te coje?—le preguntó Kuvalda.

—¿A dónde iré yo á parar?

—Eso, buen amigo, es una gran pregunta. Tú destino responderá,—dijo pensativo el capitán, encaminándose hacia el asilo.

Los exhombres le siguieron perezosamente.

—Veremos llegar el crítico momento,—dijo el capitán,—Cuando á la puerta se nos ponga buscaremos nueva covacha. Mientras tanto, no es cosa de que amarguemos nuestra vida con semejantes preocupaciones. En los momentos críticos, el hombre ha de ser más enérgico... y si de toda su existencia, en junto, se hiciera un momento crítico, si á cada momento debiera temblar el hombre por la integridad de su cabeza, ¡pardiez! ¡mejor sería la vida y más interesantes los hombres! ¡Por lo tanto, que todo vaya al galope, que todo se vaya al diablo es mi deseo! Me agradecería que el mundo entero empezase á arder de pronto, que estallara en menudos pedazos,

con tal que yo muriese el último, después de ver la muerte de toda la humanidad.

—¡Feroz es eso!—dijo el Desperdicios.

—¿Y qué? Yo... soy un exhombre, ¿verdad? soy un reprobado... luego estoy libre de lazos y de trabas, luego puedo burlarme de todo. Por la naturaleza misma de mi existencia, debo dejar a un lado todo lo atrasado... todas las maneras, todos los medios de relación con los hombres de existencia comodona, que me desprecian porque les odio, y debo desarrollar en mí algo nuevo... ¿Has comprendido? ¡Algo tal, que los hombres, que los señores de la vida, que todos los Petunnikof, al ver mi aspecto imponente, tiemblen y experimenten una palpitación y frío en el estómago!

—¡Dios, qué atrevida lengua la tuya!—reía el Desperdicios.

—¡Cállate tú.. miserol!—dijo Kuvalda, mirándole con desprecio.—¿Qué entiendes tú? ¿Qué sabes? ¿Sabes pensar?... Yo si que pensé... y leí libros en que ni una sola palabra comprenderías.

—¡Pardiez!... ¿Acaso me crees capaz de comer sopas con un zapato? Pues bien; aun cuando hayas leído y pensado y aun cuando yo no hiciera nada

de ello, no te hagas la ilusión de que tan lejos estamos uno de otro.

—¡Vete al diablo!—gritó cansado Kuvalda.

Sus conversaciones con el Desperdicios siempre concluían de igual modo. En general, sus frases cuando el Maestro de escuela no estaba presente, no hacían otra cosa, él lo sabía, que apestar el aire, sin atraer sobre él ni la atención ni la alabanza; más... imposible le era no hablar. En aquel momento, después de haber dicho tantas necedades a su interlocutor, sentíase solo en medio de aquellas gentes. Y sin embargo tenía ganas de hablar; por ello preguntó a Simtsof:

—¿Y tú, Alexei Maximovitch? ¿A dónde llevarás tu cana cabeza?

—No sé,—respondió el viejo,—Veremos... Quisiera beber una vez más... una...

—¡Obligación respetable, aunque sencilla!—aprobó el capitán.

Simtsof, tras breve pausa, agregó que se las compendría mejor que todos, porque las mujeres le apreciaban. ®

Y era verdad; el viejo siempre tenía dos ó tres queridas prostitutas; en ocasiones le mantenían va-

rios días seguidos con sus flacas ganancias. Le pegaban, pero él tomaba aquello estoicamente: no podían hacerle mucho daño. Le gustaban de modo apasionado las mujeres, que según refería eran la desgracia de su vida. La intimidad de sus relaciones con ellas veíase confirmada tanto por sus frecuentes enfermedades como por su traje, siempre algo mejor, más limpio que el de todos sus compañeros. Y en aquel momento, sentado en tierra a la puerta del asilo, formando círculo con los otros, se alababa, refiriendo que la Zanahoria habíale invitado, mucho tiempo antes, á que se fuera vivir con ella, cosa que él no hacía, que no había hecho por cariño á los amigos.

Se le escuchaba con interés, y no sin envidia. Todos conocían á la Zanahoria: no vivía muy lejos, en la parte inferior de la colina... y poco hacía que saliera de la cárcel, donde purgara su segundo robo. Era una exnodriza, y una grande y llenísima aldeana de rostro cubierto de pecas y ojos lindos, pero como velados por la embriaguez.

—Miren el viejo diablo!—murmuró el Desperdicios mirando á Simtsof, que sonreía dándose importancia.

—¿Y por qué me aman las mujeres?—prosiguió el viejo.—Porque conozco su alma.

—¿De veras?—interrogó Kivalda.

—Sé inspirarlas compasión. Y una mujer apiadada, degollaría por piedad... Lloro ante ella, pídelo que te mate, se apiadará y te matará.

—¡Yo soy quien matará!—declaró en voz decidida Martianof, riendo con risa siniestra.

—¿A quién?—preguntó el Desperdicios.

—Me es indiferente... A Petunnikof, á Jegorka... á tí, si se terciara...

—¿Por qué?—se informó Kivalda con mucho interés.

—Quiero ir á Siberia... Esto me aturde... es una necia vida... Y allí sabrá uno qué hacer de su existencia.

—¡Ah, sí! Allí se te indicará todo al detalle,—concluyó melancólicamente el capitán.

De Petunnikof, y de la expulsión futura, no se habló. Todos estaban seguros de que la expulsión les amenazaba, y se consideraba superfluo fatigarse discutiendo sobre el motivo.

Habiéndose instalado sobre la hierba del patio, hablaban sin cesar de cien mil cosas, pasando sin

vacilar de un asunto á otro, y concediendo á las palabras del compañero la suficiente atención para que la charla no concluyera. Era fastidioso guardar silencio, y escuchar no era menos cansado. Aquella reunión de exhombres tenía una cualidad: nadie se violentaba para parecer mejor que era, ni excitaba á los demás á semejante esfuerzo.

El sol de agosto alumbraba de modo concienzudo los harapos de aquellas gentes, que le presentaban su espalda y su cabeza mal peinada, mezcla caótica del reino vegetal con el mineral y el animal. En los rincones del patio crecían hierbas lujuriosas, inútiles plantas que alegraban las miradas de aquellas gentes inútiles.

En la posada de Vavilof había sucedido lo siguiente:

El joven Petunnikof entró sin apresurarse, miró á su alrededor, hizo una mueca de disgusto, y levantando su sombrero preguntó á Jegor, que le acogía con saludo respetuoso y sonrisa amable:

—¿Sois vos Jegor Terentievitch Vavilof?

—¡Presente!—respondió el posadero, apoyando

sus dos manos sobre el mostrador, como dispuesto á franquearle de un salto.

—Tengo que hablar con vos,—declaró Petunnikof.

—Lo celebro... ¿Queréis pasar á mi cuarto?

Pasaron y se sentaron.

—Bueno...—fué la primera palabra de Petunnikof.

—Me conoceréis seguramente, y adivinaréis de qué vengo á hablaros,—añadió.

—Supongo que será de la reclamación,—dijo respetuosamente Vavilof.

—Precisamente. Con gusto veo que no andáis con rodeos; pero id derecho al asunto, como hombre de alma recta.—prosiguió el otro animándole.

—He sido soldado,—hizo observar Jegor con aire modesto.

—Cosa que sé. Por tanto, tratemos de nuestro asunto sencilla y francamente; así concluiremos mucho antes...

—Justo.

—Muy bien. Vuestra queja es legal, y ganaréis; creo necesario advertiros esto.

—Mil gracias,—dijo el posadero, disimulando una sonrisa.

—Pero ¿queréis decirme qué necesidad os impe-

lió á hacer conocimiento con nosotros, vuestros futuros vecinos, de un modo tan brusco?

Vavilof se encogió de hombros en silencio.

—Más sencillo hubiera sido ir á encontrarnos, y arreglar el asunto amistosamente... ¿Qué opináis de esto?

—Que seguramente es algo más agradable. Pero aquí hay una cosa... Yo no obré por propia voluntad... se hizo todo por mí... Luego me confesé que hubiera sido mejor obrar de otro modo, pero era tarde.

—Bien. ¿Supongo que os aconsejaría algún abogado?

—Algo por el estilo...

—¡Ah, ah!... ¿Y qué? ¿Pensáis concluir esto amistosamente?

—¡Con mucho gusto!

Petunnikof guardó silencio un momento, contemplándole, y de repente, en tono seco y frío,

—¿Por qué razón lo queréis?— dijo.

Vavilof no esperaba pregunta semejante, y nada supo contestar en los primeros momentos. Según él, la pregunta hecha era ociosa, por consiguiente, al-

zando los hombros con imperiosidad, el posadero se rió en las barbas de Petunnikof.

—Fácil es comprenderlo... Menester es vivir en paz con el mundo.

—No os creo. Ni vos mismo sabéis por qué deseáis arreglaros con nosotros... Yo voy á deciroslo:

El exsoldado se admiró.

—Necesitáis arreglaros con nosotros porque nuestra vecindad os es ventajosa. Y os es ventajosa porque en nuestra fábrica habrá pronto más de cien hombres, que aumentarán andando el tiempo. Si todos entran en vuestra casa á echar un trago, al mes venderéis bastante... Además tenéis posada Sois, me parece, hombre algo listo, y habéis vivido. Calculad las ventajas de nuestra vecindad.

—Es justo,—dijo Vavilof moviendo la cabeza.— Sabía todo eso.

—¿Y qué?

El comerciante elevaba la voz.

—Nada... tratemos amistosamente.

—Me alegro de que tan pronto os decidáis. Preveyéndolo, aquí traigo una declaración en la que retiráis vuestra petición. Leed y firmad.

—No se trata ahora de eso, sino de la indemnización que habéis de darme por el terreno.

—¡Pero si el tal terreno os es á vos inútil!

—Sin embargo, es mío.

—Cierto... ¿Y cuánto deseáis?...

—Pues... lo pedido,—dijo con voz tímida el posadero.

—¿Seiscientos?

Petunnikof se echó á reír.

—¡Vaya una broma!

—Estoy en mi derecho... Puedo exigir hasta dos mil... Puedo insistir para que demoláis. Y es lo que quiero... He ahí la razón porque tan poco es lo pedido. Exijo... ¡qué demoláis!

—¡Vamos!... Probable es que demolieramos, quizá dentro de tres años, después de haceros gastar en el proceso. Y, después de pagar, nosotros tendríamos una taberna y una posada tan buenas como las vuestras... y vos pereceríais como el sueco de Poltava. (1). Pereceríais, padrecito... haríamos lo posible para conseguirlo... Ya podíamos haber dado algún paso... pero ello exige tiempo, y este es pre-

(1) Refrán ruso.

ciosísimo para nosotros. Además, se os compadece. ¿Por qué, sin causa ni razón, privar á un hombre de su pan?

Jegor Terentievitch, con los dientes fuertemente apretados, miraba á su visitante, sintiendo que él era el dueño de su destino. Vavilof experimentó piedad por sí mismo.

—Y, siendo vecino nuestro y viviendo en buena amistad con nosotros, mucho habríais ganado. Hasta nos hubiésemos ocupado de vos. Por ejemplo, os aconsejo establezcáis un pequeño comercio: tabaco, cerillas, pan, pepinos... De todo esto venderíais.

Vavilof escuchaba, y, como muchacho no necio, comprendía que lo mejor era abandonarse á la generosidad del enemigo. En el fondo, por allí debió comenzar, según pensaba. Y, no sabiendo qué hacer de su despecho ó de su rabia, el exsoldado empezó á renegar en alta voz contra Kuvalda.

—¡Maldito borracho!

—¿Habláis del abogado que os redactó la reclamación?—interrogó plácidamente Petunnikof.

Y, con un suspiro, agregó:

—En efecto, os hubiera hecho un gran servicio... si nosotros no nos hubiésemos compadecido.

—¡Ah!—dijo con un gesto desesperado el afligido posadero.—Son dos aquí... El uno lo vió, lo escribió el otro... ¡Maldito redactor!

—¿Qué es eso de «redactor»?

—Escribe en los periódicos... De todo tienen la culpa vuestros inquilinos... ¡Vaya una gente! ¡Despedidles, arrojadles de aquí, por amor de Dios!... ¡Bandidos!... Se imponen á todo el mundo, siempre la agitación en esta calle... Gentes sin fe ni ley... á cada instante puede uno ser robado ó abrasado...

—¿Y quien es ese redactor?—preguntó con interés Petinnikof.

—¿El? ¡Un borracho! Fué maestro de escuela, y se le despidió... Ha bebido de todo... y ahora escribe en los periódicos, redacta reclamaciones. ¡Un mal hombre!

—¡Hum!... ¿Y él compuso la vuestra? Entonces... también será el que escribió respecto á las irregularidades de la construcción. Le pareció que los andamios, ó no sé qué otra cosa, no estaban contruidos como debían.

—El, sí, aquel perro fué! Y luego se alababa por ello. He aquí lo que decía: «Le escocerá á Petunikof.»

—¡Ah! ¿sí?... ¿Y qué? Continuáis deseando acabar de modo amistoso?

—¿De modo amistoso?

El exsoldado inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—¡Oh desgracia! ¡Qué vida de tinieblas ésta nuestra!—exclamó con voz despistada, rascándose la cabeza.

—Menester es instruirse,—le recomendo Petunnikof encendiendo un cigarro.

—¡Instruirse! no se trata de eso, mi buen señor. Carencia de libertad, he aquí lo que hay... ¿Qué es mi existencia? Vivo entre sobresaltos... obligado á mirar siempre atrás, completamente privado de libertad en mis movimientos... ¿Y por qué? Tengo miedo... Ese mono de Maestro de escuela escribe en los periódicos que vendo mala mercancía... viene la revisión sanitaria... pago las multas... A cada instante espero verme asaltado, asesinado, robado por vuestros inquilinos... ¿Qué puedo contra ellos? La policía no les asusta. Hasta estarían contentos si se les apresara: pan gratuito.

—Se les alejará... cuando concluyamos con vos,
—prometió Petunnikof.

—¿De qué modo nos arreglaremos?—replicó Vavilof, ansiosa y sombríamente.

—Decid vuestras condiciones.

—Dadme los seiscientos reclamados.

—¿No tomaríais cien rublos?—dijo el comerciante con tranquilidad.

Observó atentamente á su interlocutor, y, sonriendo dulcemente, agregó:

—No daré un rublo más.

Hecho lo cual se quitó los lentes, poniéndose á limpiarlos con su pañuelo.

Vavilof le miraba con la angustia en el corazón, y penetrándose al mismo tiempo de veneración hacia él. En toda la persona de Petunnikof veía mucha fuerza segura de sí misma y bien disciplinada por la inteligencia. Lo que agradaba más á Vavilof era la manera de hablar de Petunnikof, quien se dirigía á él sencillamente, con pequeñas inflexiones amistosas en la voz, sin darse aires de señor, como con su igual, aun cuando el posadero comprendiera que él, exsoldado, difería mucho de aquel hombre.

Detallándole, admirándole casi, Jegor no pudo

contenerse, y, sintiendo que en él aumentaba una curiosidad ardiente, que por el momento hacía callar á toda otra sensación, respetuosamente interrogó á Petunnikof:

—¿Dónde estudiásteis?

—En el Instituto tecnológico. ¿Por qué?—dijo el otro, levantando sus ojos sonrientes.

—No... por nada... Excusad.

Vavilof inclinó la cabeza y, de repente, exclamó con admiración, con envidia y como inspirado:

—¡He ahí lo que es la educación! En una palabra... la ciencia... ¡es la luz! Y nosotros... como buhos ante el sol. ¡A ciegas!... ¡Tanto peor!... Últimamente el asunto, señoría.

Con gesto decidido se acercó á Petunnikof, y en voz estrangulada le dijo:

—Bueno... ¿Quinientos?

—No más de los cien rublos, Jegor Terentievitch.

Como lamentando no poder dar más, Petunnikof se encogió de hombros, y con su ancha y blanca mano dió un golpecito al posadero.

Pronto terminaron, porque Vavilof avanzaba hacia los deseos de Petunnikof, y éste seguía firme.

Cuando Vavilof hubo recibido los cien rublos y firmado el papel, soltando con rabia la pluma, murmuró:

— ¡Bueno! Ahora he de librarme del batallón dorado... ¡Lo que me van á atormentar aquellos diablos!

— Decídes que os he dado lo que pedíais,— propuso Petunikof.

— ¿Lo creerán? Son unos rateros inteligentes... no más brutos que...

Vavilof se detuvo á tiempo, confuso por la comparación que iba á haber hecho, y mirando asustado al hijo del comerciante. Este fumaba, hallándose completamente absorto en su ocupación. Pronto partió, después de prometer, al despedirse, que demolería el nido de aquellos seres. Vavilof le vió alejarse y suspiró, experimentando inmenso deseo de gritar cualquier insulto á aquel hombre, que con firmísimo paso se alejaba.

Por la noche, Kuvalda presentóse en la posada. Sus cejas estaban fruncidas del modo más severo, y apretaba enérgicamente el puño derecho.

Vavilof avanzó á su encuentro con la sonrisa de un culpable.

— Bueno, digno aborto de Cain y de Judas... ¡cuenta!

— Se ha terminado,— dijo Vavilof.

Y suspiró y bajó la vista.

— Lo creo. ¿Qué dinero recibiste?

— Cuatrocientos rublos sonantes.

— A buen seguro que mientes... Pero tanto mejor para mí... Sin más palabras, Jegorka, el diez por ciento á mí, como inventor, un billete de veinticinco rublos al maestro de escuela, que redactó la reclamación, un cubo de aguardiente para todos, con cantidad suficiente de provisiones para ocho horas.

Vavilof enverdeció, mirando al capitán con ojos extremadamente abiertos.

— ¡Cómo! ¡Bandidaje se llama eso!... Aristides Fomitch, tenga paciencia vuestro apetito hasta la próxima fiesta... ¡Oh, ahora puedo no temeros! En la actualidad...

Kuvalda miró la hora.

— Te concedo, Jegorka, diez minutos de vil charlatanería. Concluye en este tiempo de pecar, y dame lo que te exijo. Si no lo das... ¡ay de tí!... ¿Te ha vendido algo el Fin? ¿Leiste en el periódico el robo en casa de Bassof? ¡Comprendes!... No tendrás tiempo

de ocultar nada... nosotros te lo impediremos... ¡Y esta misma noche!... ¿Comprendes?

—¡Aristides Fomitch! ¿Por qué eso?—gimió el exmilitar.

—¡Sin más palabras! ¿Has comprendido ó no?

Grande, blanco é imponente por la sombría expresión de su rostro, el capitán hablaba á media voz, y su bajo ronco gruñía siniestramente en la posada vacía. Por su doble calidad de antiguo militar y de hombre que nada tiene que perder, Kuvalda asustaba siempre á Vavilof. Y entonces se le ofrecía bajo nuevos aspecto, no hablaba chocante y abundantamente, como de costumbre, y en cuanto decía, en tono de jefe que desea ser obedecido, sonaba una amenaza que era seria. Y Vavilof sabía que el capitán causaría su pérdida, si ello se le antojaba. Preciso érale ceder. Mas, con maliciosa palpitación en el corazón, el exmilitar trataba de evitar aquel castigo.

Exhalando un hondo suspiro, comenzó humildemente:

—A lo que veo, el refrán «Quien quiere engañar se engaña», es justo en ocasiones. Os he contado

mentiras, Aristides Fomitch... queria parecer más listo que soy... Sólo he recibido cien rublos...

—Bueno, ¿y qué?—le interrumpió Kuvalda.

—Y no cuatrocientos, como os dije,—concluyó el otro.—Lo cual significa...

—¡Nada significa! No sé cuando mentiste, si fué entonces ó ahora. Recibiré de tí sesenta y cinco rublos... Soy modesto... ¡Qué!

—¡Dios mío!... ¡Aristides Fomitch, yo siempre atendí cuanto posible me fué á vuestra señoría...

—¡No más palabras, Jegorka! ¡biznieto de Judas!

—Obedezco... daré... mas Dios os castigará por lo que hacéis.

—¡Silencio, átomo fétido en la tierra!—gritó el capitán, que removía unos ojos furibundos.—Bastante castigado estoy por Dios, pues que me colocó en la precisión de verte, de hablarte!... ¡Te aplastaría aquí mismo como á una mosca!

Blandiendo el puño cerrado sobre la nariz de Vavilof, y rechinándoles, mostró en un gesto sus dientes.

Quando partió, el posadero sonrió de través, guiñando precipitadamente sus párpados. Un par de gruesas lágrimas rodaron luego por sus mejillas.

Estaban turbias, y, cuando se ocultaron en sus barbas, otras aparecieron. Vavilof pasó á su aposento, púsose de rodillas ante las imágenes, y mucho tiempo estuvo en tal postura, sin orar, sin moverse, sin enjugar las lágrimas que surcaban sus mejillas morenas y arrugadas.

El diácono Tarass, siempre atraído por los prados y los bosques, habla propuesto á los exhombres que el aguardiente de Vavilof fuera bebido en pleno campo. Pero el capitán y los demás decidieron beberlo en casa, en medio del patio.

—Uno, dos, tres...—contaba Aristides Fomitch.—Somos treces; falta el Maestro de escuela, y alguien á quien se le antoje y seale permitido acompañarnos. Pongamos veinte personas. Dos pepinos y medio por cabeza, una libra de pan y la carne... En cuanto al aguardiente... tocaremos á botella. Y además hay otras frioleras. Se os pregunta: ¿Qué más deseáis, amigos de la canalla? Apresurémonos, pues, á devorar á Jegorka Vavilof, porque esto es su carne y su sangre.

Se cubrió el suelo con restos vagos de algún ves-

tido, se dispusieron las provisiones, y todos se sentaron silenciosamente, reprimiendo con trabajo el ansia de beber que relucía en todos los ojos.

Llegaba la noche, sus sombras descendían, y los últimos rayos del sol caían sobre la casa medio arruinada. El tiempo era fresco y tranquilo.

—¡Comencemos, hermanos!—ordenó el capitán.—¿Cuántas copas tenemos? Seis... somos trece... ¡Alexei Maximovitch, echa líquido!... ¿Está? Bien. Primer pelotón... ¡fuego!

Se bebió, se tosió y se empezó á comer.

—¡Y no está el Maestro de escuela! ¡Tres días ya que no se le ve! ¿Nadie le ha visto?—preguntó Kovalda.

—Nadie...

—No entra esto en sus costumbres... Tanto peor para él. ¡Bebamos nuevamente! Bebamos á la salud de Aristides Kovalda, mi único amigo, que mientras viví no me abandonó ni un solo instante. Aunque ¡llévele el diablo! quizá me hubiese ido algo mejor si él me hubiera privado de su presencia por algún tiempo...

—¡Muy espiritual!—dijo Desperdicios. Y tosió.

El capitán miró á sus compañeros con la conciencia de su gran superioridad, pero nada dijo, porque comía.

Tras la primera copa, los asistentes se animaron de pronto. Tarass y medio expresó el deseo de oír un cuento, pero el diácono discutía con la Bola respecto á la superioridad de las mujeres flacas sobre las gruesas, y no oyó las palabras de su amigo. Desperdicios bromeaba con Tiapa.

- ¡Ya sé, hechicero, donde ocultas tu capital!
- ¡Suerte tienes!—respondía la voz de Tiapa.
- ¿Sabes, viejo mío, que cualquier día te robaré?
- ¡Roba!...

Kuvalda se fastidiaba con aquellas gentes; ni uno solo de ellos era digno de escuchar su elocuencia, ni capaz de comprenderle.

— ¿Dónde estará el Maestro de escuela?—pensó súbitamente en alta voz.

Martianof le miró y dijo:

- Ya volverá ..
- Estoy persuadido de que le veremos volver á pie, no en coche... Bebamos, futuro presidario, á tu porvenir. Si matas á persona de dinero, parte conmigo... Yo, entonces... viejo mío, me marcharé á

América... á las... ¿cómo se dice?... á las... ¿lampas?... á las pampas... Iré allí, donde creceré hasta ser presidente de los Estados Unidos. En seguida declararé la guerra á Europa, y la venceré... ¿Ejército? Compraré hombres... en la misma Europa, en Francia, en Alemania, en Turquía..., y ellos me ayudarán á combatir contra sus familias... Iliá de Murom zurró á los tártaros ayudado por un tártaro.. Con dinero se puede ser un Iliá... y destruir á Europa, y tomar por lacayo á Judas Petunnikof... Que aceptaría... Dadle, si no lo creéis, doscientos rublos mensuales, y os cercioraréis... Pero sería un mal lacayo... porque robaría.

— Además, la mujer flaca es preferible á la gruesa,—decía el diácono,—porque gasta menos, tanto en vestir como en comer.

Tarass y medio se echó á reír á modo de excusa, volvió la cabeza hacia el diácono, le miró con su ojo único, y declaró en tono confuso:

- Yo también tenía una mujer...
- ¡Eso puede ocurrirle á todo el mundo!—observó Kuvalda.
- Era flaca, pero comía mucho. Hasta murió de esto...

—¡Mentira! Tú la envenenaste, tuerto.

—¡No, por Dios! Comió demasiado arenque...—
continuó Taras y medio,—y..

—¡Te repito que tú la envenenaste!—insistió
Desperdicios con seguridad.

Solía ocurrirle, cuando decía cualquier absurdo,
que, sin razón alguna en apoyo de su afirmación, la
repetía tenazmente; al principio hablaba en tono
puerilmente caprichoso, que gradualmente subía
hasta la rabia.

El diácono se encargó de la defensa de su amigo.

—No, no pudo envenenarla, pues que motivos no
tenía para hacerlo...

—¡Yo afirmo que la envenenó;—dijo Desperdicios
con voz aguda.

—¡Silencio!—amenazó el capitán.

El fastidio se transformaba en él en cólera in-
quieta. Miró á sus compañeros con ojos furibundos,
y no hallando en sus rostros, ya de medio borrachos,
nada que pudiera exaltar aquel furor, dobló el cue-
llo sobre el pecho, permaneciendo de aquel modo
unos instantes, y en seguida se echó en tierra, con
la mirada fija en el cielo.

Meteoro comía pepinos. Martianof estaba inmó-

vil, tumbado en tierra, y sin cesar de mirar al jarro
del aguardiente, ya casi libre de los diez litros que
encerrara. Tiapa miraba al cielo, mascullando len-
tamente un trozo de carne que resistía á sus viejos
dientes. Desperdicios estaba echado de bruces en el
suelo y tosía, con estremecimientos de su cuer-
pecillo. Los demás, disformes, silenciosos, lúgu-
bres, estaban sentados ó echados. Sus actitudes y
sus harapos les hacían asemejarse á horribles ani-
males, creados por cualquier potencia fantástica y
grosera para ridiculizar al hombre. El diácono can-
taba, y al cantar abrazaba á Alexei Maximovitch,
que le sonreía beatíficamente.

Era de noche. En el cielo se inflamaban poco á
poco las estrellas; arriba, en la colina, los mecheros
de gas brillaban. Hacia la parte del río resonaban
los silbidos de los barcos de vapor; la puerta de la
posada de Vavilof se abría con chirrido penetrante.
Dos rostros sombríos entraron en el patio, se apro-
ximaron al grupo de hombres, y uno de ellos dijo
con voz ronca:

—¿Bebéis?

Y agregó el otro á media voz y con alegría:

—¡Mira los diablos!

Luego avanzó una mano por encima de la cabeza del diácono, tomó el cacharro del aguardiente, y el glu glu del líquido al ser echado en un vaso se dejó oír. Luego se tosió ruidosamente.

—¡Lo que uno se aburre!—exclamó el diácono.—
¡Eh, tuerto! Recordemos el viejo tiempo, cantemos.

«Super flúmina Babylonis...»

—¿Y qué sabe él de eso?—murmuró Simtsof.

—¿El? Viejo mío, fué solista en la capilla del arzobispo. ¡Eh, tuerto!

«Su-uper flu-umina...»

Envuelta en tinieblas, la casa abandonada parecía más larga; era como si la masa toda de su madera medio podrida hubiérase acercado á aquellos hombres, cuyos aullidos salvajes despertaban en ella un eco sordo. Una nube vaporosa y negra avanzaba

lentamente en el cielo, precisamente por encima del edificio. Roncaba cualesquiera de los exhombres. Los demás, aun no bastante ebrios, bebían y comían en silencio, ó hablando á media voz, con largas pausas. Cosa extraña era aquel abatimiento en un festín tan raro, por su profusión de líquido claro y de comestibles. No se sabe por qué, la turbulencia desenfrenada de los habitantes de la pajarera tardaba mucho en encenderse.

—Vosotros, perros... ¡cesad unos momentos de aullar!—dijo el capitán, alzando la cabeza y escuchando.—Alguien se acerca... en coche.

Un vehículo de este género en tal calle, á tal hora, por necesidad había de llamar la atención.

Los exhombres alzaron la cabeza y escucharon. Se distinguía claramente, en el silencio de la noche, el rodar de un coche que se acercaba.

Se oyó una voz, que preguntaba groseramente:

—Bueno... ¿dónde está eso?

Alguien respondió:

—Allí... hacia aquella casa.

—No iré más lejos...

—¡Eso es por nosotros!—dijo el capitán.

Se produjo un murmullo inquieto.

—¡La policia!

—¿En coche? ¡Idiota!—dijo sordamente Martianof.

Kuvalda se levantó y se dirigió á la puerta principal.

El Desperdicios, alargando el cuello, escuchaba.

—¿Es este el asilo de noche? preguntó alguien con voz temblona.

—Sí, el asilo de Aristides Kuvalda,—respondió el capitán.

—Bien, bien... ¿Es aquí dónde habita el repórter Titof?

—¡Ajaja! ¿Nos le traéis?

—Sí.

—¿Borracho?

—Enfermo.

—Demasiado borracho, vaya... ¡Eh, tú, Maestro de escuela! ¡En piel!

—Esperad... Voy á ayudaros... Está mal. Le he tenido en mi casa, en cama, un par de días. Cogedle por el sobaco... Le ha visitado el médico... ¡Está muy malo!...

Tiapa se levantó y se acercó á la puerta; el Desperdicios bromeó y bebió.

—¡Eh, los de abajol... Encended la lámpara,—gritó el capitán.

Meteoro fué á la pajarera y encendió. Con ayuda de aquella luz y la de un hombrecillo, el capitán condujo al reporter hasta dejarle echado sobre una de las tablas del interior de la pajarera.

—Hemos trabajado en el mismo periódico... El es muy desgraciado... Yo le dije: «Quedaos en mi casa, os lo ruego; no me molestáis...» Mas él me suplicó: «¡Llevadme á mi casa!» Por esto le he traído... Estamos en su casa ¿verdad?

—¿Luego para vos aun tiene «su casa»?—preguntó groseramente el capitán.—Tiapa, tráeme agua fría.

El hombrecillo se agitaba con embarazo.

—Supongo que sí puedo serle útil...

—¿Vos?

El capitán le examinó con ojo crítico.

El hombrecillo, de rostro hambriento, vestía un poco mejor, sólo un poco mejor que los exhombres.

—No, no se os necesita. Hombres como vos... hay

aquí muchos,—dijo el capitán, dando la espalda al hombrecillo.

El cual se dirigió hacia la puerta, suplicando desde allí.

—Si algo sucediera... comunicadlo a la redacción. Me llamo Rijof... Escribiré un articulito necrológico... por que él... después de todo... fué periodista...

—¡Hum!... ¿Artículo necrológico, decís? ¿Veinte líneas... cuarenta sueldos? Yo haré cosa mejor. En cuanto muera le cortaré una pierna y os la enviaré a la redacción. Esto os aprovechará más que un articulito necrológico... Os durará perfectamente unos cuatro días.. porque sus piernas son gruesas... Ya que os le comisteis cuando vivo, también os le embutiréis después de muerto...

El hombre relinchó de un modo extraño y desapareció. El capitán se sentó en la tabla, junto al cadáver del Maestro de escuela, le palpó la frente y el pecho y le llamó:

—¡Felipe!

La voz, después de haber resonado sordamente entre las sucias paredes del asilo, se extinguió.

—¡Esto es absurdo, viejo mío!—dijo el capitán,

quien alisaba los cabellos del Maestro de escuela, inerte.

Kuvalda escuchó después su respiración ardiente y entrecortada, examinó su rostro arrugado y color tierra, suspiró, y, frunciendo severamente las cejas, miró a su alrededor. La lámpara era lamentable: su llama vacilaba, y, en la pared de la pajarera, negras sombras bailaban en silencio.

Tiapa llegó con un cubo de agua, le dejó sobre la tabla, junto a la cabeza del Maestro de escuela, y, tomando su brazo le alzó, moviéndole en la mano, cual si quisiera calcular su peso.

—¡No hace falta el agua!—dijo el capitán.

—Lo necesario es un sacerdote,—murmuró el trapero.

—¡No tan necesario!—decidió Kuvalda.

Permanecieron un momento sin decir nada, mirando al Maestro de escuela.

—¡Bebamos una copa, viejo diablo.

—¿Y él?

—¡Qué remedio!

Tiapa volvió la espalda al enfermo, y todos salieron al patio, dirigiéndose hacia donde estaban los demás.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Desperdicios.

El capitán no respondió; bebía en aquel momento.

—¡Ni que hubiera sabido que teníamos con que hacer fiesta en su honor!—dijo el Desperdicios encendiendo un cigarrillo.

Alguien se echó á reír; alguien suspiró profundamente. Pero la conversación entre el Desperdicios y el capitán no impresionó visiblemente á la mayoría de aquellos hombres; no se notó que conmoviera, interesara ó hiciera pensar á nadie. Todos miraban al enfermo como á hombre poco ordinario, pero la mayoría estaban borrachos, y los demás, aun que tranquilos, extraños á cuanto ocurriera. Sólo el diácono, de repente, haciendo un violento esfuerzo, removió los labios, se frotó la frente y gritó, en tono salvaje:

—*Pax hominibus bonæ voluntatis!*

—¡Tú!—silbó el Desperdicios.

—¿Qué es lo que ladras?

—¡Rómpele la garganta!—dijo el capitán.

—¡Idiota!—murmuró Tiapa.—Cuando un hombre agoniza, es menester callar... ¡Reine el silencio!

El silencio reinaba casi por completo, la bóveda celeste se cubría de nubes que prometían lluvia, y

en las tinieblas sombrías de una noche de otoño estaba envuelta la tierra. De vez en cuando resonaba el ronquido de los borrachos, el *glú glú* del aguardiente que se vertía, la ruidosa masticación. El diácono murmuraba. Las nubes estaban tan bajas, que parecía iban á barrer el techo de la casa, á derribarla sobre aquel grupo de hombres.

—¡Ah!... ¡cual duele el corazón cuando se muere un íntimo amigo!—tartamudeó el capitán.

E inclinó la cabeza sobre el pecho.

Nadie le respondió.

—Era el mejor de todos... el más inteligente, el más noble... La compadezco.

—*De pro o ofundi is!*... ¡Tu, canalla tuerto, cantal!—gritó el diácono, codeando á su buen amigo, que dormía junto á él.

—¡Calla!... ¡Eh, tú!—silbó furiosamente el Desperdicios.

—Voy á hacerle pedazos la cabeza,—propuso Martianof incorporándose.

—¡Ah! ¿no duermes?—dijo el capitán con extraordinaria dulzura.—¿Oíste? El Maestro de escuela...

Martianof se agitó en tierra, se levantó, miró ha-

cia la pajarera, por cuyas ventanas salía la luz, y, sin decir palabra, se acercó al dueño del asilo.

—¿Un trago? —le ofreció éste.

Bebieron.

—Voy á ver...—dijo Tiapa.—Quizá necesite algo.

—Necesita un ataúd,—bromeó el capitán.

—No habléis de eso,—suplicó el Desperdicios en voz baja.

Tras de Tiapa, el Meteoro se levantó. También quiso hacerlo el diácono, pero cayó, jurando al propio tiempo de intentarlo.

Cuanto el traperero se marchó, el capitán dió un golpecito en el hombro de Martianof y comenzó á hablarle en voz baja:

—Tú, Martiano, debes sentirlo más que los otros... Tú eras... ¡Pero al diablo todo esto! ¿Compadeces á Felipe?

—¡No! ¡Ya no siento nada de esto, he perdido lo costumbre! Me disgusta vivir de este modo... Hablo seriamente cuando digo que mataré á alguien.

—¿Sí?—replicó vagamente el capitán.—Bueno... ¿otro trago?

—Necesitamos bien poco... beber un trago... uno más...

Por espacio de tres minutos reinó un silencio lúgubre, lleno de espanto misterioso, como aquella noche de otoño. Alguien cuchicheó luego.

—¿Qué?—preguntó de pronto en alta voz.

—Digo que era un buen hombre... una gran cabeza... ¡Y tan cariñoso!—se responde á media voz.

—Sí... y además .. tenía dinero... y no era miserable para los amigos.

De nuevo reinó el silencio.

—¡Muere!

Este grito de Tiapa repercutió sobre la cabeza del capitán.

Aristides Fomitch se levantó, y, afianzándose en sus pies con una firmeza exajerada, se encaminó hacia el asilo.

—¿A qué vas?—le preguntó Tiapa.—No vayas. Piensa que estás borracho... que haces mal.

El capitán se detuvo y reflexionó.

—¿Y qué es lo que está bien hecho en esta tierra? ¡Vete al diablo!

Y rechazó á Tiapa.

Continuaban bailando las sombras en las paredes del asilo, pareciendo que luchaban en silencio.

Sobre la tabla estaba el enfermo.

El capitán se plantó ante él, cruzó las manos tras de la espalda, y durante un momento le contempló silenciosamente; luego se puso á hablar con dolorido acento.

—Felipe... dime algo... Dile una palabra de consuelo á tu amigo... á mí, hermano, que te aprecio... Todos los hombres son brutos, tú fuiste para mí un verdadero hombre... aunque borracho... ¡Ah, cómo bebías aguardiente, Felipe! Y es lo que te ha perdido. ¿Y por qué? Necesario era saberse dominar... y hacerme caso. ¿No lo te decía?

La fuerza misteriosa, la universal destructura llamada muerte, como ofendida por la presencia de aquel hombre ebrio ante el acto tenebroso y solemne de su lucha con la vida, decidió acabar cuanto antes su trabajo impasible, y, suspirando profundamente, el Maestro de escuela gimió, tuvo una sacudida, se estiró y quedó inmóvil.

El capitán osciló sobre sus piés, luego siguió hablando.

—¿Qué tienes? Te traeré aguardiente... ¿Quieres? ¡Preferible es no beber, Felipe! ¡Contente, necesario es vencer!... No obstante, si lo deseas, bebe un trago. ¿Para qué contenerse, hablando francamente?

¿Con qué objeto, Felipe? ¿No es verdad? ¿Con qué objeto?

Cogió una de sus piernas y tiró de ella hacia sí.

—¡Ah! ¿estás dormido? Bien... duerme... ¡Buena noche! Mañana te explicaré esto, y convendrás en que es preciso no privarse de nada. Ahora .. duerme... si no estás muerto...

Salió, acompañado por el silencio, y, al llegar junto á los otros, declaró:

—Está dormido... ó muerto... no sé... me siento algo borracho.

Tiapa se encorvó más, haciendo sobre su pecho la señal de la cruz. Martianof se tumbó en el suelo. Meteoro empezó á llorar dulce y quejosamente, como mujer á quien se pega. El Desperdicios dijo á media voz, en tono de cólera y de angustia:

—¡Qué el diablo os lleve á todos, verdugos!... ¡Está muerto! ¿Y qué? Y yo... ¿para qué necesito saber eso? Cuando la hora me llegue, yo también moriré... no peor que él. Yo no soy más malo que los otros.

—¡Es justo!—agregaba el capitán,— Llegará la hora, y nosotros moriremos no peor que los demás. No importa que nuestra vida sea como es. ¡Morire-

mos cual los demás! Este es el verdadero fin de la existencia, crédmelo bajo mi palabra. Porque el hombre vive para morir. Y siendo así... ¿no es indiferente el modo como muriera, la vida que vivió? ¿Cierto, Martianof? Bebamos, pues, ¡bebamos mientras vivamos!

Empezaba á caer la lluvia. Tinieblas espesas, asfixiantes, cubrían á aquellas personas que se arrastraban sobre la hierba, amontonándose en su sueño ó en su embriaguez. Al caer sobre el tejado de cinc del asilo, las gotas de lluvia sonaban tímidas é indecisas. De lo alto de la colina, de la ciudad, partían campanillazos raros y melancólicos: se velaba en una iglesia.

El sonido cobrizo, huyendo del campanario, nadaba en la obscuridad para morir poco á poco en ella; mas, antes de que las tinieblas tuvieran tiempo de ensordecer la última nota, tembloroso suspiro, nacía ya otro golpe, y otra vez se esparcía en el silencio de la noche el melancólico gemido del metal.

Por la mañana, Tiapa fué el que primero despertó.

Persignándose y levantándose sobre un codo, miró acá y acullá para saber si aun quedaba aguardiente. El jarro estaba allí... vacío. Pasando por encima de sus compañeros, Tiapa fué examinando todas las copas. Descubrió una casi llena, la bebió, se enjugó los labios con la manga y dió un golpe en la espalda al capitán.

—Levanta... ¡Ohé!... ¿Oyes?

El capitán alzó la cabeza y le miró.

—Hay que ir á avisar á la policía. Vaya, levántate.

—¿Qué?—preguntó el capitán con voz adormecida.

—Que ha muerto.

—¿Quién?

—¡El sabio!

—¡Felipe! ¡Ah, sí!

—¿Lo olvidaste?—graznó Tiapa en són de reproche.

El capitán se levantó en un bostezo sonoro, estirándose hasta hacer crujir sus huesos.

—Bien; ve, avisa.

—No iré... Me agradan poco los tales.

—Despierta al diácono... Por mi parte, voy á verle.

—¡Levanta, diácono!

El capitán entró en la pajarera y se colocó á los pies del muerto, suspirando al recordar que por espacio de tres años habían vivido juntos.

Entró Tiapa, sentándose al otro lado de los pies del cadáver. Mirándole murmuró:

—Sí... está muerto... Yo también moriré no tardando mucho.

—Hora es,—dijo el capitán.

—Sí, es hora,—consintió Tiapa.—Y tú también debías morir ya... Preferible es morir á arrastrarse de este modo.

—Quizá fuera peor. ¿Qué sabes tú?

—No, no sería peor.. Muriendo, solamente con Dios tendrás que habértelas... Aquí... con los hombres... ¿Y qué son los hombres?

—No tanta queja.—interrumpió Kuvalda con cólera.

Reinó imponente silencio.

Mucho tiempo permanecieron á los pies del cadáver, mirándole de vez en cuando, ambos sumidos en sus pensamientos. Luego preguntó Tiapa:

—¿Le enterrarás tú?

—¿Yo? No. Que la policía le entierre.

—Entiérrale tú... que tomaste de Vavilof lo que le pertenecía por la reclamación... Yo daré más... si no hay bastante.

—Si tengo su dinero... mas no le enterraré.

—Mal hecho está eso. Robas á un muerto... Diré á quien quiera oirme que le soplas su dinero.

—¡Eres un necio, viejo diablo!—dijo el capitán en tono despreciativo.

—No soy necio... Te repito que no está...

—¡Bien, déjame en paz!

—¡Ved esto! ¿y cuánto tiene?

—Un billete de veinticinco,—dijo distraído el capitán.

—¡Oh, la, la, la! Ya podías darme uno de cinco.

—¡Qué canalla eres, viejo!—profirió el capitán mirándole con indiferencia.

—Bien. Dame lo que te digo.

—¡Vete al diablo!... Con su dinero le construiré un monumento.

—¿Qué hará de él?

—¡Un monumento pesadísimo!

—¿Para qué? ¡Vaya unas ideas las que tienes!

—¡A ti nada te importa!

—Cuidado... ¡qué hablaré! —amenazó Tiapa.

Kuvalda le miró con ojo lúgubre y se calló. Y nuevamente reinó largo silencio, que, donde hay muertos, toma siempre un carácter solemne y misterioso.

—¿Oyes?... ¡Vienen! —dijo Tiapa.

Y se levantó y salió de la pajarera.

Pronto se presentaron en su interior el comisario de policía, el juez de instrucción y el médico. Los tres, á su vez cada uno de ellos, se acercaron al Maestro de escuela, y luego de mirarle se retiraron, mirando de reojo y con desconfianza al capitán.

Este, ni aún se había fijado en ellos, cuando el comisario, indicando con el gesto al Maestro de escuela, preguntó:

—¿De qué ha muerto?

—Preguntádselo... Creo que por falta de costumbre...

—¡Cómo! —preguntó el juez de instrucción.

—Digo que, á mi entender... ha muerto por no hallarse acostumbrado á la enfermedad que le mató...

—¡Hum!... ¡Sí! ¿Llevaba algún tiempo enfermo?

—¿Si le trasladásemos aquí? No se ve nada ahí dentro, —propuso el médico en tono de fastidio. — Quizá tenga señales...

—Id en busca de alguien que le transporte, —ordenó á Kuvalda el comisario.

—Llamad vos mismo... A mí no me molesta donde está, —replicó el aludido.

—¡Arre! —gritó el policía, haciendo una mueca furiosa.

—¡Só! —respondió Kuvalda sin moverse, con insolencia fría y enseñando los dientes.

—¡Lléveme el diablo! —chilló el comisario, fuera de sí hasta el punto de que su rostro estaba congestionado. —No dejaré pasar esto!... No...

—Muy buenos días, señores... —Dijo con voz dul-

zona el comerciante Petunnikof, que apareció en la puerta del asilo.

Envolviendo en una mirada rápida y penetrante á todo el mundo se estremeció, retrocedió un paso, y, descubriéndose, hizo la señal de la cruz. Luego, en su rostro apareció una malévola sonrisa de triunfo, y, con los ojos fijos en el capitán, le preguntó respetuosamente:

—¿Qué ocurre? ¿Se ha matado á un hombre, según veo?

—Algo por el estilo,—respondió el juez de instrucción.

Petunnikof suspiró profundamente, se persignó por vez segunda y, apenado, se puso á hablar.

—¡Ah, Señor Dios! ¡He aquí lo que temía. Siempre, lo recuerdo, siempre que penetraba aquí, quejas y más quejas... Y uno creía ver cosas... Varias veces pensé arrojar de aquí á ese señor... general en jefe del batallón dorado, mas... ¿qué queréis? Siempre tuve miedo... por que... tal gente... «Quizá sea mejor dejarles» me decía... Mas... no sé...

Trazó en el aire un lento gesto vago, se pasó la mano por la cara, recogió su barba en un puño, y suspirando nuevamente,

—Gentes peligrosas,—dijo.—Y ese caballero es una especie de jefe... de capitán de bandidos.

—Se le palpará un poco,—dijo el comisario con aire que prometía y envolviendo al capitán en una mirada vengativa.—¡Yo también le conozco!

—Sí, sí, viejo mío. Somos antiguos amigos,—afirmó Kuralda en tono familiar.—¡Cuántas veces os unté, á tí como á los tuyos, para haceros callar!

—¡Señores!—exclamó el comisario.—¿Habéis oído? ¡Os ruego lo recordéis!... ¡No dejaré pasar esto! Sabe que te mataré, mi dulce amigo.

—No te alabes tanto al partir para la guerra, mi dulcísimo amigo,—dijo con calma Aristides Fomiloh.

El médico, un joven con lentes, le examinaba curiosamente; el juez con atención de mal presagio; Petunnikof con aire de triunfo, y el comisario gritaba amenazador.

Apareció la sombría figura de Martianof, quien, avanzando dulcemente, se colocó de manera que su barba se encontraba sobre la nuca del comerciante.

Tras de él, un poco al lado, el diácono miraba.

—¡Sin embargo, señores, menester es hacer algo! —propuso el médico.

Martianof hizo una mueca lo más horrible, estornudando de pronto y sobre la cabeza del comerciante. Este exhaló un grito y saltó á un lado.

—¿Véis?—exclamó al propio tiempo.—¡Ya veis qué gentes!

Kuvalda se acaloraba. El médico y el juez reían, y por la puerta del asilo entraban nuevas personas. Rostros medios dormidos, hinchados, cabezas de cabellos alborotados, ojos encarnadísimos, inflamados examinaban familiarmente al médico, al comisario, al juez, al comerciante.

—¡No empujéis de ese modo!—gruñía el agente que acompañara al comisario, tirándoles de los harapos y apartándoles de la puerta.

Pero se hallaba solo, ellos eran muchos, y sin reparar en él se agolpaban silenciosos y siniestros. Kuvalda les miró, miró después á las autoridades, ligeramente intimidadas, y bromeando les dijo:

—Señores... ¿deseáis que os presente á mis inquilinos y compañeros? ¿Lo deseáis? Me es indiferente. Más pronto á más tarde, si continuáis en vuestros puestos, les conoceréis.

El doctor se echó á reír como enfadado. El juez

de instrucción apretó los labios, y el comisario advinó lo que debía hacer: gritó hacia el patio:

—¡Sidorof, silba! Y di al que venga que me envíe una carreta.

—Y yo me retiro,—dijo Petunnikof, saliendo no se sabe de dónde. Ruégoos, señor, que hoy mismo dejéis libre mi propiedad. Voy á derribar esto... Tomad vuestros medidas. De lo contrario... me dirigiré á la policía.

En el patio resonaba el silbido del agente, y á la puerta, en una masa compacta, estaban los ex-hombres, que bostezaban y se rascaban.

—¿Con que no queréis conocerles? ¡Descorteses!—decía Kuvalda riendo.

Petunnikof sacó su bolsillo, de él dos sueldos, y haciendo la señal de la cruz, los depositó á los pies del difunto.

—¡Dios nos bendiga! Para la sepultura de los restos del pecador...

—¡Cómo!—vociferó el capitán.—¡Tú!... ¿para la sepultura? ¡Coge eso al momento! ¡Que lo cojas te digo!... ¡Canalla! ¡Osas dar sueldos robados para la sepultura de un hombre honradísimo!... ¡Voy á hacerle polvo!

—¡Señoría! — gritó el comerciante espantado, asiendo por el codo al comisario.

El médico y el juez echaron á correr; el comisario llamó á gritos:

—¡Sidorof, ven!

Los exhombres se amontonaron á la puerta, formando una pared; sus ojos se animaron al presenciar aquella escena; miraban y escuchaban.

Kuvalda blandió el puño sobre la cabeza de Petunikof.

—¡Vil y ladrón! ¡Toma tu dinero! Infame criatura... tómale, te repito, si no quieres que tus sueldos se introduzcan en tus ojos. ¿Oyes? ¡Que le cojas!

Petunikof avanzó una mano hacia la ofrenda, y, cubriéndose con la otra contra el puño de Kuvalda, dijo:

—Sed testigos, señor comisario, y vosotros, buenas gentes.

—Nosotros, comerciante, no somos buenas gentes,—dijo el Desperdicios.

—¿Quieres, sucia víbora, que te haga abrazar los pies de ese cadáver? ¿Lo deseas?

Y, asiendo á Petunikof del cuello de su abrigo,

Kuvalda le echó á rodar, cual si fuera un gato, hacia la puerta.

Los exhombres se apartaron para dejarle sitio donde caer. Petunikof aullaba de espanto y de furor:

—¡Se me mata! ¡Socorro! ¡Se me ha matado!

Martianof alzó un pie sobre la cabeza del comerciante. El Desperdicios, con expresión voluptuosa, escupió en el rostro á Petunikof. Éste se hizo una pelota, y con ayuda de las manos y de los pies echóse al patio, entre las carcajadas de los exhombres.

En el patio aparecían ya dos agentes; el comisario, designándoles á Kuvalda, dijo en tono de triunfo:

—¡Detenedle! ¡Atadle!

—¡Atadle, palomas mías!—suplicaba Petunikof.

—¡No me toquéis! ¡No pienso huir! Iré adonde se me ordene,—decía el capitán, quien rechazaba con el gesto á los agentes.

Los exhombres se eclipsaron uno á uno. La carreta entró en el patio. El maestro de escuela fué arrastrado fuera de la pajarera.

—Ya verás, palomo...—amenazaba el comisario.

—¡Verás dentro de un rato!

—¿Qué hay, jefe?—preguntaba Petunnikof, todo excitado y feliz viendo sujeto al capitán.

Este se callaba. Permanecía entre dos agentes, espantoso y recto, mirando como el cadaver era conducido hacia la carreta.

—¡Lleváosle!—mandó el señor comisario designando al capitán.

Sin protestar, Kuvalda se dirigió hacia la salida, y al pasar por delante del cadaver inclinó la cabeza. Pero no le miró. Martianof, con todo el rostro petrificado, echó á andar tras de él. El patio se vació rápidamente.

El cochero movió las riendas.

La carreta se puso en movimiento. El Maestro de escuela, semicubierto por vagos harapos, estaba echado de espalda; su vientre temblaba. Parecía que sonriera dulcemente y con satisfacción, feliz porque salía de la pajarera para no volver á ella nunca, ¡nunca! Petunnikof, acompañándole con la vista se persignó compunciosamente, luego sacudió el polvo de la gorra y se limpió todo su traje. Y á medida que el polvo desaparecía de la ropa, una expresión tranquila y satisfecha, de confianza en sí mismo, esparciase por su rostro. En el patio podía

ver á Aristides Fomitch, ambas manos sujetas á la espalda, grande, canoso, con un casquete de galón rojizo, semejante á una raya de sangre... El capitán marchaba en silencio.

Petunnikof sonrió con gesto de vencedor; quiso retroceder hacia la pajarera, mas se detuvo de pronto, estremeciéndose. A la puerta, frente á él, con un bastón en la mano y un saco á la espalda estaba un viejo espantoso, cuyos harapos cubrían un cuerpo largo, aunque encorvado por el fardo, con la cabeza baja, cual si quisiera acometer al comerciante.

—¿Qué quieres?—exclamó Petunikof.—¿Quién eres?

—Un hombre,—respondió una voz sorda y burlesca.

Aquello agradó á Petunnikof y le tranquilizó. Hasta pudo sonreír.

—¡Un hombre! ¡Qué gracial... ¿Acaso hay hombres así?

Apartándose dejó pasar al anciano, que caminaba rectamente hacia él y murmuraba sordamente:

—Les hay variados... á voluntad de Dios. Y peores que yo les hay... ¡peores, sí!

El cielo sombrío miraba al patio sucio y al hom-
brecillo de la barba puntiaguda, que caminaba, mi-
diendo el suelo con sus pasos y con sus ojillos agudos.
En el tejado de la vieja casa, una corneja graznaba
solemnemente.

Había en las nubes grises y severas que cubrían
el cielo algo tirante, implacable... como si quisieran
morir y esparcirse en lluvia iorrencial, con el pro-
pósito firme de limpiar de lodo esta tierra de des-
gracia, de torturas y de tristeza...

LOS AMIGOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El cielo sombrío miraba al patio sucio y al hom-
brecillo de la barba puntiaguda, que caminaba, mi-
diendo el suelo con sus pasos y con sus ojillos agudos.
En el tejado de la vieja casa, una corneja graznaba
solemnemente.

Había en las nubes grises y severas que cubrían
el cielo algo tirante, implacable... como si quisieran
morir y esparcirse en lluvia iorrencial, con el pro-
pósito firme de limpiar de lodo esta tierra de des-
gracia, de torturas y de tristeza...

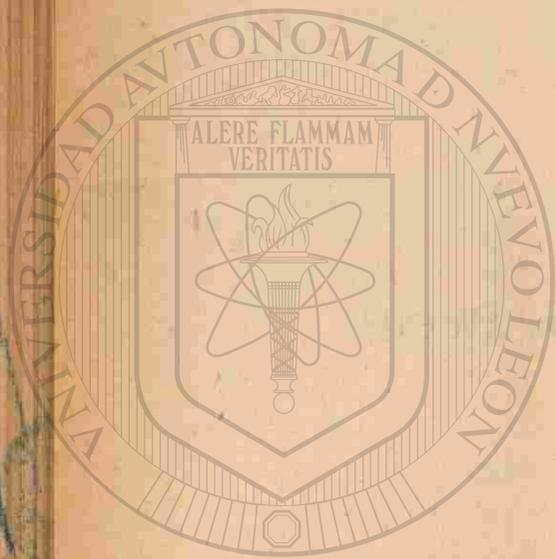
LOS AMIGOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Se llamaba el uno de ellos *Esperando*, y el otro, *Danzarín*, y he aquí cuál era su posición social: ladrones.

Habitaban en un extremo de la ciudad y en el barrio que se extendía a lo largo de la torrentera, en una de esas feas chozas de madera medio podrida, embadurnadas de greda, y que parecían montones de escombros que hubiesen arrojado de la pendiente abajo.

Los amigos iban a ejercer su profesión a los pueblos vecinos de la ciudad, porque en ésta era difícil robar, y en el barrio no había nada de que echar mano.

Ambos eran mozos inteligentes y modestos: se apropiaban un retazo de tela, una chamarreta, un

hacha, los arreos de un caballo, una camisa ó una gallina, y no volvían en mucho tiempo al barrio en que habían realizado la fechoría. No obstante tan prudente manera de obrar, los aldeanos los conocían bien y les anunciaban que los molerían á palos en la primera ocasión que se les presentase para ello; pero aquella ocasión favorable no se presentaba, y los huesos de los dos amigos permanecían intactos después de seis años de amenazas por parte de los aldeanos.

Danzarín era hombre de unos cuarenta años, de alta estatura, corcovado, enjuto y con la piel surcada de venas. Andaba con la cabeza inclinada hacia el suelo, con sus manos largas juntas por detrás, sin apresuramiento, pero con paso largo, y al andar, lanzaba de reojo á uno y otro lado, miradas inquietas y escrutadoras, guiñando los ojos con aire preocupado: llevaba el pelo corto, la barba afeitada, gran bigote gris que parecía erizarse de cólera y que le cubría la boca, dando á su rostro una expresión ruda. Indudablemente se le había roto ó dislocado la pierna izquierda, y se le había soldado de tal modo, que se le había quedado más larga que la derecha. Cuando la levantaba para andar, danzaba en el aire

de tal manera, que aquella particularidad le había granjeado el apodo por el cual se le conocía.

Esperando tenía unos cinco años más que él y era más corto de estatura, pero más ancho de espaldas. Tosía con frecuencia de una manera sorda, y su rostro de grandes pómulos, macilento, poblado de larga barba negra que empezaba á ponerse gris, era de color amarillento y enfermizo. Tenía grandes ojos oscuros que miraban tímidamente. Al andar plegaba los labios en forma de corazón y silbaba por lo bajo una canción monótona, triste, y siempre la misma. Llevaba un traje corto de harapos multicolores; traje algo parecido á una chaqueta colchada.

Danzarín usaba una chamarreta gris sujeta con un cinturón.

Esperando era un lugareño: su camarada, hijo de un sacristán, había sido en otro tiempo ayuda de cámara y marcador. No se le veía nunca al uno sin el otro y los aldeanos decían al verlos:

— Ya han vuelto de nuevo los amigos: hay que estar con cuidado.

— ¡Vaya unos demonios!

— ¿No se reventarán algún día?

Y los amigos echaban por algún camino vecinal,

mirando con cuidado en torno suyo y evitando los encuentros. Esperando tosía y entonaba su canción, y la pierna de su camarada danzaba por el aire como si se quisiera arrancar y huir del peligroso camino que seguía su dueño. En el lindero del bosque, dentro de los centenos, hablaban muy bajito, y discutían acerca de lo que podrían robar fácilmente para procurarse el sustento.

En invierno, hasta los lobos, mejor dispuestos que los dos amigos a luchar por la existencia, viven mal. Flacos, hambrientos y enfurecidos, van por los caminos: por más que se les puede matar, se les teme: tienen garras y dientes para defenderse, y sobre todo, nada los entenece ni ablanda. Esto es muy importante, porque, para vencer en la lucha por la existencia, el hombre necesita tener, ó mucho talento, ó un corazón de roca.

El invierno era muy duro para los dos amigos: iban con frecuencia a mendigar por las calles de la ciudad, procurando esquivar los ojos de la policía. Rara vez robaban algo. En cuanto a merodear alrededor de los pueblos, tenía muchos peligros, porque hacía mucho frío y la nieve conservaba las huellas de su paso. Los camaradas derrochaban sus

fuerzas físicas para combatir el hambre, y es posible que nadie aguardase con más impaciencia que ellos la entrada de la primavera.

Pero llegaba ésta, y los amigos, escualidos y enfermos, salían de su madriguera; miraban con júbilo los campos en que la nieve se fundía más de prisa por momentos y dejaba ver la tierra parda; las charcas brillaban como espejos, y los arroyos susurraban alegremente. El sol prodigaba á la tierra sus caricias desinteresadas, y los dos amigos se calentaban á sus rayos hablando del tiempo en que, seca ya la tierra, pudieran ponerse de nuevo en campaña. Frecuentemente Esperando, que padecía de insomnios, despertaba muy temprano á su compañero, y le decía con acento alegre:

—Vamos: levántate, que ya han llegado las cornejas de pico blanco.

—¿Las cornejas?

—Palabra: escucha como chillan.

Y saliendo de su huronera, miraban largo rato y con atención á las negras mensajeras de la estación primaveral; diligentemente dedicadas á fabricar

nuevos nidos ó á reparar los antiguos, llenando el aire con sus gritos penetrantes y recelosos.

—Ahora deben venir las alondras,—dijo una mañana Esperando;—y se dedicó á preparar un bramante viejo y medio podrido.

Cuando llegaron las alondras, los amigos se fueron al campo y tendieron la red en un sitio en que no había nieve, y corriendo luego por los campos húmedos y sucios, echaron hacia el lazo las alondras, hambrientas y fatigadas del viaje inmigratorio, que buscaban su alimento sobre la húmeda tierra, apenas libre de su manto de nieves. Los amigos vendían los pájaros, así cogidos, á cinco ó diez kopeks la pieza. Más tarde y entrada ya la estación, crecía la ortiga, que ellos recolectaban y vendían á los expendedores de legumbres y hortalizas. La primavera les ofrecía diariamente algo nuevo, algo imprevisto, por pequeño que fuese, con que ganarse la vida. Ellos sabían aprovecharlo todo: mimbres, pájaros, setas, fresas... nada perdonaban sus manos. Cuando los soldados se ejercitaban en el tiro al blanco, los amigos reconocían luego el terreno para recoger las balas, que vendían enseguida á doce kopeks la libra. Pero todas aquellas ocupaciones, si

bastaban á que los dos amigos no se muriesen de hambre, no les daban sino muy rara vez la posibilidad de ofrecer buen semblante y de experimentar la agradable sensación que procura un estómago lleno, y menos aun, la actividad que desarrolla la absorción de los alimentos.

Un día de Abril, cuando apenas muestran las ramas de los árboles los botones de sus flores; cuando los bosques parecen sumidos en una claridad azulada, y cuando la hierba despunta ligeramente sobre la superficie de los campos oscuros y grasos inundados de sol, seguían los amigos el camino real fumando cigarrillos de su propia fabricación, y hablando entre sí.

—Cada vez toses más fuerte,—decía Danzarín, advirtiendo así, tranquilamente, á su compañero.

—Importa poco y nada se me da de ello: el sol me calentará y se cuidará de curarme.

—¡Hum!... creo que mejor sería que te metieras en el hospital.

—Quita allá. ¿A que viene eso? Si me he de morir, me moriré.

—Sobre eso, no cabe duda.

El camino que llevaban seguía paralelo á una

larga hilera de abedules que proyectaban sobre ellos la sombra de su tenue ramaje. Los gorriones saltaban por el camino piando con vivacidad.

—Andas mal desde hace algun tiempo,—le dijo Danzarín al cabo de un rato.

—Porque siento opresión al pecho,—replicó Esperando.—Como el aire es pesado y húmedo, me cuesta algun trabajo respirar.

Y deteniéndose, rompió á toser.

Danzarín se detuvo al lado suyo y lo miró vagamente, sin dejar de fumar. Esperando, á quien el acceso de tos ponía convulso, se friccionaba el pecho con las manos: su rostro tomaba el color de la violeta.

—Tengo deshecho el pulmón,—dijo, cuando hubo dejado de toser.

Y prosiguieron la marcha espantando los gorriones á su paso.

—Ahora vamos hacia Muchina,—dijo de nuevo Danzarín, arrojando al suelo la colilla del cigarro y escupiéndolo.—Daremos la vuelta por detrás... quizá encontraremos algo. En seguida nos iremos por el bosque Siwzoff hacia Kusnechika. De Kousnechika volveremos sobre Markovka, y de allí á casa.

—Tendremos que andar unas treinta verstas,—arguyó Esperando.

—Con tal de que nos sirva de algo...

A la izquierda del camino se extendía un bosque, uniformemente sombrío y poco atractivo: ninguna mancha verde atraía la mirada por entre las secas ramas. Por el lindero pastaba un caballejo de pelo largo y erizado, flaco hasta no poder más, marcando su esqueleto las costillas con tanto relieve como los aros de un tonel. Detuviéronse otra vez los compañeros y lo vieron andar con lentitud, bajar los bellos hasta tierra y arrancar y comer la hierba seca con sus gastados y amarillos dientes.

—Está extenuado por el ayuno,—dijo Esperando.

—¡Chiquito, chiquito!

Danzarín trató de acercarse al animal.

El caballo lo miró, meneó negativamente la cabeza, y la bajó de nuevo al suelo.

—No quiere ir contigo,—dijo Esperando, creyendo interpretar el cansado movimiento del caballo.

—¡Bah!... Suponiendo que lo llevásemos á los tártaros, quizás nos dieran por él siete rublos,—dijo pensativo Danzarín.

—¡Quiá! no tanto: no los vale.

—¿Y la piel?

—¡La piel! ¿Y crees que darán siete rublos por la piel? A lo sumo, darán tres.

—Manos á la obra.

—Espera: fijate y verás que eso es lienzo viejo, no piel.

—Es indiferente: siempre nos darán algo por él.

—No cabe duda.

Danzarín miró á su compañero y deteniéndose, le dijo:

—¿Vamos?

—Es algo peligroso,—repuso Esperando, algo indeciso.

—¿Por qué?

—Por las huellas... La tierra está húmeda y conocerán á dónde lo llevamos.

—Le pondremos calzado: le envolveremos las patas con hierba y hojarasca.

—Como quieras.

—¡Hurra! metámoslo en el bosque y esperaremos en el fondo de la torrentera á que sea de noche. Cuando esta cierre, lo sacaremos y lo llevaremos á los tártaros. No está lejos de aquí: es cuestión de tres verstas.

—¿Qué hacer?... dijo Esperando moviendo á cabeza, y luego añadió:—Vamos: vale más un toma... Lo sensible sería...

—No hay peligro,—dijo Danzarín.

Abandonaron el camino; escudaron con la mirada los alrededores, y se metieron en el bosque. El caballo los miró, dió un resoplido y continuó paciendo la hierba seca.

Reinaban la sombra, la soledad y en silencio en el fondo de aquella torrentera llena de bosque. El murmullo del arroyo se dejaba oír, monótono y triste como una queja.

De las escarpadas vertientes de la garganta pendían las desnudas ramas de los nogales, de los arces y de las madre selvas salvajes. Por todas partes surgían raíces, lavadas por las lluvias primaverales. El bosque no tenía aún vida; el crepúsculo añadía á la monotonía de aquellas tintas muertas y al silencio fúnebre que allí reinaba, la majestuosa y sombría paz de los cementerios.

Los amigos hallábanse, hacía tiempo, sentados allí, cerca de un grupo de álamos blancos, ocultos en el fondo del estrecho valle, junto á un enorme bloque de tierra. Una pequeña hoguera ardía vivamente ante ellos: se calentaban en ella las manos y la alimentaban de vez en cuando con ramas secas, esforzándose en hacer que la hoguera brillase con luz igual y sin despedir humo.

No lejos de ellos se encontraba el caballo. Le habían atado los morros con una manga arrancada de los andrajos de Esperando, y lo habían amarrado al tronco de un árbol.

Esperando, pensativo y acurrucado junto al fuego, miraba las llamas y silbaba su canción: su camarada, después de haber cortado un fajo de ramas de mimbre, fabricaba una cesta, y guardaba silencio, absorbido por su trabajo.

El estribillo melancólico del arroyo y el dulce silbido del hombre desgraciado, se mezclaban en un solo acorde y flotaban quejumbrosamente en el silencio de la noche y en la soledad del bosque: á veces las ramas secas chisporroteaban y crujían en el fuego, y gemían como si suspirasen; hubiérase di-

cho que simpatizaban con la vida, más lenta que su muerte en el fuego, y más dolorosa por lo tanto.

—¿Nos iremos pronto?—preguntó Esperando.

—Aún es muy temprano. Nos iremos cuando haya cerrado completamente la noche,—respondió Danzarín, sin levantar la cabeza del trabajo que traía entre manos.

Esperando suspiró y se puso a toser.

—¿Sientes frío?—le preguntó su compañero después de un rato.

—No; estoy triste, y no sé por qué.

—Es extraño,—dijo Danzarín.

—Me roe el corazón.

—Es la enfermedad.

—Es probable; pero bien pudiera ser otra cosa.

Danzarín callóse un momento, y luego dijo:

—No pienses en ello.

—¿En qué?

—En nada.

—Pues mira,—dijo Esperando animándose de pronto,—no puedo dejar de pensar. Lo veo,—y señaló con la mano el caballo—lo miro, y recuerdo que yo tuve también uno parecido... Era pequeño y flaco; pero no tuve nunca mejor ayuda que él para

el trabajo. En cierta ocasión poseí hasta dos... En aquel tiempo trabajaba yo que era un gusto.

—¿Y qué te resta ahora de todo aquello?—preguntó Danzarín con acento seco y frío.—No me gusta oír decir eso... Llevas ahora una vida libre, y no haces nada más que suspirar... ¿por qué?

Esperando echó silenciosamente en el fuego un puñado de ramas muertas rotas en pequeños trozos y miró cómo las chispas se esparcían por el aire y se iban extinguiendo en la húmeda atmósfera: sus ojos parpadeaban constantemente y su rostro se entristecía á cada instante. Luego volvió la cabeza hacia donde estaba el caballo y lo volvió á examinar fijamente.

El animal permanecía inmóvil como si estuviese clavado en la tierra: su cabeza, desfigurada por la atadura de la manga, caía gravemente hacia el suelo.

—Hay que razonar con frialdad,—dijo Danzarín con acento sugestivo.—Nuestra vida es el día y la noche: de ese modo pasan las veinticuatro horas. Vivimos al día. Si tenemos que comer, tanto mejor: si no, se refunfuña un poco, y se calla uno luego, porque de nada sirve el gruñir. Cuando tú

hablas de eso que hablaste ahora, te pones fastidioso. Comprendo que eso lo trae tu enfermedad.

—Sí, sí: eso debe ser: la enfermedad,—contestó en voz baja Esperando, y después de un instante de silencio, añadió:—Y quizá también la debilidad del corazón.

—Pero el corazón te se ha puesto débil por la enfermedad,—manifestó de una manera rotunda Danzarín.

Diciendo esto, cortó una rama de mimbre, la agitó con fuerza haciendo que produjera un silbido el desgarrar del aire, y continuó diciendo con acento grave:

—Yo, yo estoy sano: á mí no me pasa eso.

El caballo pataleó; crujó una rama seca, y alguna tierra cayó en el arroyo haciendo glu, glu, añadiendo nuevas notas á su tranquila melodía. Luego, dos pajarillos remontaron el vuelo y se marcharon lanzando gritos agitados. Esperando los siguió con la vista y dijo en voz baja:

—¿Qué clase de pájaros serán esos? Estorninos no creo que sean: los estorninos no tienen que hacer nada en el bosque: prefieren vivir cerca de las

casas: mas bien serán parleros de Bohemia: sí: ninguno más que ellos...

—Tal vez sean picudas,—dijo Danzarín.

—Aun es pronto, y además, las picudas están en los pinares: aquí nada tienen que hacer. Son parleros de Bohemia: no cabe duda.

—Maldito lo que me importa que sean unos ú otros.

—Desde luego,—replicó Esperando, y suspiró de nuevo, sin causa aparente.

La obra de Danzarín adelantaba con rapidez: ya tenía hecho éste el fondo de la canastilla y empezaba á trenzar hábilmente los costados: afinaba las ramas con el cuchillo, las cortaba con los dientes, las plegaba, las liaba, las trenzaba rápidamente con las puntas de los dedos, dando á todo esto resoplidos y erizando más el bigote.

Esperando miraba unas veces á su camarada y otras al caballo que parecía petrificado con la cabeza siempre agachada, y algunas veces miraba también al cielo, sombrío ya y sin estrellas.

—El aldeano vendrá á buscar su caballo y no lo encontrará,—dijo Esperando de pronto con voz muy

rara;—lo buscará por una parte y por otra, inútilmente.

Y al decir esto Esperando, hizo un vago movimiento con las manos; puso cara de imbécil, y guiñó los ojos de pronto como si de pronto hubiera visto ante ellos un foco luminoso.

—¿Por qué dices eso?—le preguntó Danzarín con aspereza.

—Es que he recordado una historia,—le repuso Esperando como para excusarse.

—¿Qué historia?

—Te la contaré: ocurrió una vez que robaron también un caballo... el caballo de mi vecino Miguel, un aldeano muy gordo y picado de viruelas.

—Bien, ¿y qué más?

—El caballo fué robado... pacía en el otoño en un campo de trigo... y desapareció. Cuando Miguel comprendió que se había quedado sin el caballo, fué de ver cómo cayó por tierra y se puso á dar alaridos. ¡Ay, hermanito! y cómo aullaba. Al verlo caer, se hubiera creído que le habían roto las piernas.

—¿Y después?

—Después, permaneció así mucho tiempo.

—¿Y á qué viene ahora todo eso?

A aquella pregunta hecha á boca de jarro, Esperando se alejó de su compañero y le contestó con timidez:

—Te diré... me he acordado, porque un aldeano sin caballo cae en la miseria.

—Escucha lo que voy á decirte,— exclamó fosca-mente Danzarín mirando á su compañero con fijeza:—No vuelvas á hablar de eso: tus cuentos no sirven de nada, ¿lo has comprendido? Eso no te importa á tí.

—Pero mueve á compasión,— replicó Esperando encogiéndose de hombros.

—¡Compasión!... No tengas miedo: nadie se com- padece de nosotros.

—Eso es muy cierto.

—Entonces, cállate. Vamos á marchar ahora mismo.

—¿Ya?...

—Sí.

Esperando se acercó á la hoguera, hurgó en ella con un palo, miró á Danzarín entregado de nuevo á su trabajo, y dijo con entonación dulce y supli- cante: ®

—Dejémosle que se vaya.

—Veo que estás hoy de muy mal temple,—exclamó Danzarín con semblante contrariado.

—Te digo bajo mi palabra,—dijo Esperando con voz baja y convincente, que el asunto merece reflexionarse. Es peligroso; es menester llevar al caballo cuatro verstas de aquí. ¿Y si los tártaros no lo quieren, qué hacer entonces?

—Eso es cuenta mía.

—Como quieras; pero valdría más dejar que se marchase. Que vaya por donde quiera; ¡si está medio reventado!

Danzarín no desplegó los labios: sus dedos eran los que se movían con rapidez.

—¿Cuánto nos darán, caso de tomarlo,—siguió diciendo Esperando obstinadamente y en voz baja. —Y este es el mejor momento de la noche: pronto será completamente oscuro. Si hubiésemos seguido á lo largo de la torrentera hasta Dubenka, quizá hubiésemos cogido algo mejor.

El monótono discurso de Esperando flotaba en el espacio con el murmullo del arroyo é irritaba los nervios de Danzarín, quien se callaba y apretaba los dientes: tan excitado estaba, que rompía los mimbres entre los dedos.

El caballo suspiró profundamente y empezó á revolverse. Envuelto en la sombra, parecía más disforme y miserable.

Danzarín lo miró y escupió en el fuego.

—Las aves están ya fuera; en las charcas... los patos y los ánsares...

—¿Has concluido ya?—dijo Danzarín disgustado, interrumpiendo á su amigo.

—No te incomodes por eso, camarada. ¡Váyase al diablo! ¿no es verdad?

—¿Es que has comido algo hoy?—le dijo Danzarín encolerizado.

—No,—repuso Esperando, asustado de aquella salida de tono que era un apóstrofe para él.

—Pues bien: reniego del caballo y nada me importa que revientes.

Esperando, silencioso, le vió cómo reunía en un manojo los mimbres, y le escuchó resollar con enojo.

El reflejo de la hoguera dejaba ver su rostro irritado, rojo, y su erizado bigote.

Esperando se volvió y suspiró profundamente.

—Te digo otra vez que maldito lo que se me importa. Haz lo que te dé la gana,—exclamó Danzarín con voz áspera y enronquecida.

—Bien,—repuso Esperando en voz baja.

—Pero te advierto que si continúas buscando rodeos de ese género, dejaré de ser tu compañero: ya te he dicho bastante... te conozco: hemos concluido.

—Eres muy original, un hombre verdaderamente original.

—¡Basta!

Esperando sufrió una crispación y se puso a toser: después que hubo pasado el acceso, dijo suspirando con dificultad:

—Si he dicho todo eso, ha sido, sobre todo, porque es peligroso...

—¡Basta!—gritó Danzarín con voz incomodada.

Levantó del suelo el haz de mimbres, se lo echó á la espalda, colgó de su brazo la cesta no concluída, y se puso en pie.

Esperando se levantó también, miró á su compañero y se dirigió lentamente hacia donde estaba el caballo.

—¡Eh! ¡eh!... quieto: ¡pasa, pasa, imbécil!

Danzarín vió á su camarada ocuparse en el caba-

llo, cómo le quitaba el harapo que lo sujetaba por el morro, y sus labios de ladrón empedernido empezaron á temblar.

—¿Vienes, sí ó no?—dijo poniéndose en marcha.

—Ya voy,—le repuso Esperando.

Y abriendo camino por entre el matorral, se fueron ambos, silenciosos, á lo largo de la torrentera protegidos por la obscuridad de la noche.

El caballo los siguió.

Un ruido de agua que entrechocaba, se elevó detrás de ellos cubriendo la melodía del arroyo.

—Ves el idiota... mira cómo tropieza y cae en el arroyo,—dijo Esperando.

Danzarín, encolerizado, bufaba sin responder.

En el pesado suelo de la torrentera, el dulce estremecimiento de las matas descendía con lentitud del sitio en que las brasas brillaban en las tinieblas en rojo montón, como pupila monstruosa, malvada y burlona.

Salió la luna.

Su brillo transparente llenó de opaca claridad el pequeño valle; se delineaban sombras; el bosque se hizo más espeso, y la calma pareció ser más profunda y más severa: los troncos blancos de los álamos,

plateados por la luna, se destacaban, semejantes á cirios, del fondo sombrío de las encinas, de los olmos y de la maleza.

Los dos amigos seguían marchando por el fondo de la torrentera; y lo hacían penosamente, pues que sus pies tan pronto se resbalaban, como se hundían profundamente en el barro.

Esperando tenía la respiración corta y de su pecho se escapaban silbidos, estertores, gritos quejumbrosos: parecía un viejo reloj destrozado. Danzarín marchaba delante, y la sombra de su cuerpo daba de lleno sobre Esperando.

—Vamos marchando,—dijo aquél de repente con acento gruñón y de hombre ofendido; —pero ¿á dónde? ¿y qué es lo que vamos á buscar? ¡Ah!...

Esperando suspiró y nada dijo.

—Además: la noche es más corta que el pico de un gorrion: llegaremos con el día al pueblo y ¿qué comeremos? Nos paseamos como señoritas.

—No me encuentro bien, amigo mío,—dijo Esperando en voz baja.

—¿Con que no te encuentras bien?—preguntó con ironía Danzarín. ¡Mira lo que son las cosas! ¿Y qué tienes?

—Me cuesta trabajo el respirar,—contestó el ladrón enfermo.

—Que te cuesta trabajo... ¿y por qué no puedes respirar?

—Supongo que por causa de mi enfermedad.

—¡Mientes! por causa de tu necedad.

Danzarín se detuvo; dió frente á su compañero y agitando su dedo sobre la nariz de éste, añadió:

—No puedes respirar por causa de tu necedad; así como suena. ¿Lo has comprendido?

Esperando inclinó cuanto pudo la cabeza y dijo, como excusándose:

—Tienes razón.

Quiso decir algo más, pero se echó á toser. Apoyó las manos en el tronco de un árbol, y tosió por mucho rato, dando patadas, sacudiendo la cabeza y con la boca extraordinariamente abierta.

Danzarín se fijó en su demacrado semblante, que la luz de la luna volvía terroso y verde.

—Vas á despertar á todos los lobeznos del bosque,—díjole por fin con voz avinagrada.

Luego, cuando Esperando dejó de toser y pudo respirar libremente, con la cabeza echada hacia atrás, le dijo con acento autoritario:

—Sentémonos y descansa.

Y ambos tomaron asiento en la tierra húmeda á la sombra de los matorrales. Danzarín lió un cigarrillo, lo encendió, lo vió como ardía, y dijo con tono pausado:

—Si tuviéramos en casa algo que comer, ya hubiéramos vuelto.

—Es verdad,—expresó Esperando con un movimiento de cabeza.

—Pero como en casa nada tenemos, es preciso que aun sigamos andando.

—Sí; es preciso seguir,—dijo el otro suspirando.

—Por más que no tengamos parte alguna donde ir, porque todo será en vano. Somos tan estúpidos que....

La voz seca de Danzarín cortaba el aire y parecía causar gran inquietud á Esperando. Este se revolcaba en la tierra, suspiraba y se agitaba de un modo extraño.

—¡Tengo hambre, un hambre horrible!—terminó diciendo Danzarín con voz lánguida y llena de reproches.

Esperando se levantó con aire decidido.

—¿A dónde vas?—le preguntó Danzarín.

—Vámonos.

—¿Que mosca te ha picado? ¿á qué son ahora esas prisas?

—Vámonos.

—Pues vamos.

Y Danzarín se levantó á su vez.

—Vamos,—dijo,—pero será inútil.

—Ya veremos lo que sucede.

Esperando echó á andar como la sogá tras el caldero.

—¿Has recobrado el valor?—díjole Danzarín.

—¿Y qué remedio? Tú me has hostigado, me has acusado. ¡Ah, Dios mío!

—¿Y por qué has procedido sin reflexión?

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque he tenido piedad... en la apariencia.

—¿De quién?

—¿De quién? ¡Pardiez! del hombre.

—¿Del hombre?—preguntó Danzarín con voz patada.—¡Ah! tú, tú tienes buen alma, pero no tienes ni un adarme de talento. ¿Acaso le debes algo á aquel hombre? ¿Comprendes esto? Si él te echa mano al cuello, te aplastará como se aplasta una pul-

ga bajo la uña. ¡Y en las circunstancias actuales le compadece! Ahora puedes manifestarle toda tu simpleza y verás cómo te hace sufrir las de Cain por tu piedad. Te arrancará con su mano los intestinos; te extraerá toda la sangre de las venas lentamente, á tí, sí, por tu piedad. Ruégale antes á Dios que te apaleen sin compasión; será preferible para tí; ruégale que la lluvia te convierta en barro... ¡Piedad!... ¡Quita allá, estúpido!

Danzarín estaba fuera de sí; su voz punzante, llena de ironía y de desprecio hacia su compañero, resonaba en el bosque, y las ramas de los arbustos se balanceaban con ligero estremecimiento como si aprobasen aquellas palabras duras, pero justas.

Esperando, aplastado por el peso de aquellas convenciones, marchaba con paso trémulo, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, y con la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho.

—Escucha,—dijo por fin.—¡Es lo mejor!... Vamos á llegar al pueblo... yo iré solo... no vengas conmigo de ninguna manera. Cogeré, decididamente, lo que halle á mano... ¡y en seguida, á casa!... Al llegar me acostaré. ¡Me siento muy mal! Sin hablar de tí...

Apenas se le entendía; estaba sofocado con un ruido, con un hervidero en el pecho. Danzarín lo miró con aire desconfiado; se detuvo; quiso decir algo, pero consideró que sería inútil y continuó su marcha sin decir palabra.

Anduvieron largo rato despacio y guardando silencio.

A poca distancia de ellos cantaban los gallos y aullaba un perro. Un pájaro grande se cernía en los espacios, semejante á una grán mancha negra en la túrbida luz de la luna, y sobre la torrentera flotaba, con el rozamiento de sus alas, su grito de mal augurio.

—Es un cuervo ó una corneja,—dijo Danzarín.

—Escucha,—exclamó Esperando dejándose caer pesadamente en el suelo.—Ve tú; yo me quedo aquí... no puedo más... me ahogo; la cabeza me da vueltas...

—Estamos bien,—exclamó Danzarín disgustado.

—¿Es decir, que no puedes más?

—No, no puedo más.

—Te felicito por ello, ¡quita allá!

—¡Me siento tan débil!

—Gran milagro cuando se lleva andando todo el día con el estómago hueco.

—No, esto... esto es qué ya... que ya he concluído.

¡Mira, mira como sale la sangre!

Y Esperando mostró á su camarada la mano manchada de una cosa oscura.

Danzarín fijó en ella la vista y preguntó con voz sorda:

—¿Y qué hacemos ahora?

—Vete; yo me quedaré aquí... descansaré... y quizá...

—¿Y á dónde he de ir? A menos que vaya al pueblo y diga que hay aquí un hombre enfermo...

—No; anda con cuidado; te pegarán.

—En eso tienes razón... Como caiga en sus manos...

Esperando se tendió boca arriba, tosiendo sordamente y esputando sangre en abundancia.

—¿Sale?—le preguntó su camarada de pie junto á él, pero volviendo los ojos á otro lado.

—Sale bastante,—repuso Esperando con voz débil que parecía un soplo, y empezando á toser de nuevo.

Danzarín profirió un juramento cínico en alta voz y añadió:

—¡Si llamase á alguien!

—¿A quién?—preguntó su camarada con voz que parecía un eco triste.

—Si te pudieras levantar y nos fuéramos muy despacio, tal vez...

—No...

Danzarín se sentó junto á la cabeza de su amigo y cogiéndose las rodillas con las manos, contempló el semblante del enfermo. El pecho de Esperando se levantaba irregularmente con ronquido sordo; los ojos se le iban escondiendo en sus órbitas, y sus labios se descoloraban de una manera extraña y parecía que se iban pegando á los dientes. Del extremo izquierdo de la boca brotaba un hilo de sangre oscura, que corría por la mejilla.

—¿Todavía sale?—preguntó en voz baja, y en el tono en que hizo la pregunta había algo de respetuoso.

El rostro de Esperando tembló.

—Todavía sale...

Oyóse un débil ronquido; Danzarín apoyó la frente en sus rodillas y guardó silencio.

Sobre ellos se elevaba la vertiente del barranco surcado de profundas hondonadas hechas por los torrentes primaverales. En la cima, una hilera de árboles se asomaba al barranco iluminado por la luna.

El otro talud, de pendiente más suave, estaba cubierto de arbustos; acá y allá surgían entre ellos masas sombrías, los troncos grises de los álamos, y en las desnudas ramas se distinguían con toda claridad los nidos de las cornejas de pico blanco. Y la torren-tera bañada por la luna parecía un sueño, un sueño fastidioso privada de los colores de la realidad; el murmullo pacífico del río aumentaba aquella carencia de vida y matizaba la triste tranquilidad que allí reinaba.

—¡Me muero!— balbuceó Esperando con voz apenas perceptible, y luego repitió en voz alta y firme: —¡Me muero, camarada!

Danzarín, conmovido, temblaba como un azogado; se agitó, dió un resoplido, y levantando la cabeza que aún tenía sobre las rodillas, le dijo en voz muy baja y como si temiese distraerlo de alguna cosa:

—No tengas miedo,—murmuró inclinándose so-

sobre el rostro de su amigo;—eso no es nada... puede ser que sea, sencillamente.. vamos, amigo mío, que eso no es nada; te lo aseguro.

—¡Señor Jesús!—suspiró profundamente, más bien que dijo, Esperando.

—Que eso no es nada,—repitió Danzarín, inclinándose más sobre el rostro del enfermo.—Trata de cobrar un poco de ánimo... es posible que eso te pase pronto...

Pero Esperando volvió á toser; un nuevo ruido se escapó de su pecho, algo así como si un guiñapo mojado restallara en sus costillas. Danzarín lo miraba y se retorcía el bigote, guardando silencio. Cuando hubo acabado de toser, empezó á respirar de una manera entrecortada y ruidosa, como el que acaba de hacer una carrera velocísima.

Estuvo respirando así bastante tiempo, y luego dijo:

—Perdóname, camarada, si te he... y también por lo del caballo... ¡perdóname, hermanito mío!

—A tí es á quien toca perdonarme,—le dijo Danzarín interrumpiéndole, y después de una corta pausa, continuó:

—Pero ¿á dónde iré yo ahora, y qué haré sin tí?

—¿Tú?... tú... Que Dios te...

Suspiró sin acabar la frase, y se calló.

Después empezó como á roncar; estiró las piernas separando la una de la otra un poco.

Danzarín lo miraba sin separar de él los ojos. Pasaron algunos minutos tan largos como horas.

Esperando intentó levantar un poco la cabeza, pero se encontró demasiado débil, y la cabeza dió nuevamente en el suelo.

—Hermanito mío, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Danzarín agachándose sobre él; pero su amigo no le respondió: estaba tendido y sin movimiento alguno.

El grave Danzarín permaneció un rato junto á su camarada; luego se levantó; se quitó la gorra; hizo la señal de la cruz y se alejó lentamente siguiendo á lo largo de la torrentera. Su rudo semblante expresaba una expresión dolorosa; sus cejas y sus bigotes estaban más erizados que de costumbre y andaba pisando fuerte, como si quisiera hacerle daño á la tierra.

El día empezaba á asomar; el cielo estaba gris, sin dulzura; pesado silencio reinaba en el pequeño

valle; únicamente el arroyo continuaba impasible, pronunciando su discurso monótono y enojoso.

Pero de pronto se escuchó un ruido: quizá un mogote de tierra que rodaba al fondo de la torrentera. Al ruido aquel despertáronse las cornejas y remontaron el vuelo dando gritos de alarma. Pero aquellos ruidos no turbaron mucho tiempo el silencio en el angosto valle, pues apenas se elevaron, se fueron desvaneciendo en el aire húmedo y frío de la torrentera...

FIN

